



ECONOMIA

Revista del instituto de investigaciones económicas y financieras n.º - 62

ECONOMIA

Diciembre de 1974

No. 62

Tercera Epoca

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

050
B688ie
62



Facultad de Ciencias
Económicas

Instituto de Investigaciones
Económicas

ECONOMIA

Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central del Ecuador
Número 82 - Diciembre de 1974

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Consejo Directivo: Fausto Guerrero (Decano), Miguel Herrera (Subdecano), Marco Jaramillo, Oswaldo Padilla, Walter Guerrero, Fausto Jordán (Vocales docentes), Pedro Votruba, Carlos Izurieta, Jaime Ramírez, Eduardo Vacas (Vocales estudiantiles), Roger Jaramillo Abarca (Secretario).

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

René Báez Tobar (Director), América Bastidas, Genoveva Méndez, Gabriel Castro (Investigadores), Ramiro Cisneros, Hernán Redrobán, Marco Tafur, Francisco Moncayo, Ana Lucía Andrade (Ayudantes de Investigación), Carmen Rueda Edison Vela, Esperanza Barrera, Luis Gómez, Edison Pazmiño (Administración),

ECONOMIA

Diciembre de 1974

Nº 62

TERCERA EPOCA

SUMARIO

| | Págs. |
|--|-------|
| EDITORIAL | 5 |
| PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA TEORIA DE LA DEPENDENCIA | |
| Agustín Cueva | 9 |
| LA NATURALEZA DE LA CRISIS ACTUAL DEL CAPITALISMO | |
| Aníbal Quijano | 42 |
| EL MUNDO CAPITALISTA, AL BORDE DE UNA GRAN CRISIS? | |
| Leonard | 74 |
| ENFOQUE HISTORICO DEL DESARROLLO REGIONAL DEL ECUADOR | |
| Leonardo Mejía | 92 |
| LA FICCION ANDINA | |
| René Báez | 109 |
| DOCUMENTOS | |
| LA DICTADURA MILITAR FASCISTA DE CHILE | |
| Manuel Agustín Aguirre | 116 |
| LA CRISIS PETROLERA | 127 |

Para todo lo relacionado con esta publicación dirigirse a:

**Instituto de Investigaciones Económicas de la
Universidad Central**

Apartado 1088

Quito - Ecuador

Adónde Vamos?

La rápida expansión de la economía —10% en 1972 y 13% en 1973— ha llevado a que algunos círculos económicos y políticos desarrollistas comiencen a hablar del “milagro ecuatoriano”. Esta percepción coincide con la inauguración para la economía ecuatoriana de su “edad” petrolera y la consiguiente conformación y consolidación de grupos de poder económico directamente beneficiarios de la bonanza de las exportaciones nacionales. Se trata pues de una “visión” que adolece de unilateralidad y superficialidad porque escamotea cuestiones básicas del desarrollo reciente de la economía en sus distintos niveles.

Efectivamente, el petróleo crea a partir de 1972 un nuevo marco para la economía ecuatoriana que se traduce básicamente en la ampliación de la capacidad financiera del país por los ingresos de exportaciones y un robustecimiento del sector público debido a las varias participaciones en esa explotación.

Estas nuevas condiciones generales no han generado un proceso de desarrollo auténticamente nacional y menos un cambio favorable a las mayorías nacionales. No es aventurado sostener que el sentido de los cambios operados en los tiempos recientes apuntan a la consolidación de una sociedad polarizada y una economía ultradependiente. El señalamiento de algunos rasgos del perfil que está adquiriendo la estructura productiva ecuatoriana sustentan este criterio.

Aparte que la ERA DEL PETROLEO ha desencadenado un proceso inflacionario que se estima tendrá un ritmo no menor del 30% en el presente año, está provocando y acentuando las distorsiones de la estructura productiva ecuatoriana.

El sector clave de la economía, la agricultura, ha venido perdiendo dinamismo hasta convertirse en el sector más crítico en la actualidad. En 1973 el sector agropecuario creció apenas en un 0.5%, un crecimiento negativo si se considera la tasa de expansión demográfica (3.3%). El problema se ha buscado resolverlo mediante importaciones de alimentos, compras que en 1973 se calcula ascendieron al 1/6 del consumo interno y que, además, por los enormes subsidios que reciben, desestimulan la producción interna dando pábulo inclusive a reexportaciones ilegales.

La presión de los terratenientes ha bombardeado y anulado los tímidos intentos de reforma agraria y la estructura latifundio-minifundio continúa obstruyendo toda posibilidad de resolver la crisis del sector. En parte como alternativa a la reforma el actual Régimen ha emprendido más bien en una política fomentista a través del crédito y exoneraciones arancelarias a la importación de maquinaria e insumos agrícolas; esta política no puede tener otro resultado que la consolidación de la gran empresa capitalista, sin posibilidades de resolver los problemas sociales, de producción y empleo de las masas campesinas.

El proceso de industrialización que adquiere importancia en la década de los 60, asume una fisonomía característica en los dos últimos años.

Esta industrialización, lejos de sustituir importaciones, está derivando a una creciente dependencia de la producción extranjera. Además de la importación de maquinaria se adquiere en el exterior volúmenes crecientes de materias primas y otros insumos. Determinadas producciones tienen más del 90% de contenido importado. Esta dependencia viene provocando una caudalosa sangría de divisas.

La dependencia es más onerosa si se analizan los SERVICIOS técnicos y financieros que la industria viene requiriendo y que se traduce en compra de maquinaria, repues-

tos, contratos de marcas y patentes, etc. Se trata pues de un proceso de extrañamiento de la economía ecuatoriana de sus recursos y técnica propios.

Asimismo, característica de nuestro proceso de industrialización es su baja capacidad de provisión de empleos, pues se ha calculado que el sector genera solamente unas 3.000 plazas de trabajo anualmente, pero que "compensatoriamente" genera un "desempleo tecnológico" que se exhibe dramáticamente en los miles de desocupados del campo que deambulan en nuestras urbes modernizadas.

Estas y otras razones llevan a pensar que el país está viviendo un proceso de industrialización anárquico y subordinado a intereses metropolitanos y de una burguesía local satelizada que actúa abstrayendo las necesidades nacionales. Mal que pese este proceso parece tener mucho vigor por el robustecimiento financiero del país y la ampliación del mercado originada por la marcha del Pacto Andino. Las exoneraciones fiscales y tributarias, la alta captación del crédito y las plenas garantías gubernamentales al desenvolvimiento de las actividades de los empresarios industriales nacionales y extranjeros, entre las cuales se cuenta una política de mantener "a raya" al movimiento sindical, constituirían elementos adicionales para la continuación del ciclo de industrialización de la producción de bienes de consumo que se opera en el país. La industria pesada que ha constituido siempre el sector básico para un desarrollo auténtico, no ha sido siquiera considerada en el actual esquema de industrialización.

Es decir, la política de industrialización ha resultado sobre todo para que los industriales obtengan utilidades fabulosas, con producciones que, en general, no se inscriben en los patrones de consumo popular y que, en cambio, vienen descomponiendo las estructuras productivas tradicionales del país impulsando la consolidación de una burguesía "consular" y un tipo de desarrollo marginalizante y extraño.

Un rasgo interesante de la evolución reciente de la sociedad ecuatoriana es el nuevo rol que ha asumido el Estado como núcleo racionalizador de un tipo de política económica que, a falta de una mejor denominación, se le puede llamar **DESARROLLISTA**.

Este tipo de política preconiza el crecimiento de los grandes agregados económicos (consumo, ahorro, inversión, exportaciones, etc.) bajo el supuesto que tal crecimiento deviene IPSO FACTO en el mejoramiento de las condiciones de vida de la totalidad de los integrantes de la comunidad nacional. En la base del desarrollismo existe pues una idea de totalidad, pero es una totalidad empírica que no discierne el comportamiento y los intereses disímiles que subyacen y condicionan la evolución de las sociedades.

La manifestación más consecuente y al mismo tiempo más contradictoria del desarrollismo en su nivel práctico seguramente sea la planificación indicativa que busca orientar el proceso económico a partir de las propias leyes que generan la irracionalidad de la utilización de recursos y toda la anarquía de la producción capitalista. No tiene que extrañar entonces que la práctica de esta política haya resultado finalmente en el mantenimiento y consolidación de vicios y deformaciones en la organización y funcionamiento de la vida socio-económica.

Al no constituir una posición teórico-práctica que permita fijar objetivos coherentes para la conducción de la sociedad, el desarrollismo ha devenido en una ideología al servicio de los intereses clasistas de los grupos dominantes. Las fricciones a nivel de los grupos dominantes no revelan contradicciones graves ni ponen en cuestión al modelo desarrollista del que todos los "socios" retiran sus correspondientes dividendos.

Sin embargo, la imposibilidad consustancial del modelo descrito para resolver los grandes conflictos que anida nuestra sociedad plantea en plazos previsibles un agudizamiento de la confrontación entre las fuerzas conservadoras, beneficiarias de este tipo de funcionamiento de la sociedad, y las fuerzas democráticas y progresistas con su demanda de cambio del actual orden de dominación social.

PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA

AGUSTIN CUEVA (*)

La teoría de la dependencia, al menos en su vertiente de izquierda que es la que aquí nos interesa analizar, nace marcada por una doble perspectiva sin la cual es imposible comprender sus principales supuestos y su tortuoso desarrollo. De una parte, surge como una violenta impugnación de la sociología burguesa y sus interpretaciones del proceso histórico latinoamericano oponiéndose a teorías como la del dualismo estructural, al funcionalismo en todas sus variantes y por supuesto a las corrientes desarrollistas; con lo que cumple una positiva función crítica sin la cual sería imposible siquiera imaginar la orientación actual de la sociología universitaria en América Latina. De otra parte, emerge en conflicto con lo que a partir de cierto momento dará en llamarse el marxismo "tradicional".

Ahora bien, toda la paradoja y gran parte de la originalidad de la teoría de la dependencia estriba, sin embargo, en una suerte de cruzamiento de perspectivas que determina que mientras por un lado se critica a las corrientes burguesas desde un punto de vista cercano al marxista, por otro se critique al marxismo-leninismo desde una óptica harto impregnada de desarrollismo y de concepciones provenientes de las ciencias sociales burguesas.

(*) Este trabajo ha sido realizado con la colaboración de Pilar Calvo.

El debate sobre feudalismo y capitalismo en América Latina, que derramó mucha tinta y sembró no poca confusión teórica, es sin duda el ejemplo más claro, aunque no el único de lo que venimos diciendo. Debate situado aparentemente *en el seno del marxismo*, el que Gunder Frank y Luis Vitale (1) sostuvieron con la "izquierda tradicional" tiene empero la particularidad de que por parte de esos autores se formulan tesis que sólo se vuelven comprensibles a condición de abandonar la teoría marxista.

En efecto, y por poco que uno haga caso omiso de *El Capital* y se ubique de lleno en la óptica de la economía y la historiografía no marxista, las aseveraciones de Frank y Vitale se tornan límpidas e irrefutables. Definido el capitalismo como economía monetaria y el feudalismo como economía de trueque o, en el mejor de los casos como economía "abierta" y economía "cerrada" respectivamente, pocas dudas caben de que el capitalismo se instaló plena y profundamente en América Latina no sólo desde su cuna sino desde su concepción como llegó a decirse. Para demostrarlo, ni siquiera era menester realizar nuevas investigaciones históricas —y en efecto nadie se dio el trabajo de hacerlas—; bastaba retomar los materiales proporcionados por la historiografía existente y demostrar que en el período colonial hubo moneda y comercio. Seguir, en suma, aunque no sin caricaturizarlo, un razonamiento análogo al que permite a Pirenne afirmar la existencia de capitalismo en la Edad Media, a partir del siglo XII por lo menos. (2)

(1) Luis Vitale nunca formuló desde luego una teoría de la dependencia. Pero si trabajos suyos como el titulado **América Latina: ¿feudal o capitalista?** alcanzaron tanta difusión, es porque se inscribían dentro de una perspectiva teórica que ya empezaba a pensar nuestra problemática en términos izquierdistas, pero que visiblemente se alejan de los del marxismo-leninismo.

(2) Cf., por ejemplo, su **Historia económica y social de la Edad Media**, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 119 y ss.

Todo esto, envuelto en una especie de mesianismo cuya lógica política resulta además imposible de entender, a menos de tomarla como lo que en realidad fue: una ilusión de intelectuales. Las que aparecían entonces como nuevas líneas revolucionarias en América Latina, esto es el castrismo y el maoísmo, se habían constituido desde luego con mucha anterioridad al "descubrimiento" del carácter no feudal de la Colonia; y, en cuanto a la táctica de frentes populares que se quería impugnar, era obvio que no iba a derrumbarse con el solo retumbar de estas nuevas trompetas de Jericó. El Frente que se formó en Francia en 1936, por ejemplo, no necesitó hablar de feudalismo para sustentarse.

Sea de ello lo que fuere, lo que importa destacar aquí es esta primera gran paradoja que envolverá a la teoría de la dependencia "desde su cuna": la de constituirse como un "neomarxismo" al margen de Marx. Hecho que pesará mucho en toda la orientación de la sociología latinoamericana contemporánea y terminará por ubicar a dicha teoría en el callejón sin salida en el que actualmente se encuentra.

Esta situación ambigua debilitará incluso las críticas hechas a las teorías burguesas del desarrollo y el subdesarrollo, en la medida en que sus impugnadores permanecen, de una u otra manera, prisioneros de ellas. Es lo que ocurre con Gunder Frank por ejemplo, quien en su ensayo *La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología*, por lo demás muy meritorio, entabla una descomunal batalla con los discípulos de Parson, destinada a saber dónde existen pautas más "universales" de comportamiento, si en los países desarrollados o en los subdesarrollados (3), embarcándose así en una polémica barroca de la que ni siquiera es seguro que resulte vencedor. Después de todo, la mistificación de los parsonianos no radica en el hecho de encontrar en los países subdesarrollados orientaciones de conducta que en realidad pueden darse en áreas donde el modo de producción capitalista aún no se ha desarrollado suficientemente, sino en sustituir el análisis de las estructuras por el de sus

(3) Cf., su libro **Desarrollo del subdesarrollo**, México. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1969, p. 34 y ss.

efectos más superficiales y presentar a éstos como las determinaciones últimas del devenir social.

El mismo debate sobre el *dualismo estructural*, tesis burguesa que en realidad era menester combatir, parece desembocar a menudo en la simple recreación de un dualismo de signos invertidos, en el que el planteamiento y por lo tanto los elementos básicos del análisis no cambian, sino sólo su papel. En las *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* de Rodolfo Stavenhagen, por ejemplo (4), los sectores "tradicional" y "moderno" siguen presentes como unidades analíticas fundamentales, con la única diferencia de que ahora ya no es el sector "tradicional" el causante del atraso sino más bien el sector "moderno". Por eso, la misma teoría del *colonialismo interno*, al menos tal como es presentada en las *Siete tesis*, dificulta el análisis de clase en vez de facilitarlo, conduciendo además a conclusiones sumamente cuestionables como aquella de la séptima tesis, en donde se formula la inviabilidad de la alianza obrero-campesina en Latinoamérica aduciendo que "la clase obrera urbana de nuestros países también se beneficia con la situación de colonialismo interno". El propio autor parece haber sentido las limitaciones de este tipo de enfoque, por lo que reformulará posteriormente su tesis del colonialismo interno en términos de combinación de modos de producción (5), re-

tomando de este modo uno de los conceptos centrales del marxismo clásico, que en las *Siete tesis* aparecía más bien catalogado como una sofisticada variante del dualismo estructural.

De todas maneras hay, en este trabajo de Stavenhagen

(4) Stavenhagen no formula en rigor una teoría de la dependencia y, lo que es más, se aparta del horizonte teórico de ésta en sus trabajos más amplios. Pero las **Siete tesis** se escriben indudablemente bajo la influencia de los autores dependencistas y constituyen en cierta medida el manifiesto de toda una generación.

(5) Véase su intervención en el seminario sobre clases sociales realizado en Oaxaca en 1971, reproducido en **Las clases sociales en América Latina**, México, Siglo XXI, ed., 1973, pp. 280-281.

y sobre todo en los de Frank, la presencia de un esquema en el cual la explotación y por tanto las contradicciones de clases son reemplazadas por un sistema *indeterminado* de contradicciones nacionales y regionales que, justamente por su indeterminación, no dejan de plantear problemas desde un punto de vista estrictamente marxista. A este respecto, antes que preguntarse si el modelo frankiano, por ejemplo, es compatible o no con un análisis de clase, resulta importante constatar que en ensayos como el titulado *Chile: el desarrollo del subdesarrollo*, la lucha de clases está simplemente ausente, pese a que en dicho país, hasta donde sabemos, la historia no parece ser muy pobre en este aspecto.

Este desplazamiento que convierte a los países y regiones en unidades últimas e irreductibles del análisis es el que confiere, además, un tinte marcadamente *nacionalista* a la teoría de la dependencia, y no porque la contradicción entre países dependientes y Estados imperialistas no se dé históricamente, cosa que sería absurdo negar, sino porque un inadecuado manejo de la dialéctica impide ubicar el problema en el nivel teórico que le corresponde: esto es, como una contradicción derivada de otra mayor, la de clases, y que sólo en determinadas condiciones puede pasar a ocupar el papel principal. Si no nos equivocamos, el único texto en que se aborda este problema de manera sistemática e inequívoca es *Imperialismo y capitalismo de Estado*, de Aníbal Quijano (6); pero no se olvide que tal escrito data de 1972, cuando ya los cimientos de la teoría de la dependencia están bastante resquebrajados y el propio Quijano se encuentra, a nuestro juicio, más cerca del marxismo a secas que de aquella corriente.

Y no es únicamente en estos puntos, de por sí importantes, que los nuevos modelos de análisis cojean. Antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia sigue moviéndose, de *hecho*, dentro del campo problemático impuesto por la corriente desarrollista e incluso atrapada en su perspectiva economicista. Ocurre como si el

(6) En rev. **Sociedad y política**, 1, Lima, junio de 1972, p. 5.

neomarxismo latinoamericano, al polemizar con sus adversarios, hubiera olvidado o desconocido la tajante advertencia de Marx en la *Ideología alemana*: “No es sólo en las respuestas, sino en las preguntas mismas, donde ya hay una mistificación”.

En efecto, la pregunta que se hicieron los desarrollistas al comenzar la década de los 60 venía ya cargada de ideología, no sólo porque al indagar cuáles eran los escollos para un “desarrollo económico-social acelerado y armónico” (?) de nuestros países escamoteaban la cuestión central (*explotación de clase*) y reducían la problemática a la del simple *desarrollo indeterminado de las fuerzas productivas*, imponiendo así una perspectiva economicista, sino también porque de hecho tal pregunta involucraba la aceptación de que un desarrollo de este tipo —equilibrado, armonioso, sin depresiones ni crisis—, es posible alcanzar bajo el sistema capitalista. Así y todo, la pregunta tenía un sentido y una coherencia, que le eran dados precisamente por la ideología de clase en que se sustentaban. En cambio, ¿qué sentido podía tener para un marxista formularse las mismas preguntas, sin antes desmontar y rehacer toda esta problemática? ¿De qué desarrollo frustrado o frenado se estaba hablando en este caso?

Frank encontró desde luego una fórmula mágica, la del “desarrollo del subdesarrollo”, que entre otros supuestos implicaba el de la “continuidad en el cambio”, que Theotónio Dos Santos no tardó en señalar, con razón, como una concepción a-dialéctica (7). En realidad se trataba de un mito, tal vez no del eterno retorno, pero sí de la eterna identidad, que en lugar de introducir una dimensión histórica en el análisis suprimía la historia de una sola plumada. Pero aún así, Frank tuvo que recurrir a sutiles acrobacias verbales para apuntalar una teoría en que la retórica ocupaba visiblemente las lagunas dejadas por la dialéctica:

(7) “El capitalismo colonial según A. G. Frank”, en **Dependencia y cambio social**, Cuadernos de estudios socio-económicos, N° 11, CESO, Universidad de Chile, 1970, p. 151 y ss.

“Al extender esta vieja tesis sobre las regiones más colonializadas y explotadas, para comprender no sólo Latinoamérica sino Asia y Africa también, y al denominarlas ‘ultrasubdesarrolladas’ en mi exposición en Caracas, los compañeros Francisco Mieres y Héctor Silva Michelena objetaron que conforme a mi ‘teoría’ el ultra subdesarrollo debería darse, no en aquellas regiones anteriormente más colonializadas, sino en las actualmente más colonializadas, y que de hecho, según Silva, el país que sufre más ultrasubdesarrollo en América Latina es Venezuela. La objeción teórica me pareció correcta y también la evaluación del ultrasubdesarrollo venezolano a causa de la ultraexplotación del boom de exportación de petróleo. Acordamos denominar, muy provisionalmente este último como un desarrollo ‘activo’ del ultrasubdesarrollo y buscar otra palabra conceptual para el estado ‘pasivo’ del ultrasub (¿o lumpen?) desarrollo de aquellas regiones de exportación de etapas anteriores del desarrollo capitalista mundial”. (8)

En un plano ya más serio, el propio Theotonio Dos Santos entabló una polémica con Lenin, que resulta interesante reconstituir para ver hasta qué punto la teoría de la dependencia y el marxismo-leninismo se movían en órbitas aparentemente muy cercanas pero en el fondo harto distintas. Nos referimos a aquel texto en que Dos Santos afirma que “la dependencia, conceptuándola y estudiando sus mecanismos y su legalidad histórica, significa no sólo ampliar la teoría del imperialismo sino también contribuir a su reformulación”. (9)

¿De qué reformulación se trata exactamente? Según Theotonio Dos Santos, de “algunos equívocos en que incurrió Lenin, al interpretar en forma superficial ciertas ten-

(8) André Gunder Frank: **Lumpenburguesía: lumpendesarrollo**, Ediciones Prensa Latinoamericana S.A., Chile, 1970, p. 37.

(9) Op. cit., p. 41.

dencias de su época. Lenin esperaba que la evolución de las relaciones imperialistas conduciría a un parasitismo en las economías centrales y su consecuente estagnación y, por otro lado, creía que los capitales invertidos en el exterior por los centros imperialistas llevarían al crecimiento económico de los países más atrasados”.

Al respecto, Lenin dice textualmente lo siguiente:

“La exportación del capital influye sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido, acelerándolo extraordinariamente. Si, por este motivo, dicha exportación puede, hasta cierto punto, ocasionar un cierto estancamiento del desarrollo en los países exportadores, esto se puede producir únicamente a costa de la extensión y del ahondamiento del capitalismo en todo el mundo”. (10)

Afirmación errónea, a juicio de Dos Santos, porque: “En primer lugar, Lenin no estudió los efectos de la exportación de capital sobre las economías de los países atrasados. Si se hubiera ocupado del tema, hubiera visto que este capital se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de estos países. Es decir, no se trataba de la inversión imperialista en general, sino de la inversión en un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que abría realmente una nueva etapa de la dependencia de dichos países”.

Sí, pero no nos parece nada seguro que si Lenin se hubiera ocupado del tema habría modificado lo substancial de su afirmación, al menos en lo que a los países atrasados concierne, entre otras razones, porque Lenin no dice lo que Theotonio Dos Santos le atribuye. En el resumen que éste hace de la tesis de aquél hay una diferencia terminológica que en el fondo remite a una diferencia de conceptos y universos teóricos que es el origen de todo el malentendido: Lenin no afirma, en ningún momento, que las expor-

(10) **El imperialismo, fase superior del capitalismo**, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1972, p. 80.

taciones de capital “llevarán al *crecimiento económico* de los países más atrasados” sino que dichas inversiones producirán en estos países un acelerado *desarrollo del capitalismo* que significará, a la postre, una extensión y ahondamiento de dicho modo de producción en escala mundial. Ahora bien, decir que desde 1916, fecha en que Lenin redactó dicho texto, hasta 1969 en que Dos Santos escribe el suyo, no ha habido una extensión y un ahondamiento del capitalismo en América Latina, con desarrollo de las fuerzas productivas inclusive, es lisa y llanamente insostenible. ¿Qué ha ocurrido, si no, en nuestros países?

Que este desarrollo ha sido desigual y crítico en el sistema en su conjunto y en los países subdesarrollados en particular, siendo además la causa de la pauperización relativa y a veces absoluta de las masas trabajadoras, es un hecho que está fuera de duda pero no debemos olvidar que, para Lenin, ello forma parte del concepto mismo de *desarrollo del capitalismo*, que por lo tanto no es equivalente a la expresión ideológica “crecimiento económico”. De no darse esas desigualdades y esa pauperización, anota Lenin en el mismo texto, “el capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y en nivel de vida de las masas semi-hambrientas son las condiciones y las premisas básicas, inevitables de este modo de producción”. (11)

Lo que sucede es que Dos Santos se ubica en una perspectiva diferente, que involucra necesariamente la idea de que, *a no ser por la dependencia*, América Latina hubiera tenido un desarrollo mucho más acelerado y armonioso del que en realidad tuvo. Admite que hubo una “modernización”, pero ella misma es receptualizada como elemento de perpetuación del atraso, en la medida en que éste no es definido en relación a la situación existente en el momento dado, sino en relación con una situación virtual: el desarrollo independiente del capitalismo en América Latina.

Y es que de hecho hay en los autores de la teoría de la dependencia, en mayor o menor grado, una como nostal-

(11) Op. cit., p. 77.

gia del desarrollo capitalista autónomo frustrado, que es justamente lo que confiere a su discurso un permanente hábito ideológico nacionalista y determina que *la dependencia* se erija en dimensión omnímoda cuando no única del análisis. Lo que no quiere decir —y esto hay que dejarlo bien sentado— que ellos hayan propugnado el desarrollo capitalista autónomo como panacea para nuestros males: mientras para el nacionalismo reformista este tipo de desarrollo seguía presentándose como el camino más expedito hacia la tierra prometida, para el nacionalismo revolucionario ya no era más que un paraíso irremisiblemente perdido:

”Pero al aislar a su país, no de todas las relaciones sino de la dependencia extranjera —escribe Gunder Frank—, los gobiernos del Dr. Francia y sus sucesores, los López, lograron un desarrollo nacional estilo Bismarkiano o Bonapartista como ningún otro país latinoamericano de la época. Construyeron un ferrocarril con capital propio; desarrollaron industrias nacionales contratando técnicos —pero no admitiendo inversiones— extranjeros, como lo harían los japoneses décadas más tarde; establecieron la educación primaria fiscal y gratuita, casi eliminando —según testigos contemporáneos— el analfabetismo; y es más, expropiaron a los grandes latifundistas y comerciantes en beneficio del régimen más popular de América con apoyo de los indígenas guaraníes. Cuando esta política ‘americana’ —que por cierto también devino expansionista a mediados del siglo— tropezó con las ambiciones del ‘partido europeo’ en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y en la propia Europa, la Guerra de la Triple Alianza venció a la nación paraguaya y diezmó hasta 6/7 de su población masculina. Luego el Paraguay también se abrió a la ‘civilización’ ”. (12)

Nostalgia del capitalismo nacional perdido que no deja de ser por lo menos paradójica si se piensa que este texto fue escrito en el momento en que el futuro socialista estaba ya instalado en América, con la revolución cubana como bandera.

(12) Lumpenburguesía: lumpendesarrollo, pp. 72-73.

La presencia de este trasfondo desarrollista o nacionalista no anula, por supuesto, la validez de muchos análisis concretos ni resta mérito a investigaciones como la del propio Theotonio Dos Santos en *El nuevo carácter de la dependencia*, hito notable en el desarrollo de nuestra sociología, que sólo citamos a título de ejemplo ya que no es nuestra intención repartir premios y castigos ni hacer historia, sino sólo señalar con la mayor franqueza y precisión algunos puntos de discrepancia con respecto a la corriente sociológica más vigorosa y difundida en la última década.

Entre los problemas que esta corriente presenta está naturalmente el derivado del uso totalitario de los conceptos "dependencia" y "dependiente", cuyos límites de pertinencia teórica jamás han logrado ser definidos y cuya insuficiencia teórica es notoria sobre todo cuando se trata de elaborar vastos esquemas de interpretación del desarrollo histórico de América Latina.

Que este desarrollo, en el siglo XIX por ejemplo, resulta absolutamente inexplicable si no se toma en cuenta la articulación de nuestras sociedades a la economía mundial, es algo que está fuera de toda duda, como lo está también la enorme contribución que para el conocimiento de este problema han realizado los estudios sobre dependencia. Admito lo cual uno no puede dejar de constatar, sin embargo, las claras insuficiencias explicativas del concepto "dependencia", sobre todo cuando se dejan de lado conceptos básicos como fuerzas productivas, relaciones sociales de producción, clases y lucha de clases, o se los reemplaza por categorías tan ambiguas como "expansión hacia afuera", "colonias de explotación" o "de población", "grupos tradicionales" y "modernos", "integración social", etc.

Tenemos naturalmente en mente el libro *Desarrollo y dependencia en América Latina*, de Cardoso y Faletto, cuyas tesis generales se vuelven incluso difíciles, si es que no imposibles de organizar y discutir, en la medida en que todo el discurso teórico de los autores parece remitir constantemente a un doble código y ser susceptible por lo tanto de dos lecturas, una marxista y otra desarrollista, según que uno acentúe tal o cual afirmación, ponga de relieve

uno y otro concepto o simplemente atribuya diferente significado a los términos (¿conceptos?) tantas veces entremillados.

Pero si nos fijamos ya no en los ambiguos enunciados teóricos, sino que reflexionamos sobre los análisis históricos concretos, descubrimos de inmediato las lagunas dejadas por la no aplicación de conceptos fundamentales como los arriba señalados. Es lo que ocurre por ejemplo en el capítulo III, intitulado "Las situaciones fundamentales en el período de 'expansión hacia afuera'", donde parece escaparse muchos elementos sin los cuales se torna incomprendible la historia —incluso meramente económica— de los países latinoamericanos en ese período y aún más allá de él. Tales elementos son, entre otros, los siguientes:

Primero, el carácter básicamente precapitalista de América Latina al iniciarse ese período, lo que implica ya cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas y ciertas relaciones sociales de producción, es decir, una articulación concreta de modos de producción y por lo tanto de clases que de alguna manera determinará la forma de articulación de nuestros países al capitalismo mundial, en un movimiento desde luego dialéctico.

Segundo, el proceso de acumulación originaria que en esas condiciones tenía que darse y se dio, no porque América Latina no hubiera "contribuido" desde antaño a la acumulación originaria en Europa, sino justamente por esto: porque su situación colonial le impidió realizar *internamente* dicho proceso.

Tercero, y lo que es más importante, toda la lucha de clases por ello implicó, aunque sólo fuese por hechos como el despojo bárbaro a los campesinos desde México hasta Chile, la confiscación de los bienes eclesiásticos y las revoluciones liberales en sí mismas, que no necesariamente fueron un juego de niños.

Hechos de los cuales se hace caso omiso en el libro en cuestión, pese a que sin ellos resulta imposible entender la revolución mexicana, por ejemplo, sin la cual es incomprendible, a su vez, el ulterior desarrollo del capitalismo en México. De la misma manera que sin hablar de los desembar-

cos y ocupaciones militares del Caribe y Centroamérica por las fuerzas imperialistas, cosa igualmente omitida en *Desarrollo y dependencia*, es absolutamente imposible explicarse el desarrollo de esta área, revolución cubana inclusive. Tales actos, no lo olvidemos, crearon situaciones verdaderamente *coloniales* (Puerto Rico) o *semicoloniales* (Cuba, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, etc.), que el ambiguo término de “enclave” está lejos de describirlas y menos aún de aceptar su significación histórica.

No se trata, pues, de reclamar el análisis de los modos de producción y de las clases sociales por razones “morales” o de principio, sino por ser categorías teóricas fundamentales sin las que ni siquiera se puede rendir cuenta del desarrollo puramente “económico” de la sociedad. Los propios autores de *Desarrollo y dependencia* parecen admitirlo implícitamente cuando escriben: “¿Hasta qué punto el hecho mismo de la Revolución mexicana que rompió el equilibrio de las fuerzas sociales, no habrá sido el factor fundamental del desarrollo logrado posteriormente?” (13); pero es justamente la lógica y riqueza de procesos como éste los que dejan escapar al adaptar un modelo teórico que parte del supuesto de que es “*el tipo de integración de las clases*”, y no su lucha, uno de los “condicionantes (?) principales del proceso de desarrollo”. (14)

En general, es el análisis de las clases y su lucha lo que constituyen el talón de Aquiles de la teoría de la dependencia. Para empezar, los grandes y casi únicos protagonistas de la historia que esa teoría presenta son las “oligarquías” y burguesías o, en el mejor de los casos, las capas medias; cuando los sectores populares aparecen es siempre como una masa amorfa y manipulada por algún caudillo o movimiento “populista”, de suerte que uno se pregunta por qué en Brasil, por ejemplo, se estableció un régimen

(13) *Desarrollo y dependencia en América Latina*, 2ª ed., México, 1970, pp. 8-9.

(14) *Op. cit.*, p. 17.

claramente anticomunista (y no antipopulista), o cómo fue posible que en Chile se constituyera “de repente” un gobierno como el de la Unidad Popular. Además, no deja de ser sintomático el hecho de que, en la década pasada, no se haya producido un solo libro sobre las clases subordinadas a partir de aquella teoría. (15)

En fin, el propio estudio de la burguesía y sus fracciones parece haberse visto interferido por un inadecuado manejo del marxismo. Tal es el caso de los análisis sobre la burguesía nacional (media y pequeña), a la que comienza por pedírsele virtudes revolucionarias que jamás poseyó, para luego negar pura y llanamente su existencia en América Latina. Con el loable propósito de evitar las posiciones reformistas, en este como en otros aspectos se cae en el otro extremo, la ultraizquierdización del análisis, al borrar de una plumada todas las contradicciones secundarias de la sociedad y la posibilidad de actuar sobre ellas.

Algo semejante ocurre con los estudios sobre la llamada “oligarquía”, a la que se le atribuye, de derecho, una contradicción antagónica con la burguesía industrial, para pasar a señalar de inmediato que la originalidad del capitalismo “dependiente” frente al capitalismo “clásico” determina la abolición de aquella contradicción. Razonamiento que uno tiene dificultad en seguir, aunque sólo fuese por la ambigüedad inherente al término “oligarquía”. En todo caso, si se trata de la aristocracia feudal o esclavista, ella ha sido eliminada de la escena social latinoamericana hace ya bastante tiempo o convertida, hasta en sus últimos reductos de Ecuador o Bolivia, en fracción terrateniente semi-capitalista; así que por ese lado no se ve mayor diferencia de fondo entre el desarrollo “clásico” y el nuestro. Y si por “oligarquía” se entiende simplemente el sector agrario de la burguesía, uno no ve en virtud de qué habría que esperar su total eliminación. El desarrollo del capitalismo, clásico o no, convierte a esta fracción de clase en sector no he-

(15) Hay, por supuesto, el libro ya mencionado de Rodolfo Stavenhagen, pero cuyo marco teórico poco tiene que ver con la teoría de la dependencia.

gemónico, como está ocurriendo por doquier en América Latina, mas esto es ya otro asunto.

Observación que nos coloca, además, frente a otro problema presente en la mayoría de los estudios sobre dependencia y que consiste en el manejo teóricamente arbitrario de dos modelos, el de un capitalismo “clásico” y un capitalismo “dependiente”, que a la postre no son otra cosa que dos tipos ideales, en el sentido weberiano del término.

Meditemos, por ejemplo, en toda la ambigüedad de este pasaje extraído de *Desarrollo y dependencia en América Latina*:

“Metodológicamente no es lícito suponer —dicho sea con mayor rigor— que en los países ‘en desarrollo’ se esté repitiendo la historia de los países desarrollados. En efecto, las condiciones históricas son diferentes: en un caso se estaba creando el mercado mundial paralelamente al desarrollo gracias a la acción de la denominada *bourgeoisie conquérante*, y en el otro se intenta el desarrollo cuando ya existen relaciones de mercado, de índole capitalista, entre ambos grupos de países y cuando el mercado mundial se presenta dividido entre el mundo capitalista y el socialista. Tampoco basta considerar las diferencias como desviaciones respecto de un patrón general de desarrollo, pues los factores, las formas de conducta y los procesos sociales y económicos, que a primera vista constituyen formas desviadas o imperfectas de realización del patrón clásico de desarrollo, deben considerarse más bien como núcleos de análisis destinados a hacer inteligible el sistema económico social”. (16)

“La historia no se repite”: he ahí una fórmula de perfiles peligrosos, puesto que puede conducir directamente al *empirismo* si es que no se precisa su alcance y su contenido. Entendida en el sentido de una “originalidad” absoluta de nuestro proceso histórico, esa fórmula ha sembrado de hecho una enorme confusión en las ciencias sociales latinoamericanas, como es fácil comprobar con sólo seguir la discusión sobre los modos “coloniales” de producción, supuestamente irreductibles a cualquier categoría antes conocida.

(16) Op. cit., p. 33.

Que la historia de América Latina no es una forma “desviada o imperfecta de realización del patrón clásico de desarrollo”, en eso estamos de acuerdo con Cardoso y Faletto, mas no por las razones que ellos aducen, sino porque plantear el problema en términos de “patrones” o “modelos” nos parece substancialmente incorrecto. Lo que existe, al menos desde un punto de vista marxista, no son “patrones” sino leyes, como las del desarrollo del capitalismo por ejemplo, que se cumplen en América Latina como por doquier, dentro de condiciones históricas determinadas, claro está, pero cuyo estatuto tiene que ser definido con precisión si no se quiere caer en una teoría de la irreductible singularidad. Son esas “condiciones” (sobredeterminaciones) las que aceleran, por ejemplo, el paso de la fase competitiva a la fase monopólica, o las que “ahorran” al capitalismo periférico la necesidad de una “revolución industrial, al mismo tiempo que entregan a sus masas trabajadoras a una doble explotación: la de la burguesía local más la de la burguesía imperial, o inversamente si se quiere. Y es en esto, así como en la articulación específica de varios modos de producción, y de varias fases de un mismo modo, donde reside la *particularidad* del desarrollo histórico latinoamericano, en el que no cabe buscar entonces una excesiva “originalidad”. La historia no se repite al pie de la letra, es cierto; pero “milagros” como el brasileño o como el del propio Pinochet tampoco son del todo inéditos. Antes que “milagros” de la dependencia son milagros del capitalismo *tout court*.

Por eso conviene recordar, metodológicamente, que en la fórmula capitalismo dependiente hay algo que es un sustantivo (capitalismo) y algo que es un objetivo (dependiente) y que por lo tanto la esencia de nuestra problemática no puede descubrirse haciendo de la oposición capitalismo clásico/capitalismo dependiente el rasgo de mayor pertinencia, sino *a partir* de las leyes que rigen el funcionamiento de todo capitalismo. El mantenimiento de aquella posición como eje central del análisis no es, por lo demás, otra cosa que el testimonio fehaciente de cierta “continuidad en el cambio”, toda vez que representa la traducción a términos

aparentemente marxistas del clásico binomio cepalino “centro/periferia”, que Frank a su turno retomó con el nombre de “metrópoli/satélite”.

En su afán de mantenerse fiel a la teoría de la dependencia, incluso un autor tan riguroso y ceñido al marxismo como Ruy Mauro Marini se ve obligado a estilizar tanto las situaciones, que a la postre termina trabajando con modelos antes que con leyes. En los capítulos 5 y 6 de su libro *Dialéctica de la dependencia*, por ejemplo, nos describe una situación específica del capitalismo latinoamericano que consistiría en la existencia de una estructura productiva basada en la sobreexplotación del obrero, la que a su vez determinaría una estructura de la circulación escindida entre una esfera orientada hacia el consumo suntuario, que sería la verdaderamente dinámica, y otra, la del consumo obrero, deprimida y en constante estancamiento. De suerte que, mientras en la “economía clásica” es y habría sido el consumo de las masas el motor principal de la industrialización (?), en la “economía dependiente” no ocurriría nada parecido, creándose así un problema de realización que originaría una tendencia de expansión hacia el exterior y sería la causa fundamental del subimperialismo.

Muchos de los problemas planteados por Marini son desde luego ciertos; queda sin embargo la inquietud de saber si entre el capitalismo llamado clásico y el dependiente existe realmente una diferencia cualitativa que autorice a formular leyes específicas para uno y otro (17), o si Marini no está simplemente cargando las tintas a fin de volver operables los modelos. Se puede poner en duda, por ejemplo, que

(17) Punto sobre el cual las formulaciones teóricas de Marini se vuelven, por lo demás, equívocas. En la pág. 81 de su obra habla de “las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente”; en la 83 se refiere en cambio a “la manera cómo se manifiestan en esos países (los de América Latina, A.C.) las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente” (?); mientras en otros pasajes habla de “los grados intermedios mediante los cuales esas leyes (las leyes generales del capitalismo, A.S.) se van especificando” (. 99); afirmaciones que no son exactamente equivalentes. Cf. *Dialéctica de la dependencia*, Ed. ERA, México, 1973.

a la Francia de los años 1930 ó 40 no se hubiere podido aplicarle esta afirmación con la que el autor cree describir una especificidad del capitalismo dependiente:

“El abismo existente allí entre el nivel de vida de los trabajadores y el de los sectores que alimentan a la esfera lata de la circulación hace inevitable que productos como automóviles, aparatos electrodomésticos, etc., se destinen necesariamente a esta última”. (18)

Como se puede dudar también que ramas industriales como la electromecánica (televisores, radiorreceptores, etc.), la de productos metálicos (muebles, por ejemplo) o petroquímicos (utensilios de material plástico), no estén dinamizados en gran parte de los países latinoamericanos gracias a cierto consumo popular. Después de todo, la imagen de las masas semihambrientas pero provistas de transistores, parece ser más bien “típica” de las situaciones de subdesarrollo. (19)

Observaciones con las cuales no queremos decir —repetámoslo una vez más— que el desarrollo de los países dependientes ocurra en la misma forma que el de los países capitalistas hoy “avanzados”, ni que la situación de las masas sea idéntica en ambos casos. Tanto la dominación y explotación imperialistas como la articulación particular de modos de producción que se da en cada una de nuestras formaciones sociales, determinan que incluso las leyes propias

(18) Op. cit., p. 72.

(19) Incluso decir, como lo hace Marini, que el proceso de industrialización en América Latina se frenó por “la compresión permanente que ejercía la economía exportadora sobre el consumo individual del obrero” (**Dialéctica de la dependencia**, p. 61) es sólo parcialmente cierto. La situación que describe Peter Klaren, por ejemplo en su libro **La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra** (Lima, ed. Monclova, 1970), no es una situación en la cual los obreros de la plantación no tienen acceso a bienes industriales; la tienen, y justamente porque la compañía redoble su negocio instalando grandes tiendas donde se venden artículos... importados, cosa que está lejos de contribuir al desarrollo industrial del Perú por razones obvias, pero que no corresponden al mecanismo descrito por Marini.

del capitalismo se manifiesten en ellas de manera más o menos acentuada o cubiertas de "impurezas" (como en toda formación social por lo demás), pero sin que ello implique diferencias cualitativas capaces de constituir un nuevo objeto teórico, regido por leyes propias, ya que la dependencia no constituye un modo de producción *sui generis* (no existe ningún "modo de producción capitalista dependiente" como en cierto momento llegó a decirse) ni tampoco una fase específica de modo de producción alguno (comparable a la fase imperialista del m. p. c., por ejemplo) sino que es la forma de existencia concreta de ciertas sociedades (20) cuya particularidad tiene que ser desde luego estudiada.

Nuestra tesis es, por lo tanto, la de que no hay ningún espacio teórico en el que pueda asentarse una "teoría de la dependencia", marxista o no, por la misma razón por la que no lo hubo ni en la Rusia de Lenin ni en la China de Mao, aunque en todos estos casos haya, naturalmente, complejos objetos históricos concretos cuyo conocimiento es necesario producir a la luz de la teoría marxista.

Además de los problemas ya mencionados, la teoría de la dependencia presenta otro, que consiste en el tratamiento no dialéctico de las relaciones entre lo externo y lo interno, lo que lleva en muchos casos a la postulación de esquemas mecánicos en los que no queda otro motor de la historia que la determinación externa. Aquí como en puntos anteriores conviene partir de las tesis de Frank, que son las más elocuentes al respecto.

En el "Mea culpa" publicado como introducción a *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, este autor no deja de expresar su asombro por el hecho de que Ernst Halperin haya

(20) Por eso, aún aquel rasgo que Marini señala como más típico de éstas, es decir, la sobreexplotación, que se traduce por la comprensión del consumo individual del obrero, bien podría enunciarse con un nombre bastante clásico: proceso de pauperización, que en coyunturas a veces prolongadas se realiza incluso en términos absolutos. Y en cuanto al problema de la realización de la plusvalía que el mismo autor plantea, tampoco es del todo inédito; basta recordar la polémica que al respecto mantuvo Lenin con los populistas rusos.

interpretado su libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* como “una presentación impresionante y convincente de la manera en que, a partir de la Conquista, el destino de los latinoamericanos siempre ha sido afectado por acontecimientos fuera de su continente y fuera de su control”. (21)

Frank arguye entonces que ese no es su punto de vista, para comprobar lo cual cita este pasaje del libro comentado por Halperin:

“Para la generación del subdesarrollo estructural, más importante aún que la succión de su excedente económico... es la impregnación de la economía nacional del satélite con la misma estructura capitalista y sus contradicciones fundamentales... que organiza y domina la vida nacional de los pueblos en lo económico, político y social”. (22)

Luego añade que, “al contrario de aquella ‘impresión’ (la de Halperin, A.C.), la dependencia no debe ni puede considerarse como una relación meramente ‘externa’ impuesta a todos los latinoamericanos desde afuera y contra su voluntad, sino que la dependencia es igualmente una condición “interna” e integral de la sociedad latinoamericana que determina a la burguesía dominante en Latino América, pero a la vez es consciente y gustosamente aceptada por ella”. (23).

Frank se defiende pues, aquí como en otros ensayos (24), de haber realizado y difundido un tipo de análisis en el cual las determinaciones externas sustituyen y anulan a las determinaciones o contradicciones internas como núcleo explicativo del desarrollo de América Latina.

(21) Op. cit., p. 14.

(22) Ibid., p. 15.

(23) Ibid., p. 15.

(24) Cf. “La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases”, en rev. **Sociedad y desarrollo**, CESO-PLA, Santiago de Chile, N° 3, julio-septiembre de 1972, p. 228.

Ahora bien, el comentario de Halperin es en realidad una caricatura de las tesis de Frank, pero como toda caricatura no hace más que acentuar algunos rasgos del original. Por eso, lo que a la postre resulta asombroso no es tanto el que Halperin y otros hayan leído sin la debida atención a Frank, sino el que Frank se haya leído mal a sí mismo o no haya tomado conciencia de las implicaciones teóricas de lo que escribía. Suyas son, después de todo, las siguientes afirmaciones:

“Si es el status de satélite el que genera el subdesarrollo, una relación más débil o menos estrecha entre metrópoli y satélite puede producir un subdesarrollo estructural menos profundo y/o permitir mayores posibilidades de desarrollo local”. (25)

Y: “Es importante también para confirmar nuestra tesis, el hecho característico de que ciertos satélites lograron avances temporarios en el sentido del desarrollo durante guerras o depresiones ocurridas en la metrópoli, las cuales debilitaron o redujeron momentáneamente la dominación de ésta sobre la vida de los satélites”. (26)

¿Piensa realmente Frank que esos avances se debieron a que los satélites se “desimpregnaron” en ese momento de su estructura capitalista, o más bien realiza un “cuasi experimento” destinado a mostrar cómo un elemento exterior (crisis o depresión en la metrópoli) determina, en este caso favorablemente, el desarrollo del satélite? Sus análisis concretos sobre Chile no dejan lugar a dudas:

“Estimulada por la depresión y por la caída de las importaciones industriales provocadas por la guerra, la producción de la manufactura chilena aumentó en un 80% entre 1940 y 1948, pero sólo un 50% entre 1948 y 1960. En otras palabras, durante el primer lapso de ocho años la tasa no acumulativa anual de la producción industrial fue el

(25) **Chile: el desarrollo del subdesarrollo**, 2ª ed., Montly Review, selecciones en castellano, s.f., p. 20.

(26) Op. cit., p. 21.

10%; y en los doce años que siguieron a la recuperación metropolitana, la tasa de crecimiento de la manufactura bajó al 4%. Desde entonces el promedio siguió descendiendo hasta tocar el cero, y a veces más abajo". (27).

Que los autores cepalinos vean el desarrollo industrial de Chile a principios de los años 40 como un desarrollo "inducido" por una crisis en las "economías centrales" que obligó a realizar una "substitución de importaciones" en los países "periféricos", parece lo más normal del mundo: se trata de una interpretación prudente y oficial. Pero que un autor como Frank ignore la existencia de ciertas luchas sociales en Chile, el triunfo del Frente Popular de Aguirre Cerda en el año 38 y la consiguiente implantación de una política planificada que "algo" tuvo que ver con la industrialización del país (en condiciones marginales e internacionales *determinadas*, claro está), esto es un hecho ya más grave. Demuestra los límites a los que puede llegar una "revolución" teórica que, para superar al marxismo "tradicional", no vacila en reemplazar la lucha de clases por la "substitución de importaciones" como motor de la historia.

Ninguno de los teorizantes de la dependencia ha llegado, desde luego, a manejar un esquema tan simplista como el de Frank. Sin embargo, ideas como la de que la industrialización de América Latina es explicable por las sucesivas crisis en el "centro" parecen ser hartamente difundidas, pese a que basta con revisar las tasas de crecimiento de la industria fabril en cualquier país latinoamericano entre 1929 y 1935, por ejemplo, para darse cuenta de que se trata de un simple mito. Mas, el hecho mismo de que el mito haya podido prender, demuestra hasta qué punto llegó a arraigar en nuestra sociología el esquema determinista mecánico difundido por Frank y los autores cepalinos.

Es cierto que en autores como Cardoso y Faletto hay un importante esfuerzo por superar dicho esquema a través de planteamientos como el siguiente:

"Se hace necesario, por lo tanto, definir una perspectiva de interpretación que destaque los vínculos estructura-

(27) Op. cit., p. 142.

les entre la situación de subdesarrollo y los centros hegemónicos de las economías centrales, pero que no atribuyen a estos últimos la determinación plena de la dinámica del desarrollo. En efecto, si en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia y —por ende el cambio— aparece como reflejo de lo que pasa en la metrópoli, en las situaciones de dependencia de las “naciones subdesarrolladas” la dinámica social es más compleja. En ese último caso hay desde el comienzo una doble vinculación del proceso histórico que crea una “situación de ambigüedad” o sea, una contradicción nueva. Desde el momento en que se plantea como objetivo instaurar una nación —como en el caso de las luchas anticolonialistas— el centro político de la acción de las fuerzas sociales intenta ganar cierta autonomía al sobreponerse a la situación de mercado; las vinculaciones económicas, sin embargo, continúan siendo definidas objetivamente en función del mercado externo y limitan las posibilidades de decisión y acción autónomas. En eso radica, quizá, el núcleo de la problemática sociológica del proceso nacional de desarrollo en América Latina”. (28)

Pero aún aquí las limitaciones son evidentes, en primer lugar y como lo señaló oportunamente Weffort (29), la contradicción entre un Estado nacional políticamente independiente y una economía nacional dependiente (del mercado mundial) resulta abstracta por decir lo menos, si es que no se liga a un riguroso análisis de clase. En el caso ecuatoriano, por ejemplo, ¿qué contradicción podía haber entre el Estado nacional de la incipiente burguesía agro-mercantil y la economía mundial de mercado, siendo que esa burguesía se había sumado a la lucha independentista justamente para conseguir la abolición de las trabas comerciales impuestas por España, que le impedían desarrollarse como clase? Si contradicción hubo entre Estado independiente e incorporación al mercado mundial en el caso mencionado, no fue otra que la que se estableció entre esa burguesía y los

(28) **Desarrollo y dependencia** ... pp. 28-29.

(29) Notas sobre la “Teoría de la dependencia”; ¿teoría de clases o ideología nacional? ABIIS-UNAM, México, s.f.

terratenientes feudales, cuyos rudimentarios “obrajes” no tardaron en desaparecer ante la competencia de los géneros importados. Es decir, una contradicción de clase que aquí remitía incluso a una contradicción entre modos de producción, que naturalmente no dejó de reflejarse a nivel del Estado nacional y en las relaciones de éste con los centros metropolitanos. Es por lo tanto esa contradicción interna —a cuyo desarrollo desde luego no es ajeno el de la economía capitalista mundial— la que permitirá comprender los aspectos contradictorios y no contradictorios de la relación entre el Estado ecuatoriano y el “mercado externo”.

En segundo lugar, la aseveración de que “en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia —y por ende el cambio— aparece como reflejo de lo que pasa en la metrópoli”, es profundamente reveladora de cómo el esquema frankiano no está totalmente superado por Cardoso y Faletto, sino sólo relegado a la etapa en que no existía aún el Estado nacional, único elemento capaz de introducir cierto nivel de contradicción. Pero ¿cómo explicar, a partir de esta visión *nacionalista* de la historia, los levantamientos de los encomenderos a mediados del siglo XVI, la secular lucha de los araucanos, las continuas rebeliones populares y finalmente la independencia? ¿Fue esta última, por ejemplo, un simple “reflejo” de la crisis por la que en ese momento atravesaba la metrópoli?

Dicha crisis fue sin duda *uno* de los elementos que configuraron la compleja situación en que pudo triunfar el movimiento independentista latinoamericano; mas ello no autoriza a establecer un determinismo tan mecánico, que bien podría llevarnos con igual legitimidad, a afirmar que los tiempos han cambiado tanto que ahora la situación de las metrópolis es un “reflejo” de lo que sucede en las colonias, como los recientes acontecimientos en Portugal lo estarían demostrando.

Hay, pues, un problema en el tratamiento de la relación externo-interna, que a nuestro juicio no ha sido adecuadamente resuelto por la teoría de la dependencia. De hecho, ésta parece oscilar entre una práctica en la que la determinación ocurre siempre en sentido único (lo que sucede

en el país dependiente es resultado mecánico de lo que ocurre en la metrópoli), y una “solución” teórica que es estrictamente sofisticada y no dialéctica: no hay, se dice, diferencia alguna entre lo externo y lo interno, puesto que el colonialismo o el imperialismo actúan *dentro* del país colonizado o dependiente. Esto último es cierto, ya que de otro modo se trataría de elementos no pertinentes, ajenos simplemente al objeto de estudio; pero hay un sofisma en la medida en que de esa premisa verdadera se deriva una conclusión que ya no lo es: ese “estar adentro” no anula la dimensión externa del colonialismo o el imperialismo, sino que más bien la plantea en toda su tirantez.

El capital imperialista invertido en la explotación del petróleo ecuatoriano, por ejemplo, está en el interior del país, forma parte de la estructura interna del Ecuador y hasta constituye, en el momento actual, el polo hegemónico de su economía. Sólo que, si por arte de magia suprimimos la dimensión externa del problema (externa a la formación social ecuatoriana), tendríamos que concluir, lisa y llanamente, que el Ecuador es un país imperialista puesto que el capital monopólico constituye el polo dominante de su economía. Desgraciadamente, lo que penetra en cada nación “dependiente” no es el concepto de imperialismo, sino el imperialismo “de carne y hueso”, con todas las relaciones internacionales que ello implica (relaciones que, por supuesto, no pueden entenderse sin aquel concepto).

Weffort^t tenía razón de hacer notar que “la incorporación de la dimensión externa es obligatoria, pues de otro modo no tendría sentido hablar de las relaciones internas como relaciones de dependencia” (30), pero su error consistió en creer que el problema podía resolverse mediante la simple supresión de las premisas nacionales de que había partido la teoría de la dependencia, cuando en realidad era menester buscar el fundamento de clase de la relación entre naciones y tratar dialécticamente la dimensión externa que ello implica necesariamente.

(30) Loc. cit.

“En oposición a la concepción metafísica del mundo, la concepción dialéctica materialista del mundo sostiene que, a fin de comprender el desarrollo de una cosa, debemos estudiarla por dentro y en sus relaciones con otras cosas; dicho de otro modo, debemos considerar que el desarrollo de las cosas es un automovimiento, interno y necesario, y que, en su movimiento, cada cosa se encuentra en interconexión con las cosas que la rodean”, escribe Mao en su conocido texto *Sobre la contradicción* (31). Gunder Frank arguye que, sin embargo, nadie ha logrado todavía “clarificarla suficientemente . . . cómo debe distinguirse exactamente entre las contradicciones ‘externas’ y las ‘internas’ en el proceso, tal como éste se desenvuelve en una parte determinada del sistema imperialista” (32). Y es comprensible que esto le ocurra. Para Mao, ese misterioso “interno” está constituido por una articulación específica de contradicciones “entre las clases productivas y las relaciones de producción, entre las clases y entre lo viejo y la nuevo” (33) en cada formación social concreta, llámese ésta China, Colombia o Argentina; articulación interna que resulta imposible imaginar siquiera en un esquema como el de Frank, en donde los conceptos de fuerzas productivas, relaciones de producción, estructura y lucha de clases están simplemente ausentes.

Este error de la teoría de la dependencia, que consiste en tratar de explicar siempre el desarrollo de una formación social a partir de su articulación con otras formaciones, determina que aún trabajos tan sólidos como *Dialéctica de la dependencia* desemboquen en un verdadero callejón sin salida. Como se sabe, Marini sostiene en este libro que en la relación entre países industrializados y países dependientes en la segunda mitad del siglo XIX —primera fase de nuestra dependencia— se encuentra ya la clave para

(31) En *Cinco tesis filosóficas*; Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekin, 1971, p. 49.

(32) Op. cit., p. 51.

(33) *La dependencia ha muerto...* Op. cit., p. 228.

entender las diferencias del desarrollo de estas dos áreas. Y aduce para ello buenas razones.

En primer lugar: "El fuerte incremento de la clase obrera industrial y, en general, de la población urbana ocupada en la industria y en los servicios, que se verifica en los países industriales en el siglo pasado, no hubiera podido tener lugar si éstos no hubieran contado con los medios de subsistencia de origen agropecuario, proporcionados en forma considerable por los países latinoamericanos. Esto fue lo que permitió profundizar la división del trabajo y especializar a los países industriales como productores mundiales de manufacturas". (34)

En segundo lugar, la propia implantación del modo de producción específicamente capitalista en Europa, basado en la plusvalía relativa en lugar de la absoluta, no puede explicarse sin considerar la afluencia de productos agropecuarios provenientes de los países dependientes, productos que, obtenidos a precios cada vez más deteriorados, abarataban en el Viejo Continente el valor real de la fuerza de trabajo.

En fin, y coadyuvando en el mismo sentido, tendríamos el flujo de materias primas desde la periferia hacia el centro del sistema.

He ahí, según Marini, el anverso de esta medalla llamada dependencia. Su reverso, que es el que más nos interesa, estaría a su turno constituido por un contrario dialéctico. Esa misma producción exportable que hace posible la implantación de un modo de producción específicamente capitalista en los países industrializados tiene como contrapartida, en los países dependientes, el establecimiento de un modo de producción basado en la sobreexplotación, es decir, en la remuneración permanente del trabajo por debajo de su valor, sobreexplotación que a su vez se convierte en un freno para el desarrollo de nuestros países, tal como se vio en páginas anteriores.

Ahora bien, la novedad del esquema de Marini no está en señalar la existencia de un intercambio desigual entre

(34) Op. cit., p. 21.

naciones, con la consiguiente transferencia de valores y en última instancia de plusvalía, ni en anotar que la baja remuneración de los trabajadores constituye un escollo para la creación de un amplio mercado interno en América Latina. Tampoco en recordar todas las tropelías y exacciones que el imperialismo ha realizado y realiza en nuestros países, cosa que Marini da por sabido. Lo nuevo está en establecer una relación directa entre la articulación países industrializados-países dependientes (causa) y el desarrollo interno de cada una de esas economías que de ahí se derivaría (efecto). Y es en este punto, precisamente, donde el esquema de Marini se torna cuestionable, no por falta de coherencia lógica ni de fuerza ideológica, sino porque la realidad histórica se resiste a encajar en él.

En efecto, basta pensar en dos casos concretos de la historia de América Latina —y no muy marginales que se diga— para que la relación causal establecida por Marini se rompa en uno u otro sentido. En el primer caso que tenemos en mientes, el de Brasil, uno puede admitir en rigor la tesis de la sobreexplotación, a condición de no poner reparos teóricos a su concepto mismo (remuneración permanente de la fuerza de trabajo por debajo de su valor) y de entenderlo más bien a partir del sentido común; pero en cambio resulta imposible concebir siquiera cómo las exportaciones de café brasileño habrían podido abatir el valor real de la fuerza de trabajo en Europa y contribuir con ello al proceso que Marini señala (paso de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa), ya que se trata de un producto netamente superfluo desde el punto de vista de la reproducción de la fuerza de trabajo y cuyo principal consumidor ni siquiera fue la clase obrera.

En el otro caso significativo, el de la Argentina, uno puede aceptar la incidencia de la exportación de cereales y carnes en la disminución del valor real de la fuerza de trabajo en Inglaterra, por ejemplo, pero entonces resulta harto difícil sostener que ello haya tenido como contrapartida la remuneración de la fuerza de trabajo argentina por debajo de su valor ni impedido la creación de un mercado interno para la industria de este país. Las masas argentinas de ese

período fueron de las pocas aceptablemente nutridas del mundo capitalista en general y dicho país, el primero de América Latina en tener un mercado significativo para productos industriales.

Además, los mismos ejemplos del Brasil cafetalero y la Argentina cerealera y ganadera contradicen flagrantemente la afirmación de Marini en el sentido de que sin la contribución de la economía agropecuaria latinoamericana habría sido imposible liberar la mano de obra que Europa necesitaba para su desarrollo industrial. Las áreas abastecedoras de cereales y carne —que por lo demás no siempre coinciden con los países hoy subdesarrollados— y aún una área cafetalera como la del Brasil, se poblaron en el período en cuestión con inmigrantes extranjeros, esto es, con la población *excedente* de Europa.

¿Quiere decir todo esto que las tesis de Marini no funcionan a nivel de formaciones sociales concretas o que al menos pierden pertinencia en algunas de ellas? ¿Qué debería ubicarse entonces en un plano más general? Es posible que así sea pero, en ese caso, ya no estamos ante un proceso de abstracción que lleve al descubrimiento de verdaderas leyes, sino ante generalizaciones cuyo estatuto teórico habría que precisar, definiendo en primer término los objetos mismos sobre los que recae la investigación, esto es, lo que Marini denomina respectivamente “economía clásica” y “economía dependiente”.

Por su misma brillantez y rigor, el ensayo de Marini pone de relieve las fronteras insuperables dentro de las cuales se mueve toda la teoría de la dependencia. Es decir, las limitaciones inherentes a ese prurito inveterado de explicar el desarrollo interno de cada formación social a partir de su articulación con otras formaciones sociales, en lugar de seguir el camino inverso.

Y es que la teoría de la dependencia ha hecho fortuna con un aserto que parece gozar de la caución de la evidencia, pero que merece ser repensado seriamente. Según dicha teoría, *la índole de nuestras formaciones sociales estaría determinada en última instancia por su forma de articulación en el sistema capitalista mundial*, cosa cierta en la medida

en que se presenta como la simple expresión de otra proposición, ella sí irrefutable: el capitalismo, una vez que ya lo tenemos como dato de base, mal puede ser pensado de otra manera que como economía articulada a nivel mundial. Sólo que todo ese razonamiento supone que dicho dato (el carácter capitalista de nuestras sociedades) es un dato teóricamente irreductible, que no puede ser concebido como producto permanente de una estructura interna que en cada instante lo está produciendo y reproduciendo, sino que cuando más puede ser susceptible de una explicación genética (somos dependientes porque siempre fuimos de una u otra manera dependientes), explicación que por lo demás nos encierra en un círculo vicioso en el que ni siquiera hay lugar para un análisis de las posibilidades objetivas de transformación de nuestras sociedades.

Por eso, la misma fórmula aparentemente evidente de la teoría de la dependencia podría enunciarse de manera estrictamente inversa, para poner de relieve sus limitaciones y su unilateralidad: ¿no será más bien la índole de nuestras sociedades la que determina en última instancia su vinculación al sistema capitalista mundial?

En rigor, es esta segunda formulación la que está más cerca de la verdad. Si la revolución boliviana de 1952, por ejemplo, hubiera seguido un curso similar al de la revolución cubana, Bolivia no sería hoy un país dependiente: para serlo (y aquí no estamos hablando de situaciones coloniales o semicoloniales sino de situaciones de dependencia en sentido restringido), hay que tener como premisa indispensable una estructura interna capitalista o preñada de fuerzas históricas que tiendan “naturalmente” hacia el capitalismo, de la misma manera que para avanzar al socialismo son necesarias fuerzas internas capaces de romper la estructura existente. Esto es indudable, pero no se trata aquí de colocarse “más cerca de la verdad” ni de reemplazar una visión adialéctica por otra similar, sino de recordar la doble perspectiva del problema.

Ningún error es gratuito sin embargo. Si la teoría de la dependencia ha enfatizado unilateralmente un aspecto del problema, es debido a su envasamiento en una problemática

desarrollista, con su consiguiente perspectiva economicista no superada totalmente. Sólo así se comprende, además, que a partir de tal teoría no se haya producido un solo estudio sobre el desarrollo revolucionario cubano, caso omitido incluso en libros de un horizonte histórico tan amplio como *Desarrollo y dependencia en América Latina*.

La teoría de la dependencia no está desligada, sin embargo, de la revolución cubana y sobre todo de algunos de los efectos que ella produjo en el resto del Continente. ¿Cómo entender, de no, esta extraña mezcla de premisas nacionalistas y conclusiones socialistas, de una epistemología desarrollista y una ética revolucionaria que hemos venido analizando, si no es a partir de un hecho como la revolución cubana que, entre otras cosas, produjo una radicalización total de vastos sectores medios intelectuales, desgraciadamente desvinculados del movimiento proletario tanto orgánica como teóricamente, y que incluso llegaron a ufanarse de su “independencia” frente a las organizaciones obreras, como en el caso del mismo Frank o del grupo de *Monthly Review*?

A partir de esta constatación todo se torna en cambio coherente: el predominio omnímodo de la categoría *dependencia* sobre la categoría *explotación*, de la “nación” sobre la *clase* (35), y el mismo éxito fulgurante de la teoría de la dependencia en todos los sectores medios intelectuales. Incluso la ilusión de que con ello se habían superado las “estrecheces” y “limitaciones” del marxismo clásico: ¿y cómo no iba a ser posible esta “superación” teórica, si en la misma práctica política las vanguardias de extracción intelectual creían poder reemplazar al proletariado en sus tareas revolucionarias?

Si esta hipótesis —seamos cautos— es cierta, el mismo movimiento crepuscular de la teoría de la dependencia hacia fines de la década de los 60 podría explicarse por razones que irían más allá del simple desarrollo de las contradicciones de tal teoría. Tal vez no sean extraños a este itinerario acontecimientos como el “cordobazo” argentino, la

(35) Marini tiene el enorme mérito de ser la excepción en ambos casos.

presencia de la clase obrera boliviana en el primer plano de la escena política de su país entre 1970 y 1971 o el ascenso de la Unidad Popular al gobierno en ese mismo momento; es decir, el repunte de las luchas proletarias en vastas zonas del Continente.

Pero, ¿ha muerto realmente la teoría de la dependencia? Más aún, ¿es algo que merezca ser enterrado? Ambiguo como siempre, Gunder Frank tituló a uno de sus más recientes escritos: "La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases". Ambiguo decimos, puesto que no cabe confundir un hecho histórico objetivo con las teorías que a partir de él puedan elaborarse. La dependencia obviamente no ha muerto, ni nadie ha tratado en momento alguno de negar su existencia, ya que es una de las dimensiones más expresivas de nuestra realidad. Los estudios concretos que sobre ella se han hecho siguen y seguirán por lo tanto vigentes, y no como un simple reservorio de datos sino como una cantera inagotable de preocupaciones y sugerencias para la futura investigación. Lo que tal vez haya estallado sin remedio es esa caja de Pandora de la que en un momento dado llegaron a desprenderse todas las significaciones e ilusiones, y que recibió el nombre de teoría de la dependencia. Caja de Pandora que desde luego no era un "lugar sin límites", sino un marco de representación de contornos definidos por la idea de que toda nuestra historia es *deductible* de la oposición "centro-periferia", "metrópoli-satélite" o "capitalismo clásico-capitalismo dependiente", eje teórico omnímodo sobre el cual podían moverse desde los autores cepalinos hasta los neo-marxistas.

Es este movimiento sociológico, cuya sociología queda aún por hacer, el que parece encontrarse ahora en franco declive o en vías de una positiva superación. Lo que empezó como una construcción barroca en Gunder Frank tal vez termine, pues, con el edificio neoclásico de Marini, en el que se dibujan ya nuevas perspectivas. Para no mencionar la clara ruptura operada por Aníbal Quijano, por ejemplo,

quien en uno de sus últimos trabajos (36) no vacila en hablar de la teoría de la dependencia en pasado y retomar la línea general de análisis del marxismo-leninismo, recuperando incluso los aportes de uno de sus más grandes pensadores latinoamericanos, José Carlo Mariátegui.

(36) Cf. **Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú**. Seminario sobre clases sociales y crisis política en América Latina. IIS-UNADM, Oaxaca, junio de 1973.

+ LA NATURALEZA DE LA CRISIS ACTUAL DEL CAPITALISMO (*)

ANIBAL QUIJANO

Todos nos damos cuenta, aunque de manera todavía poco precisa, que todo un período histórico está llegando a su término, que ha entrado en crisis. Como ese período histórico fue el de dominio del capitalismo, la crisis presente es ante todo la crisis de este sistema. Como modo de producción y como modo de existencia social, éste parece estar iniciando el final de su existencia histórica. Sin embargo, no es solamente el capitalismo que está en crisis. Aunque de modo diferente y con proyecciones muy distintas, lo está también el socialismo tanto en la realidad de su construcción como en su teoría.

La extraordinaria vitalidad con que resurgió el capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial, parece haber sido la antesala de la maduración definitiva de sus formas de producción específicas y en consecuencia de la iniciación de su crisis. Pero todo eso no ha afectado solamente al propio sistema, sino también a todo el proceso de construcción del socialismo y al desarrollo del pensamiento y la práctica revolucionarios, particularmente en Occidente.

Creo que no es dudoso que esa notable vitalidad del capitalismo durante el período que termina, es uno de los más

(*) Conferencia dictada en el Curso Interamericano de Invierno de la Facultad de Ciencia Política de la UNAM, México, abril de 1974.

importantes factores asociados al curso de deformación y estancamiento del proceso socialista de los países de Europa del Este, así como del pensamiento y la práctica política de la mayor parte del movimiento comunista internacional, especialmente del que está ligado a la línea política de aquellos países.

Durante alrededor de cuarenta años, la teoría, la práctica política y la cultura política cotidiana del movimiento marxista occidental, han sido sometidos a los efectos cruzados del proceso de burocratización y tecnocratización del poder y del razonamiento políticos en los países de Europa del Este, así como de las ilusiones y las prácticas sociales enajenantes secretadas por la lozanía del capitalismo en su proceso de maduración.

Fue en el medio de ese proceso que la mayor parte del movimiento comunista internacional llegó casi a confundir la idea de la revolución con la del desarrollo, a reinterpretar de manera reificatoria los elementos centrales de la teoría marxista, y a casi convertirse en una oposición interna del sistema más bien que en una alternativa revolucionaria contra él.

De las consecuencias de ese proceso no han salido indemnes quizás ninguno de los sectores del movimiento revolucionario contemporáneo, en ningún país sometido a la dominación capitalista. No hemos sido capaces de evitar, plenamente, que el capitalismo en el período en que su maduración final le prestaba un aura de lozanía, no solamente comprometiera el desarrollo de la teoría revolucionaria, sino también pervirtiera nuestras vidas, a pesar de nuestras intenciones.

Inevitablemente, bajo estas determinaciones, ingresamos en este período de crisis con una notable debilidad teórica, que produce hoy día una situación pantanosa para el desarrollo del movimiento revolucionario actual, y que nos hace recordar con angustia el reclamo leninista de que sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria. Gran parte de nuestro andamiaje de conocimientos y de ideas de hoy proviene de y está atado a las condiciones y a las características del período que ahora se resuelve en crisis, y

es en cambio muy débil nuestra capacidad de comprender la naturaleza de la crisis actual, de las tendencias centrales de cambio que están implicadas allí. Esa debilidad hace que, con desoladora frecuencia, nos rindamos a interpretar las situaciones nuevas como si fueran las pasadas, a usar formas de acción que acaso hubieran sido aptas para situaciones anteriores como útiles para nuestros problemas actuales.

Hará falta un esfuerzo colectivo encarnizado para romper con esta pesada herencia, para organizar nuestros conocimientos y nuestras formas de acción a la medida de nuestras necesidades actuales, si es que de esta crisis es la revolución socialista la que debe salir, y no una lenta y agónica descomposición e irracionalización creciente de la sociedad contemporánea, si no el imaginable horror de su destrucción atómica.

Esta vez yo no puedo traer aquí otra cosa que una reflexión en voz alta sobre algunos de los problemas que me parecen más urgentes de investigar; es decir, más perplejidades que afirmaciones posibles, a lo sumo el intento de acuñar algunas interrogaciones que pudieran tener significación para orientar las búsquedas.

Especialmente a partir de las perturbaciones monetarias de fines de la década pasada, se han venido acumulando los síntomas y las sospechas de que el capitalismo ingresaba en período de crisis. Sin embargo, no me parece que sería muy fructífera la búsqueda de estudios y de esfuerzos teóricos que nos dieran cuenta del carácter concreto de esa crisis. Se trata de una crisis cíclica del tipo clásico y que, como ellas, permitirá todavía a este modo de producción una vitalidad renovada? Se trata de una corta crisis de coyuntura? O se trata esta vez de una crisis que afecta a las bases mismas del capitalismo y que así anuncia el comienzo del fin de este sistema?

Lo más importante de la literatura especializada que proviene de los últimos años de renovación de la investigación y de la reflexión marxista, nos ha enseñado que el capitalismo ha cristalizado su fase monopolística; que como su

expresión emergen ahora los gigantescos conglomerados llamados multinacionales o transnacionales y se desarrolla el sector estatal del capital monopólico; que hay un curso de internacionalización aún más pronunciada del capital, aunque el control está anclado principalmente en los Estados Unidos, el Mercado Común Europeo y el Japón; que se abre una relativa separación entre las políticas inmediatas de estas grandes corporaciones y las de los principales Estados Imperialistas, sin que ello signifique que éstos hayan dejado de ser el instrumento político de su dominación. Que las operaciones de estas corporaciones transnacionales entraña una tendencia creciente a la inflación, y en consecuencia de mayor pauperización de las masas explotadas de todo el mundo; que los desequilibrios monetarios y comerciales entre los principales centros de acumulación tienden a ser mayores, y se agudizan por los efectos de las guerras imperialistas en el sudeste asiático y en el Cercano Oriente. Que la mayor concentración de capital se produce en la producción de medios técnicos de producción, más bien que en la producción de bienes de consumo; que las prácticas especulativas en la acumulación de capital se extienden cada día más, originando sectores de economía ficticia y despilfarro de recursos crecientemente; que, en fin, el desarrollo de las fuerzas productoras se hace más y más errático y desigual y que se pervierte el uso de las más potentes convirtiéndolas en fuerzas destructivas.

Ninguna duda cabe de que todo este arsenal de conocimientos establecidos, describe con propiedad y aún con refinamiento el conjunto de cambios más importantes que ocurren en el sistema, como adaptación constante a sus potencialidades y a sus necesidades. *No obstante, me atrevo a decir que con toda su importancia, todo esto es insuficiente para enseñarnos por qué ocurren esos cambios y sobre todo qué sucede en medio de esos cambios con el problema mismo de la producción de valor y de plusvalía, con las relaciones de producción como tales, y con las relaciones entre éstas y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Es decir, qué pasa en la matriz misma del modo de producción y cuáles serían las consecuencias de ello.*

Y éste es, a mi juicio, el vacío central de la investigación marxista actual de la economía política del capitalismo. Creo, además, que mientras este problema capital no sea atacado a fondo en la investigación, nuestra capacidad de previsión histórica concreta sigue siendo limitada, y en esas condiciones la construcción de una alternativa revolucionaria eficaz es ciertamente muy difícil.

Para decirlo en los propios términos de Marx en el prólogo a la primera edición de *El Capital*: “Lo que de por sí nos interesa aquí —escribió allí— no es precisamente el grado más o menos alto de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien esas leyes de por sí, estas tendencias, que actúan y se imponen con férrea necesidad”. (1)

Marx pudo prever la inevitabilidad de la concentración del capital. Pero no tuvo el tiempo de analizarla en concreto. Los teóricos de la Segunda Internacional y con ellos Lenin, asistieron a la llegada de ese proceso, analizaron en vivo la iniciación del capitalismo monopolista y con él de la era del imperialismo. Lenin pudo prever que como consecuencia de la agudización de las contradicciones del sistema en este período, el capitalismo ingresaba en su fase final.

Creo, sin embargo, que el genio político de Lenin contaba más con los límites políticos del capitalismo, con la probabilidad del desarrollo del movimiento revolucionario internacional, y europeo en particular, para el fin del capitalismo. Porque es *ahora* un resultado histórico, que desde el punto de vista de sus límites técnicos, el capitalismo del período de Lenin distaba aún muy lejos de su fase de maduración definitiva. Y después de Lenin, la revolución socialista en Europa, varias veces posible, fue una y otra vez derrotada y en su lugar fue en la periferia del capitalismo donde esa revolución pudo triunfar, y ante todo en China. Es decir, no precisamente en el centro de la maduración del modo de producción capitalista. Y así como en Rusia de

(1) Karl Marx: *El Capital*. Fondo de Cultura Económica, 4ª ed., 1946. México. T. I, pg. XIV.

1917, en esos lugares la revolución pudo triunfar ante todo por factores histórico-políticos y menos por la maduración de las formas específicas de la producción capitalista.

Sabemos, ciertamente, que el capitalismo tiene un límite político: la revolución socialista. Pero ahora también sabemos que ésta no tiene que ser, necesariamente, el resultado del agotamiento total de las bases del modo de producción. Es el resultado de la eficacia con que es capaz de actuar la fuerza revolucionaria de los trabajadores, en una coyuntura histórica determinada. Y, notablemente, eso ha ocurrido hasta hoy fuera de los centros de mayor desarrollo del sistema capitalista.

Sabemos, igualmente, que la revolución socialista surge como una necesidad histórica de las propias tendencias inherentes al desarrollo del capitalismo; pero que no es de ningún modo una fatalidad histórica, ni un desarrollo automático de las contradicciones de ese sistema, porque es una empresa consciente y deliberada como ninguna otra. Y, por eso mismo, está sujeta a la capacidad de acierto o error del agente histórico revolucionario.

De allí no se desprende, sin embargo, que si no hay revoluciones socialistas, el capitalismo puede continuar indefinidamente en la historia, aunque modificándose, adaptándose permanentemente a sus contradicciones. Lejos de eso, como todos los otros sistemas históricos, no puede dejar de llegar a un límite técnico, teóricamente previsible.

Marx descubrió que el capitalismo tiene dos niveles de contradicciones, diferentes pero interdependientes. Un primer nivel, cotidiano, es la contradicción entre la forma cada vez más social de la producción y la forma privada, cada vez más concentrada, de la apropiación de los productos y de los recursos de producción. Esta contradicción alimenta la diaria lucha de clases. Y es privativa del capitalismo.

El segundo nivel, consiste en la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro de las cuales operan y se desenvuelven. Esta contradicción es común a todos los modos de producción, pero actúa dentro del capitalismo de manera específica, a

través del desarrollo de los medios técnicos de producción, de origen básicamente científico-tecnológico.

El grado de desarrollo del primer nivel de contradicciones depende, en último análisis, del grado de maduración del segundo nivel. Esto es, del grado de desarrollo que las fuerzas productivas van alcanzando. Cuando éstas entran en contradicción abierta e insostenible con las relaciones sociales de producción dentro de las cuales han madurado, las contradicciones del primer nivel ingresan también en su fase de agudización definitiva.

De esa manera, la crisis definitiva del sistema como tal tan sólo emerge cuando al entrar en contradicción definida las relaciones sociales de producción con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación se agudizan tanto que el sistema no es más capaz de estabilizarlas y, en consecuencia, se expresan en la máxima virulencia de las luchas de clase.

Para Marx, pues, es en ese segundo nivel de contradicciones en donde reside en definitiva, el límite *técnico* del capitalismo. Y eso debe expresarse *políticamente* en el primer nivel.

Como se sabe, la teoría general acerca de este problema, por lo que toca a cualquier modo de producción, se encuentra en el célebre texto del Prefacio a la Contribución a la Crítica de la Economía Política (2). Pero la teoría específica respecto del modo de producción capitalista, se encuentra esbozada en los Grundrisse (3). Allí Marx proyectó

(2) "Al llegar a una determinada etapa de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad, chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Se abre así una época de revolución social". Karl Marx: Prólogo a Contribución a la Crítica de la Economía Política.

(3) Karl Marx: Fondements de la Critique de L'Economie Politique (trad. francesa de Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie). Ed. Anthropos, 1967. París.

su genio de previsión teórica, para dejarnos el único texto conocido en la literatura marxista en que se establece con precisión, a partir de qué momento se puede afirmar, teóricamente, que el modo de producción capitalista, en tanto que sistema de producción y de apropiación de plusvalía, ha entrado en el comienzo del fin.

El núcleo de las tesis de Marx, se refiere a los cambios en la composición orgánica y técnica del capital. El desarrollo de las fuerzas productivas, que en el capitalismo son fundamentalmente de origen científico-tecnológico, hace que tienda a aumentar constantemente la cantidad y la calidad de los medios técnicos de producción, que de ese modo van dejando de ser solamente eso y asumiendo simultáneamente el papel de agentes productivos cada vez más, reduciendo correlativamente el papel del trabajo vivo —es decir, del obrero— como agente productor, intermediador entre los medios técnicos y las materias primas, hasta que llega un momento en que los obreros son apenas “accesorios conscientes” de los medios técnicos de producción. De esa manera, “el proceso de producción cesa de ser un proceso de trabajo, en el sentido en que el trabajo constituiría la unidad dominante” (4). A partir de ese momento, “el valor objetivado en la maquinaria se presenta allí como la condición previa: frente a ella, la fuerza valorizante del obrero individual se borra, habiendo devenido infinitamente pequeña”. (5)

Para que ese momento pueda llegar, es necesario que los medios técnicos de producción hayan adquirido una condición tal que su capacidad productiva sea equiparable a la de una fuerza de la naturaleza, muy por encima de su valor de producción, y que por lo tanto su valor no puede ser más medido según el tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción, no obstante ser trabajo acu-

(4) Marx, op. cit., T. II, pg. 212.

(5) Marx, op. cit., T. II, pg. 213.

mulado, porque ese trabajo acumulado es, en la práctica el resultado del desarrollo de *toda* la ciencia y la tecnología de ese momento. Según Marx, ese sería el resultado necesario del desarrollo de máquinas y de sistemas de máquinas automatizadas, servidas por mecanismos de autodirección. En el lenguaje actual se hablaría de la cibernética y de su combinación con la energía nuclear. (6)

Un grado tal de desarrollo de las fuerzas productivas, supone que el capital se ha desarrollado completamente en sus formas de producción específicas. Y en la medida en que aquí el tiempo de trabajo cesa de ser el principio determinante de la producción, también el capital, en tanto fuerza dominante de la producción, deja de tener función. O sea “se abre él mismo a su disolución”. (7)

En el modo de producción capitalista, la medida del valor de una mercancía depende de la cantidad de tiempo socialmente necesario invertido en su producción. Y el proceso de valorización se funda en la intervención del trabajo vivo, que simultáneamente conserva y transfiere el valor del trabajo acumulado —medios técnicos y materias primas— y crea un nuevo valor, al intermediar entre los medios técnicos de producción y el objeto de producción.

A partir del momento en que el proceso de producción deja de ser un intercambio entre el trabajo vivo y el trabajo acumulado u objetivado, puesto que los medios técnicos han asumido el papel de medios de producción y de agentes de producción, al mismo tiempo, y la fuerza valorizante del obrero ha devenido infinitamente pequeña, la producción no consiste en la creación de valor sino, básicamente, en la transferencia de valor. Los medios técnicos, nuevos agentes de producción, no crean un nuevo valor. Sólo pueden transferir al producto, parte del trabajo acumulado o de valor que condensan. En este momento, por lo tanto, deja de producirse plusvalía.

(6) Marx, op. cit., T. II, pg. 221.

(7) Marx, op. cit., T. II, pg. 215.

De otro lado, en la medida en que los poderosos medios técnicos y agentes de producción al mismo tiempo, tienen una capacidad productiva que ya no guarda relación con el tiempo de trabajo inmediato que se invirtió en su producción, la medida del valor de sus productos deja también de corresponder al cálculo del tiempo socialmente necesario. Así, la ley de valor cesa de actuar en la producción. En otros términos, las relaciones de producción capitalistas dejan de tener lugar.

Si ello es así, el capitalismo en tanto que sistema de producción y acumulación de plusvalía y fundado en la ley del valor, ha llegado al límite de sus posibilidades históricas de existencia y se “abre él mismo a su disolución”. A partir de ese momento, o las revoluciones socialistas producen la eliminación deliberada del capitalismo, o se ingresa en un período en que el sistema es cada vez más prisionero de sus contradicciones, cada vez más irracional, dejando de ser en un sentido de descomposición. Las relaciones sociales de producción y su expresión jurídica como relaciones de propiedad, son ya inútiles, históricamente, para el uso eficaz de las fuerzas productivas y para el desarrollo de éstas. Así, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción capitalistas, alcanzan un momento de enfrentamiento abierto y explícito. Y “se abre un período de revolución social”.

A nadie se le ocurriría hoy que la situación prevista por Marx es la característica del actual sistema capitalista, visto en conjunto. Pero sabemos desde Lenin que el capitalismo como sistema se desarrolla desigualmente. Y desde Trotsky sabemos también que ese desarrollo es desigual y combinado. Esto es, que el capitalismo se desarrolla en niveles distintos pero orgánicamente articulados dentro del conjunto, interpenetrándose y condicionándose entre ellos y con el conjunto.

Es, por lo tanto, legítima la pregunta acerca de hasta qué punto y en qué lugar del sistema capitalista actual, pudiera estar ingresando el momento teóricamente previsto por Marx? Y si acaso fuera así, cuáles podrían ser las consecuencias teórica y concretamente discernibles para el resto

del sistema, para sus relaciones con los sistemas postcapitalistas ya existentes? Y, para las necesidades de la revolución socialista, qué se desprendería de todo eso?

Imposible encontrar, en este momento, alguna respuesta solvente a la primera de esas preguntas. Por lo menos hasta donde conozco, no existen resultados de investigaciones encaminadas a explorar este problema. A pesar de la recurrencia de la palabra crisis en nuestro lenguaje político de las últimas décadas, esta pregunta no parece haber sido formulada con la urgencia necesaria. Y creo, además, que para esta carencia no ha sido ajena la gran vitalidad del capitalismo hasta este momento. Pero creo también que ahora es indispensable la atención de la investigación marxista acerca de esta crucial cuestión.

La aparición de máquinas y de sistemas de máquinas automatizadas y dotadas de mecanismos de autodirección y autorregulación, que Marx había previsto como requisito para el comienzo del momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, deja de ser la fuente principal de la producción, es ya un hecho no discutible en la actualidad. Eso ha llevado a la completa automatización de la producción en no pocos centros de producción, especialmente en aquellas ramas de producción de medios técnicos de producción, que son las que hoy día comandan como puntas avanzadas el modo de producción capitalista.

Cuál es el significado de este hecho para el problema de las contradicciones entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales y las relaciones sociales de producción, o, en forma jurídica, las relaciones de propiedad, en el capitalismo actual? Qué ocurre en los núcleos totalmente automatizados de producción con el problema de la producción de valor y de plusvalía?

No pretendo aquí ofrecer una respuesta eficiente a estas cuestiones. No conozco investigaciones acerca de ellas y las mías están apenas iniciadas. Por el momento, mis reflexiones están, ante todo, enderezadas a reclamar la atención de los investigadores.

No obstante, arriesgo una sospecha. Si se admite que, según las tesis de Marx, la presencia de sistemas de máqui-

nas automáticas dotadas de autorregulación y autodirección, implica que los medios técnicos de producción asumen, a la vez, la función de agentes de producción y que, en consecuencia, el trabajo individual pasa a ser en la práctica un "accesorio consciente" de esos medios técnicos, y su capacidad de valorización deviene infinitamente pequeña, ello implicaría que en aquellos núcleos productivos del capitalismo donde la producción se automatiza totalmente, está cesando la producción de nuevo valor y por lo tanto de plusvalía. Y conforme a las propias tesis de Marx, el tiempo de trabajo está dejando de ser la medida de la producción. En sus propios términos: "desde el momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo debe dejar y deja de ser su medida. Y el valor de cambio deja, por tanto, también de ser la medida del valor de uso".

Sin embargo, en tanto que el proceso de automatización de la producción está todavía restringido a núcleos reducidos del aparato productivo del capitalismo, y con toda certeza actualmente su expansión está limitándose deliberadamente cada vez más. Y en tanto que el capitalismo existe en un vasto sistema, una de cuyas características centrales es la desigualdad y la combinación entre diferentes niveles de desarrollo de las formas específicas de producción, el capitalista dueño de aquellos núcleos automatizados de producción, tiene aún la posibilidad de realizar el producto que ya no contiene nuevo valor, y, por ende, plusvalía, en el resto del sistema donde la automatización no ha llegado aún, y valorizar después lo realizado en ese restante circuito de acumulación.

Si eso puede ocurrir así, se debe, claramente, a que no obstante el hecho de que el capital ha dejado de ser en aquellos núcleos automatizados, un elemento necesario para la producción, puesto que ya no se valoriza allí, el capitalista sigue siendo el dueño de los recursos de producción que están dejando de ser capital y puede aún usarlos como si fueran capital sirviéndose del resto del sistema. Esto es, debido a la persistencia de las relaciones sociales de producción, bajo la forma jurídica de relaciones de propiedad, y de

la estructura política que las mantiene. La forma social de la producción, en su grado más avanzado dentro del capitalismo, se contradice abiertamente con la apropiación privada, porque el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales choca abiertamente con las relaciones de propiedad capitalistas, como Marx había previsto.

Decíamos que la expansión de la automatización de la producción y su generalización en las diversas ramas dentro del capitalismo, son hoy técnicamente posibles, pero que esta difusión es lenta y errática, y deliberadamente trabada por los capitalistas. Por ejemplo, la producción de las llamadas máquinas de control numérico está prácticamente detenida y restringida su aplicación a pocos núcleos del sistema, inclusive en sus centros de acumulación. Es decir, el capitalismo está trabando el desarrollo y la expansión de sus medios más poderosos de producción, precisamente porque ese desarrollo choca ahora abiertamente con las actuales relaciones de producción, que son la base esencial de este sistema, ya que el continuado desarrollo de esos medios productivos va necesariamente, como acabamos de verlo, recortando los límites de la producción de valor, último fundamento del capitalismo.

Si todo eso tiene sentido, arriesgo otra sospecha: tomado en su calidad de modo de producción, el capitalismo estaría ingresando en un período de limitaciones crecientes a la producción de valor y de apropiación de plusvalía, lo que no por estar aún referido a algunos núcleos avanzados del sistema deja de ser menos fundamentalmente significativo para el destino ulterior de este modo de producción. En consecuencia, esta situación está pasando a ser el basamento último de la crisis actual del capitalismo. De ser así, debería ser posible establecer las vinculaciones entre esa situación y las más visibles y mejor descritas tendencias actuales del sistema, como intentaremos mostrarlo más adelante.

Un primer problema debe ser despejado en la partida. Admitir que el modo de producción capitalista como tal podría estar comenzando a ser corroído por el choque abierto entre las fuerzas productivas que ha desarrollado y las relaciones sociales de producción que las cobijan, no implica

que el capitalismo como sistema concreto de existencia social esté amenazado de un súbito derrumbe.

Lo que sucede, como tendencia, es que el sistema comienza a ser cada vez más prisionero de sus contradicciones en todos sus niveles, porque estas contradicciones tienden a ser cada vez más agudas y explícitas. El sistema es crecientemente incapaz de estabilizarlas o de encontrar mecanismos para amortiguarlas. En consecuencia se va tornando más y más irracional, y es sentido por eso como cada vez más absurdo.

Creo que esa tendencia tiene manifestaciones ya muy visibles hoy día, particularmente si se piensa en lo que ocurre en las sociedades capitalistas más desarrolladas, y principalmente en los Estados Unidos, donde probablemente tienen lugar más que en otras partes del sistema los procesos previstos por Marx.

Probablemente no es por accidente, que a pesar de que el capital dominante en el imperialismo contemporáneo proviene de ese país, la economía nacional como tal aparece en los Estados Unidos con dificultades cada vez más graves. Así, la literatura especializada señala la tendencia a la expansión de capital ficticio, en una vasta gama de actividades que no tienen relevancia alguna para la producción, pero que hacen parte creciente de la acumulación de capital, en desmedro de la inversión productiva; la tendencia a la reproducción creciente de medios técnicos de producción en lugar de la de bienes de uso y de consumo; los problemas de la absorción de mano de obra y la ampliación del desempleo y del subempleo; una escalada inflacionaria mayor que en otros períodos, con su secuencia de baja de los salarios reales de los trabajadores; la cada vez más corta periodicidad entre los ciclos de expansión y de recesión; las dificultades de la balanza comercial y de la balanza de pagos; en 1970 no aumentó el producto bruto nacional. Todo un cuadro de agudos problemas en el principal centro de acumulación capitalista contemporáneo, que dan cuenta de la agudización de las contradicciones internas de la economía capitalista de ese país.

En otro terreno, en ningún otro centro capitalista avanzado es, como en los Estados Unidos, tan patente el desarrollo de la crisis política y cultural, que expresan en esas dimensiones lo que ocurre en la matriz productiva. La quiebra de la lealtad de capas crecientes de la población a los entrañables contenidos valóricos del capitalismo, la pérdida de sentido de la cultura del consumismo, y de toda la ética social que sostenía la adhesión de la población a las necesidades del capital, especialmente entre los jóvenes; la irremediable corrosión de la eficiencia de la organización social, traducida tan expresivamente en la frase acuñada por la prensa de ese país como “el deterioro de la calidad de la vida cotidiana”, muestran bien a las claras un proceso de agudización de las contradicciones sociales, que va arrastrando a la más poderosa sociedad capitalista a una creciente inconsistencia, tan bien presentada en “Growing up Absurd” de Paul Goodman. (8)

En medida todavía menor, procesos similares se van desarrollando en todos los principales centros del sistema, en Europa Occidental y Japón. Y sus extremos se difunden también en todo el resto del mismo.

Un segundo problema teórico, a partir de aquí, es que en el supuesto de que efectivamente todo aquello esté ocurriendo al interior de las puntas avanzadas de la producción y del régimen social capitalista, en términos de la agudización de las contradicciones entre el grado de desarrollo de los medios técnicos de producción y las relaciones sociales de producción, eso debe necesariamente expresarse en la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación. Cuáles serían, en ese sentido, sus manifestaciones?

En el discurso teórico marxista, el desarrollo de las contradicciones derivadas del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, en el capitalismo implica la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación de los productos. Es el

8) Paul Goodman: Growing up Absurd.

desarrollo de las fuerzas productivas que empuja la cada vez mayor socialización de la producción y como contrapartida, la lógica de la acumulación capitalista empuja hacia la creciente concentración de la apropiación privada de los recursos de producción y de sus productos.

En los límites de esta conferencia, por obvias razones, no se podrá explorar los problemas aquí implicados sino en sus términos generales y de manera más bien alusiva.

En primer lugar, creo que la manifestación más definida de la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación, es el tremendo desarrollo de las nuevas formas empresariales llamadas "empresas multinacionales o transnacionales" y de la internacionalización del capital que eso significa.

Ciertamente, el capital fue siempre internacional desde el comienzo, en el sentido de que sus intereses sobrepasan las fronteras nacionales y son para ellos más importantes que los intereses nacionales. Sin embargo, es en un sentido más profundo que la internacionalización del capital se desarrolla: la estructura internacional del capital y de la producción capitalista.

Desde este punto de vista, no es difícil concordar en que el grado de internacionalización del capital es hoy día inmensamente más desarrollado que antes. De una parte, a través de la internacionalización de la propiedad del capital y de la internacionalización de la estructura monopolista antes relativamente restringida a muy pocos centros de acumulación. De otra parte, a través de la acelerada expansión del circuito internacional de la reproducción ampliada y de las bases generales de la acumulación directa de capital, en una escala antes desconocida.

Ese proceso de maduración o de culminación de la internacionalización del capital y de la estructura capitalista de la producción, es la expresión más clara de la maduración de la forma social de la producción, derivada del grado de desarrollo de los medios técnicos de producción que hasta aquí ha permitido el capitalismo. Y en primer término, eso se refleja en el grado de socialización de la forma de la pro-

ducción científico - tecnológica, a escala internacional, que funda el hecho de que los medios técnicos tengan en las puntas avanzadas del sistema la capacidad creciente de limitar la participación valorizante del obrero individual, y de limitar correlativamente la producción de nuevo valor y de plusvalía en esos núcleos.

La inherente tendencia a la concentración de capital que este modo de producción conlleva, se ha venido desarrollando parejamente a este grado de socialización de la forma de la producción, imponiendo la necesidad de la reorganización empresarial para mantener y utilizar el control de tan gigantesco grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de la forma social de la producción a escala internacional. Ese proceso, iniciado desde la terminación de la segunda guerra mundial, principalmente para el reflotamiento del capitalismo de Europa Occidental, asume hoy día la forma de las "empresas multinacionales o transnacionales", como expresión de la forma cada vez más concentrada de la apropiación privada de la producción.

Diversos fenómenos económicos bien establecidos, y cuyas tendencias de agravamiento constituyen hoy día los problemas que dan lugar a las preocupaciones oficiales sobre la crisis del capitalismo dan cuenta de la agudización de las contradicciones entre el grado de desarrollo de la forma social de la producción y de la forma privada, cada vez más concentrada, de la apropiación. Mencionaré aquí solamente los más resaltantes.

1.— La agudización de la tendencia a la desproporción en la distribución de capital dentro del aparato internacional de producción y su secuela, la agudización de la inflación.

Sabemos que el capitalismo se ha desarrollado siempre de manera desigual, constituyendo niveles de diferente grado de desarrollo, que se articulan orgánicamente en una economía internacional, condicionándose mutuamente. Pero esta tendencia se acentúa tanto más, conforme avanza el proceso de maduración de la forma social de la producción

a escala internacional, mientras de otro lado se concentra y se monopoliza más y más el capital.

Esa desigualdad no se establece solamente entre formaciones sociales concretas de diferente nivel de desarrollo capitalista, sino también dentro de cada una de aquellas, entre las diversas ramas de la producción y dentro de éstas, en diversos niveles de desarrollo.

Y esta tendencia al desarrollo desigual se deriva, como se sabe, de la desigual distribución del capital entre cada parte del aparato de producción internacional del capitalismo. Tanto más se desarrolla la concentración monopolística de capital, esa desproporción en la distribución de capital tiende a acentuarse. La estructura imperialista del capitalismo tiene aquí su asiento y su regulación.

En el centro de este problema se coloca, por eso mismo, el problema de la acumulación rentable del capital. Por su naturaleza, éste corre precisamente hacia donde son mejores y más firmes las posibilidades de hacer más rentable la acumulación, como base para la ampliación de la escala de la reproducción de capital.

La rentabilidad de la acumulación no está necesariamente condicionada a las necesidades productivas de la sociedad, y por lo mismo la distribución de capital entre las diversas áreas y niveles de desarrollo de la economía capitalista internacional, se lleva a cabo en función de las propias exigencias del capital y del curso de la lucha de clases internacional.

Así, por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial, fueron las necesidades de la reconstrucción del capitalismo europeo occidental y japonés, y más tarde las necesidades de las guerras del Sudeste Asiático y en el Medio Oriente, que generaron la incontrollada —no planificada— expansión creciente del crédito internacional, originando en todos los principales centros de acumulación, desequilibrios productivos, que engendraron desequilibrios comerciales y de pagos internacionales, que desde fines de la pasada década se traducen crecientemente en desequilibrios financieros y monetarios. Esto es, en inflación.

Estos desequilibrios en la distribución de capital en el circuito total de acumulación capitalista, se agudizan cada vez más conforme la acumulación se concentra en la producción de medios técnicos de producción en lugar de bienes de consumo para la masa de la población, y la producción de medios bélicos y de exploración espacial. De esa manera, la realización de la plusvalía se produce crecientemente al interior de esos mismos circuitos de acumulación, originando un desequilibrio al mismo tiempo productivo global y un creciente desequilibrio en la estructura del empleo, por la expansión de la sobrepoblación relativa en todos los principales centros de acumulación monopolista de capital.

Y conforme esa tendencia avanza, paralelamente se van ampliando los circuitos de acumulación ficticia de capital, esto es no productiva, ni vinculada a la producción ni aún indirectamente, desarrollando mecanismos ficticios de capital.

Como las grandes corporaciones monopolistas, "multinacionales o transnacionales" van concentrando la masa mayor de capital financiero, en relación a las instituciones estatales o interestatales de financiamiento, y más todavía esas mismas instituciones son indirectamente controladas por las corporaciones privadas, es finalmente cada vez más difícil toda posible programación racional de la distribución de capital, pues aquellas corporaciones no solamente escapan a todo control público, sino que además, dada su magnitud de recursos, tienden a separar de modo creciente sus operaciones y sus políticas respecto inclusive de la política económica internacional de los propios Estados imperialistas principales, sin que eso signifique que no utilicen a tales Estados, para los fines de su interés privado monopolístico.

Todo eso va adquiriendo ahora las características de un engranaje circular. Conforme los efectos de estos fenómenos se agravan, es más necesario para el capital monopolístico internacional tender a concentrarse en operaciones de más corta y fácil rentabilidad. Y en consecuencia, los desequilibrios en la estructura productiva, en la estructura comercial, financiera y monetaria serán más y más profundos. Está en la esencia misma del grado de desarrollo de la monopolización de capital, que las "empresas multinacionales"

expresan, la tendencia a la agudización de la inflación internacional, porque son sus necesidades de acumulación rentable crecientes que empujan la cada vez más desigual y desproporcionada distribución de capital en la economía internacional. Veremos más adelante, qué significa eso desde el punto de vista de la lucha de clases.

2. — Un segundo problema, vinculado con el anterior, es que el desarrollo creciente de la cantidad y calidad de los medios técnicos de producción en los centros principales de acumulación del sistema, imponen necesariamente la obsolescencia tanto de los propios medios técnicos de producción como de gran parte de la producción. Y, al mismo tiempo, una creciente capacidad ociosa de esa inmensa capacidad productiva.

El capital desarrolla sus fuerzas productivas, simultáneamente como respuesta a las luchas reivindicativas del proletariado, como por sus propias necesidades de ampliación de acumulación y de beneficios. Inclusive ahora y en adelante, cuando parece que en sus más avanzados núcleos productivos, el capital comienza a tropezar con los primeros límites a su valorización por el propio efecto del grado de desarrollo de sus medios de producción, no puede dejar de producir e innovar esos recursos, aun cuando tenderá a hacerlo cada vez más errática y anárquicamente, más lentamente y pervirtiendo los más potentes al convertirlos en recursos de destrucción bélica.

El resultado inevitable de esa renovación de la masa de medios de producción y de su innovación cualitativa, es la obsolescencia de una parte de los previamente producidos, que no se pueden simplemente abandonar en masa. Porque, ¿qué ocurriría si una parte importante de la masa de medios técnicos obsoletos de producción se abandonara o se tirara? Eso significaría el hundimiento, la bancarrota de capas importantes de la burguesía, asociadas precisamente al control y al uso de tales recursos. Cientos de miles de pequeños y medianos empresarios quedarían en bancarrota, fuera de la clase. Y eso, aunque fuere económicamente deseable, no lo es ni política ni socialmente en cualquier momento.

Es como consecuencia de eso, que a su turno se traba la innovación tecnológica, como en el caso que hemos señalado antes de las máquinas de control numérico, y al mismo tiempo se sigue produciendo nuevos medios técnicos, una parte creciente de los obsoletos en la misma rama tiende a entrar en desuso o los nuevos medios no pueden ser usados en toda su capacidad productiva, especialmente si se tiene en cuenta que a eso debe añadirse el problema de la desigual distribución de capitales. Si, por ejemplo, no se expande a la velocidad posible la producción masiva de medios de producción tan poderosos como las máquinas de control numérico, eso quiere decir que los medios de producción de ese tipo de máquinas no se están usando en toda su capacidad productiva.

Todo ello, por supuesto, refuerza las tendencias a los desequilibrios crecientes en la estructura productiva, y sus efectos inflacionarios, y de límites crecientes a la rentabilidad de la acumulación en los principales centros del sistema, problemas que no se pueden solucionar solamente al interior del circuito de acumulación de esos centros. Luego veremos las consecuencias que de allí se derivan para las relaciones con los otros niveles de desarrollo del sistema conjunto del capitalismo internacional.

Marx había previsto que en un determinado momento del grado de desarrollo de los medios técnicos de producción, las fuerzas productivas básicas del capitalismo, la forma social de la producción se desarrollarían en un sentido preciso: el trabajo individual pasaba a ser cada vez menos importante, y el trabajo social global pasaba a ser el decisivo, a través de su objetivación en el capital fijo. La necesidad de acumulación creciente del capital, de otro lado, empuja la tendencia a la cada vez mayor concentración de la forma privada de la apropiación. Y las contradicciones entre estos dos términos de la producción capitalista pasarían, por lo tanto, a dominar la vida diaria del sistema. Es esta situación, me parece, lo que muestran precisamente los fenómenos que acabamos de señalar.

Es decir, a pesar de que la maduración de la forma social de la producción exige y permite la planificación racio-

nal del uso de los recursos a escala internacional, la tendencia a la concentración monopólica del capital, llevada a su más grande desarrollo en las empresas multinacionales conglomeradas, por sus propias características, imponen una cada vez mayor agudización de las tendencias de inconsistencia y de irracionalización en la distribución de los recursos productivos. Y sus consecuencias están ya muy visiblemente haciéndose presentes en la revitalización de las luchas de clase.

En conjunto, pues, los límites y dificultades crecientes que el capital monopolista encuentra ahora para su valorización en las puntas más avanzadas de la estructura de producción, están agravando las contradicciones diarias del capitalismo en todos los principales centros de acumulación del sistema, se expresan en problemas de obsolescencia tecnológica, en el aumento de la capacidad ociosa de parte de los medios técnicos de producción, en desequilibrios de la distribución de capital, en inflación y en límites a la rentabilidad de la acumulación para una parte importante del capital monopolista.

3.— De aquí se deriva una de las más visibles tendencias del capitalismo contemporáneo, como sistema global: la necesidad de ampliación acelerada del circuito internacional de reproducción ampliada, y de expansión general de las bases de acumulación internacional de capital.

Para compensar los límites a la valorización y a la rentabilidad de la acumulación en los principales centros del sistema, el capital monopolista internacional es arrastrado imperiosamente a la necesidad de ampliar su circuito internacional de reproducción ampliada. Y para que eso sea factible, es igualmente indispensable la expansión de las bases de la acumulación en todos los otros niveles del circuito internacional de reproducción de capital.

El modo de producción capitalista contemporáneo existe dentro de un vasto sistema internacional de producción y de poder, caracterizado por la desigualdad y la combinación de los varios niveles de desarrollo de las formas específicas de producción. Eso significa que cuando en las puntas del

sistema esas formas específicas ya han madurado plenamente, en otros de sus niveles se encuentran en un grado de maduración intermedia, y en otros están apenas en curso de expansión y de implantación. Y como todos estos niveles de desarrollo no existen separadamente, sino estructuralmente articulados entre sí, las consecuencias de lo que ocurre en el nivel más avanzado, no pueden dejar de repercutir en todos los otros niveles, a través de procesos particulares referidos a las condiciones históricas concretas de las formaciones sociales en que esos otros niveles, se desenvuelven.

En este caso, los problemas de valorización y, en consecuencia, de rentabilidad de la acumulación de una parte importante del capital monopolista internacional, en los principales centros de esa acumulación, repercuten en los otros niveles como tendencias a la ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada en donde eso es ya posible según el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, o de expansión de las bases generales de la acumulación de capital, allí donde ese grado de desarrollo de las fuerzas productivas no faculta aún la incorporación o la reproducción ampliada.

Y esta tendencia necesaria del capital monopolista internacional, se expresa actualmente con toda visibilidad en una rápida modificación de lo que Lenin llamó la "cadena imperialista", concepto que a mi juicio hay que rescatar y utilizar más sistemáticamente. (9)

Desde este punto de vista, es necesario recordar que hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, el sistema capitalista estaba constituido, grosso modo, en dos grandes niveles que en el lenguaje de la economía latinoamericana se denominó "centro" y "periferia", o "metrópolis" y "satélites". Sin mucha precisión, con esos términos se aludía al hecho de que desde la iniciación del desarrollo del capital mo-

(9) He adelantado algunas ideas acerca de los cambios en la cadena imperialista, en **Imperialismo y Relaciones Internacionales en América Latina**, trabajo presentado al Symposium sobre las Relaciones Internacionales entre América Latina y Estados Unidos, Lima, 1973.

nopolista internacional y de la era imperialista, ese capital operaba invirtiéndose en prácticamente todos los países y regiones, pero manteniendo sus centros de acumulación y de realización de plusvalía en sólo unos pocos países. Estos se constituyeron así como los “centros” del sistema y los países restantes en la “periferia”.

Durante todo ese período, el “centro” eran los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, como sedes únicas del circuito de reproducción ampliada y de control del capital monopolista internacional. En prácticamente todos los demás países, el capital monopolista operaba sobre la base de un sistema de acumulación semicolonial, en la medida en que simultáneamente, usaba a aquellos países como bases de generación de plusvalía a ser en su mayor parte realizada y acumulada en los “centros”; trabando por consecuencia el desarrollo de un circuito interno de acumulación en la “periferia”, mientras al mismo tiempo se articulaba de diversas maneras, pero sobre todo a través de la determinación del valor de la fuerza de trabajo, con la matriz económica de origen precapitalista dentro de la cual se injertaba el capital monopolista en esos países.

A esa situación correspondía la conocida división internacional del trabajo, entre países productores de productos industriales y países productores de materias primas.

Después de la Segunda Guerra Mundial y principalmente después de fines de la década de los años 50, aquella estructura del sistema imperialista, se ha modificado profundamente y las actuales tendencias a la ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada, la modificarán aún más rápidamente.

Actualmente ya ha aparecido una segunda franja de países, en los cuales el previo desarrollo del capitalismo y de sus fuerzas productivas, ha permitido su incorporación sectorial —no homogénea— al circuito internacional de reproducción ampliada o está empujando hacia ello. En América Latina, sin duda es Brasil el más preciso ejemplo, pero también México y en menor medida Argentina, están dentro de esta tendencia. India e Indonesia, en el Asia; Irán e Israel en el Medio Oriente, y Sudáfrica en el Africa, po-

drían ser los otros países considerados ya, sectorialmente, como incorporados o incorporándose a ese circuito internacional de reproducción ampliada. En tal condición, constituyen subsedes o subcentros de acumulación.

Una tercera franja de países, por otro lado, están atravesando activamente procesos que consisten en la reducción del ámbito de existencia de relaciones de producción de origen precapitalista, y en el surgimiento o consolidación de las bases de circuitos internos de acumulación, sobre la base del desarrollo de la actividad industrial-urbana de nivel intermedio, y por consecuencia de erradicación de las bases de la acumulación semicolonial. En esos países, sin embargo, el desarrollo previo de las fuerzas productivas urbano-industriales, no ha alcanzado todavía el grado suficiente como para permitir la incorporación, ni siquiera de manera sectorial, de esas economías al circuito internacional de reproducción ampliada. No obstante eso, es completamente claro que allí están en pleno curso de expansión las bases de la acumulación interna de capital, pero bajo el dominio del capital monopolista internacional y en función de las necesidades de las sedes centrales de la reproducción ampliada. En América Latina, este es el caso de países como Colombia, Chile, Perú, Venezuela, Uruguay, y en un nivel más retrasado, de Ecuador.

Y finalmente, una cuarta franja de países en los cuales las bases de la acumulación semicolonial siguen vigentes, aunque con tendencias en la mayor parte de ellos a integrarse en el nivel inmediatamente superior, esto es en la tercera franja de la estructura internacional de acumulación. En América Latina, países como Haití, Paraguay, Bolivia, y la mayor parte de los países centroamericanos, probablemente corresponden aún a este nivel del desarrollo capitalista, así como la mayor parte de los países africanos recientemente descolonizados. En todos ellos, sin embargo, con mayor o menor amplitud, actúan procesos de expansión de las bases de la acumulación.

El sistema capitalista internacional, en tanto que cadena imperialista, es pues hoy día algo muy distinto de lo que era hasta los años finales de la Segunda Guerra Mundial y

aún hasta el comienzo de la década pasada. Es este proceso de ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada, ante todo, así como la expansión en general de las bases internacionales de acumulación en todos los niveles, lo que va modificando la estructura de la división internacional de la producción, fenómeno ya tantas veces señalado en la literatura reciente sobre el imperialismo. Todo ello en conjunto, permite afirmar que estamos ya ingresados en el período del tercer imperialismo capitalista.

No es difícil darse cuenta que todo este proceso de reajustes en la estructura de la cadena imperialista, no puede llevarse a cabo sino por medio de enérgicos reajustes en la estructura productiva, social y política de las formaciones sociales concretas sometidas a la dominación imperialista.

Y estos procesos no pueden sino engendrar la agudización de todas las contradicciones estructurales y conflictos sociales y políticos entrañados tanto dentro de los propios países sometidos a la dominación imperialista, como entre los varios niveles que ahora componen el sistema en su conjunto. No es posible, en los límites de esta conferencia, intentar el despliegue de esta problemática.

Característicamente, por ejemplo, en los países que como el Perú actualmente, atraviesan un proceso en que se erradican las bases de la acumulación semicolonial en favor del desarrollo de un circuito interno de acumulación, a través de una asociación entre el capital estatal y el capital monopolista internacional, son ya muy visibles las contradicciones entre las necesidades de la consolidación y la ampliación de ese circuito interno de acumulación con las necesidades del capital monopolista internacional, ya que el débil desarrollo previo de la actividad industrial urbana y la precaria articulación entre los diversos sectores productivos, restringen inevitablemente el campo principal de la acumulación monopolista internacional a los sectores extractivos de materias primas y energéticas. El mercado interno no puede expandirse a la velocidad necesaria para la acumulación industrial, porque para eso habría sido necesario que las relaciones capitalistas de producción se hubieran ya expan-

dido y consolidado en sus niveles intermedios de desarrollo, abarcando a la masa mayor de la población trabajadora.

Y, por otra parte, la erradicación de las bases de la acumulación semicolonial, por lo tanto de los "enclaves" extractivos, de los restos de relaciones de producción de origen precapitalista, y de las formas primitivas de la propia acumulación capitalista, no pueden ser realizadas sino a través de procesos políticos que conducen a la inestabilidad de las bases del poder político burgués.

Simultáneamente, las expectativas que en estos países se desarrollan en torno de esos reajustes en la estructura productiva, tropiezan dramáticamente con la agravación de la inflación internacional, con los problemas de la desocupación y la subocupación crecientes, con la reconcentración del ingreso y las luchas reivindicativas de los trabajadores de la ciudad y del campo, tanto más imperiosas cuanto mayor es la agravación de estos problemas.

De hecho, por esas causas, no parecen ser tampoco muy amplias ni muy firmes las posibilidades de la continuación de este proceso de ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada y de expansión de las bases generales de la acumulación capitalista internacional.

Si bien, desde el punto de vista de los países sometidos a la dominación del capital monopolista internacional, esos límites son principalmente vinculados a los efectos de la agravación de la inflación internacional y a las posibilidades de control político suficiente para no arriesgar la estabilidad y la permanencia del propio sistema, esos límites están en los países sedes centrales de la acumulación, vinculadas a las posibilidades mismas del desarrollo aún más amplio de los medios técnicos de producción. Pues, en efecto, para que este desplazamiento de recursos de producción hacia las franjas nuevas de la cadena imperialista pudiera hacerse plenamente y producir una efectiva ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada, sería también indispensable que en los países centrales se diera un gran salto tecnológico, que permitiera desplazar una parte sustantiva de los medios técnicos actuales de producción, sin pérdida para esas sedes centrales de la acumulación mono-

pólica de su condición de tal. Esto es, sin arriesgar el carácter imperialista de la acumulación internacional de capital. Y ya hemos señalado cuáles son las consecuencias ya en curso, del desarrollo de esas fuerzas productivas en esas puntas avanzadas de la producción capitalista.

Si bien, por lo tanto, estos reajustes en la cadena imperialista tienden a profundizarse, de otro lado son también muy pronunciadas las contradicciones que limitan estos procesos, así como aquellas a cuya agravación dan lugar. Sin embargo, creo que este es uno de los nudos decisivos del problema de la sobrevivencia del imperialismo contemporáneo, y el estudio de sus perspectivas debiera ser uno de los focos principales de la investigación revolucionaria.

Finalmente, quisiera terminar esta exposición, con algunas reflexiones acerca del significado de todo esto para la lucha de clases internacional.

Primero que nada, me parece importante señalar que se están constituyendo nuevas bases estructurales, objetivas, para las necesidades y el reclamo revolucionario de solidaridad internacional de los trabajadores. El proceso de internacionalización creciente de las formas específicas de la producción capitalista, la maduración de la forma social de la producción que eso conlleva, la final internacionalización de la estructura del capital, contienen ahora bases objetivas para esa solidaridad estructural y no solamente ideológico-política del proletariado internacional, porque éste es ahora cada vez más, precisamente eso: internacional en el pleno sentido de la palabra.

En períodos anteriores, esa calidad del proletariado estaba ciertamente ya contenida como tendencia incipiente, tanto como era aún definitivamente madurada la propia internacionalización del capital. Así mientras el sistema imperialista dividía a unos pocos centros de acumulación de una vasta "periferia", en la división internacional del trabajo, y en la medida en que esa "periferia" las formas específicas de producción capitalista estaban aún en curso de expansión y de consolidación, los trabajadores de ambos niveles del sistema estaban separados por una distancia muy

grande de intereses específicos, a pesar de la comunidad en abstracto de sus intereses generales.

En la actualidad, por el contrario, es en la propia nueva estructura del capital y de la cadena imperialista, que el proletariado se internacionaliza de modo concreto y es a través de sus intereses concretos o específicos, que va desarrollándose su solidaridad internacional posible, aunque la desigualdad del desarrollo de la conciencia política dentro de ese proletariado internacional, no solamente traba hoy día la materialización orgánica de su solidaridad, sino que inclusive algunos sectores importantes de trabajadores en algunos de los países centrales del sistema podrían tender a actuar en contrario.

En segundo lugar, la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada, cada vez más concentrada de la apropiación, especialmente en los centros de acumulación del sistema, no pueden dejar de expresarse, necesariamente, en la revitalización de las luchas de clase en esos países. En este período asistiremos probablemente, ya estamos comenzando a hacerlo, a esa revitalización y quizás al desplazamiento del lugar central de esas luchas de clase desde la "periferia" dominada a los "centros" del sistema.

Dos procesos, principalmente, alimentan hoy día la agudización de la lucha de clases internacional, y en particular en las sociedades más desarrolladas del capitalismo.

Uno es el proceso de inflación, una de cuyas caras inevitables es la pauperización de amplios sectores de trabajadores, por la baja continuada de los salarios reales. Me permito recordar a ustedes que en el curso del año 1973, el salario real promedio del proletariado norteamericano bajó en más del tres por ciento. Y fenómenos similares están ocurriendo en todos los otros principales centros del sistema, en Europa y Japón, y la importación de la inflación internacional está ahora agravando la inflación interna de la mayor parte de los otros países de la órbita del imperialismo. Este proceso de inflación, está en combinación con las tendencias de desocupación creciente, que va alcanzando proporciones muy grandes en todos los países centrales.

Esta situación está ya planteando presiones reivindicativas desusadas, por empleo y salarios, entre el proletariado de los países centrales y la burguesía monopolista internacional. La lucha por el nivel de participación de los trabajadores en el producto de la sociedad, está haciendo su ingreso en el escenario de manera decisiva, precisamente como consecuencia de la agudización de las contradicciones entre la forma cada vez más social de la producción y la forma privada, cada vez más concentrada, de la apropiación.

Una sociedad como la de los Estados Unidos, podría probablemente ya estar en condiciones, técnicamente, de liberar, esto es, de socializar, el consumo de una proporción muy significativa de la masa de su producción. Pero, como es obvio, esta posibilidad choca contra las necesidades de aumentar los beneficios y la acumulación por parte de la burguesía. Sin embargo, la burguesía puede trabar aquella posibilidad técnica, por su condición de propietaria de los recursos de producción, y por su dominio del poder político.

Un segundo proceso vinculado a esta revitalización de las luchas de clase, es la continuada pérdida de fuerza de toda la ética social que comprometía a la masa mayor de la población trabajadora a la lealtad al capitalismo y a sus necesidades características. Este fenómeno, cuyas primeras manifestaciones más ruidosas fueron observadas en la rebelión juvenil norteamericana contra las guerras imperialistas, contra la cultura del consumismo, en la rebelión juvenil y obrera del mayo francés de 1968, en el "otoño caliente" de Italia del 69, no ha hecho sino expandirse y acentuarse desde entonces.

Es parte de ese mismo proceso, la aparición de una nueva reivindicación en el proletariado de los países centrales, y en particular en Europa: la necesidad del control de la producción y de los recursos de producción. Eso da cuenta de que los elementos que tienden a configurar la conciencia social de ese proletariado, no son ya solamente derivados de la ideología política explícita, sino también de las condiciones cotidianas de la propia existencia social, a su vez derivadas de la maduración definitiva de las formas específicas de la producción capitalista, y sus implicaciones señaladas

en la creciente anarquización e incongruencia de una sociedad cada vez más prisionera de sus contradicciones.

Es, por eso, en ese preciso sentido que se podría decir que las bases técnicas del socialismo están ya presentes en la situación actual del capitalismo, en los países centrales.

Por cierto, creo que ni en Estados Unidos, ni en Europa, el grueso del proletariado ha recogido ya en términos políticos explícitos, su necesidad de poder sobre los recursos de producción y sobre la organización de la producción. Y ese problema no es solamente el resultado de los efectos de la lozanía del capitalismo en el período que termina, sino también del proceso de estancamiento y deformación del proceso de construcción del socialismo en los países de Europa del Este, y de sus consecuencias sobre el estancamiento y la deformación de la investigación, la organización y la práctica revolucionarias en el movimiento socialista internacional, durará varias décadas.

Debido a esos problemas, a pesar de la visible maduración de la conciencia social del proletariado, el retraso de su conciencia política y de sus organizaciones políticas de clase, es una situación que no puede ser sobrepasada sino por un enérgico esfuerzo colectivo de revitalización de la teoría revolucionaria. La maduración de las bases técnicas del socialismo en el capitalismo contemporáneo, no madura automáticamente las bases políticas de su construcción efectiva. Creo también, no obstante, que ahora están surgiendo aunque dispersamente, las bases renovadas de un posible desarrollo teórico y político concreto de la revolución socialista.

Esta revitalización de las luchas de clase en todos sus niveles, dentro y fuera de los centros de acumulación principales, el deterioro de las bases sociales concretas de la gran estabilidad política en los países centrales después de la Segunda Guerra Mundial, está empujando a la burguesía a la construcción de regímenes políticos de tipo autoritario-tecnocrático en esos países, así como en los países de los otros niveles de la cadena imperialista, utiliza simultáneamente ensayos de dominación política de tipo corporativista combinada con técnicas de manipulación de origen "populista", y

regímenes abiertamente fascistas, según el nivel alcanzado por las luchas políticas de clase en cada país.

En este nuevo escenario, signado por la iniciación de la fase abierta de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción del capitalismo, la burguesía y el proletariado internacionales están, pues, preparándose a luchas definitivas a un plazo quizás no demasiado largo. Serán los resultados de esas luchas, las que decidirán, en último término, si el socialismo o una suerte de barbarie técnica, lo que podrá surgir de la agravación de la crisis final del capitalismo.

El socialismo, sin embargo, no es ya sólo una posibilidad teórica. Ha iniciado ya su historia real en áreas decisivas del mundo, y a pesar de sus dificultades, de su estancamiento y deformación en unos lugares, o de la incertidumbre de su desarrollo en otros, es su presencia efectiva lo que, también, contará decisivamente en el destino final de la crisis del capitalismo.

Lo que de todo esto concierne a la América Latina, lo intentaremos ver en nuestra próxima conversación.

México, Abril de 1974.

* EL MUNDO CAPITALISTA, AL BORDE DE UNA GRAN CRISIS? (*)

Leonard

I. INTRODUCCION

El presente trabajo en cuanto recoge un conjunto de reflexiones relativas a la evolución del sistema capitalista (particularmente la economía estadounidense) y lo que parecen ser sus perspectivas más inmediatas, no pretende de manera alguna detenerse en grandes y complejas elucubraciones ni abstracciones teóricas, sino simplemente plantear, para discusión, lo que cada vez se comenta con gran ansiedad y preocupación: La inminencia de una *gran crisis económica internacional* del mundo capitalista.

El subrayado de la expresión gran crisis económica internacional es, por supuesto, deliberado; pues, se admite que las crisis económicas son inherentes al funcionamiento del sistema capitalista y que los diversos cambios sufridos por él a partir de la depresión más profunda ocurrida entre 1929-1933, si bien le han permitido mitigar los efectos depresivos, no lo han hecho inmunes a la crisis, sobre todo, si los tales diversos cambios parecen estar muy cerca de los límites impuestos por el funcionamiento del propio sistema.

(*) Los datos relativos de la crisis de la economía norteamericana y mundial, así como los fragmentos de discursos y declaraciones han sido tomados de informaciones periodísticas.

Después de la gran crisis de 1929, el mundo capitalista y particularmente la economía norteamericana, convertida en centro hegemónico del capitalismo mundial, ha venido expandiéndose a ritmos relativamente estables, en el sentido de que las depresiones a las que se ha enfrentado, como las que ocurrieron entre 1937-38, 1949, 1953-54, 1959-61, 1968 y 1971, no causaron los estragos tan trágicos como los generados por la crisis de 1929. En estas circunstancias conviene preguntarse, logrará la economía norteamericana sortear la crisis que se desata en la actualidad, 1974, o será ésta el preludio de otro 1929?

II. LA CAUSA DE LA CRISIS Y SUS CONTRAPESOS

Se reconoce que la causa fundamental de las crisis a las que se han enfrentado y se enfrenta el capitalismo radica en la discrepancia notable que se observa entre una "tendencia fuerte y sistemática del excedente (1), a subir en absolutos y en proporción al producto total" y, las posibilidades de utilización socialmente productiva de ese excedente. En otras palabras, que el capitalismo monopolista es capaz de generar una producción en una magnitud tan grande que si, paralelamente, no surgen posibilidades de absorción de ella, o lo que es lo mismo, de utilización de los excedentes, los propietarios de los medios de producción se ven imposibilitados de invertir y, por consiguiente, de obtener beneficios o de realizar la plusvalía para poner en marcha a la economía nacional y mundial y por lo menos mantener el nivel de producción y ocupación.

Después de 1929, y especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo registra una serie de cambios que han conjurado la amenaza de graves y prolongadas

(1) "Diferencia entre lo que una sociedad produce y los costos de esa producción". Las expresiones entre comillas son transcripciones de "El Capital Monopolista" de Baran y Sweezy — Siglo XXI, Editores S.A.

depresiones, en cuanto han ayudado a reducir el monto de excedentes o de recursos disponibles para la inversión sin destruir ni afectar mayormente los niveles de rentabilidad individual, que es la característica fundamental que mueve al capitalismo como modo específico de producción.

Entre los mencionados cambios corresponde citar el aumento del consumo, especialmente superfluo, y las consiguientes campañas de publicidad y de crédito que lo promueven y lo orientan; la acelerada sustitución de las plantas industriales y de maquinaria, nuevas inversiones al estímulo de notables progresos tecnológicos generados precisamente para dar salida a los excedentes acumulados; el traslado de algunas plantas industriales a países que se encuentran en la periferia del capitalismo internacional; el despilfarro institucionalizado que se hace presente en múltiples formas; diferenciación irracional de productos, cambio de modelos, exploración espacial, producción de múltiples servicios socialmente innecesarios, etc.

Por supuesto, detrás de éstas y muchas otras formas de utilización de los excedentes, se encuentra implícita sea una política económica cada vez menos ortodoxa y que ahora se la acepta precisamente para tratar de salvar al sistema, sea también y fundamentalmente, una creciente participación estatal en la actividad económica que no significa entrar en conflicto con los intereses de los capitales privados.

Pero el método más eficaz para el sistema capitalista, desde el punto de vista de la absorción de excedentes, han sido las guerras. Estas no sólo que han contado con la aprobación del capital privado, tanto porque los gigantescos gastos militares le han significado jugosos encargos de fabricación de material bélico, cuanto porque el uso del material no compite con la producción lanzada al mercado ni se reintegra al proceso de reproducción, con lo cual se genera una base de indudable estímulo económico que, en cuanto apacigua la tensión social y aquieta la efervescencia política, resta prioridad a las reformas sociales y a la necesidad de abolir los privilegios particulares, manteniéndose por lo tanto inalterada la estructura de la sociedad.

A la utilización indiscriminada y múltiple de los facto-

res anotados, corresponde atribuir la relativa expansión sin graves depresiones del capitalismo postbélico. Así, desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta la depresión de 1949, la economía norteamericana, que sólo durante la última etapa de la conflagración se vio envuelta en un conflicto lejos de su territorio, mantuvo su capacidad productiva intacta, y pudo beneficiarse de una demanda intensificada de bienes industriales y de equipo bélico por parte de sus aliados y no aliados devastados por la guerra. Se dio entonces, gracias a la guerra, una importante base de acumulación de capital y de oportunidad de utilización de excedentes que permitió una expansión sin graves crisis.

Cuando ya agonizaba este factor de evasión de excedentes, la economía norteamericana se puso nuevamente en pie de guerra hasta 1945 para luego de una considerable difusión de excedentes a través del Plan Marshall, en la Europa necesitada de reconstrucción, participar en el conflicto coreano de 1950 que le significó una base importante de acumulación hasta fines de la década en que nuevamente se presentaron síntomas de debilitamiento que pudieron ser amortiguados gracias a los sucesivos déficits presupuestarios recomendados por la teoría Keynesiana y alcanzados gracias, sobre todo, a notables reducciones impositivas complementadas con determinados aumentos en los gastos públicos para "elevar el grado de disponibilidad de las defensas militares, los requerimientos especiales de la crisis de Berlín y el Programa espacial en rápida expansión". (2)

Era evidente, por otro lado, que ya para 1964 empezaban a sentirse en la economía norteamericana, los primeros efectos estimulantes de la intervención estadounidense en Vietnam.

Pero nuevamente para fines de la década 1960-70 y más aún con el retiro de los Estados Unidos de Vietnam, y la "estabilización estructural" del mercado común europeo que, en su fase expansiva le ofreció oportunidad de derramar una

(2) Informe de D. Dillon, Secretario del Tesoro citado en "La Crisis del Dólar y la Política Norteamericana" — Vivian Trías.

buena parte de sus excedentes en un espacio económico imprescindible para la acción de sus corporaciones; los efectos dinámicos (en la economía norteamericana) de la militarización y de las inversiones en el exterior, empiezan a languidecer.

III. *LA INTERNACIONALIZACION DEL CAPITALISMO*

Pero esta vez la situación está cargada de nuevas dificultades.

El mundo capitalista se ha integrado bajo la dirección hegemónica de los Estados Unidos. Grandes empresas norteamericanas, capaces de alcanzar la estructura de multinacionales se han precipitado a lo largo y a lo ancho de todo el mundo. Las inversiones en el exterior, la captación de fletes y seguros, los préstamos atados, las transacciones bursátiles, las operaciones financieras han interrelacionado intensamente a todo el mundo capitalista. Los conflictos bélicos son ahora más limitados en tiempo y en espacio y no están ajenos a un desborde. Las grandes potencias se esmeran por evitar acumulación de armamento en los principales países hegemónicos. Con esto no se quiere rechazar la posibilidad de que en zonas no muy explosivas se puedan desarrollar ciertas guerras controladas. A esto último respondería la tesis del Secretario de Estado Norteamericano, el señor Kissinger, quien sostiene que toda guerra que no daña el equilibrio internacional no es una guerra mala.

Pero lo que interesa destacar, sin embargo, es el hecho de que la norteamericanización de la economía internacional ha sido posible a un costo que hoy empieza a volverse muy oneroso para los Estados Unidos. Así, los frecuentes déficits en la balanza de pagos norteamericana (por la evidente recuperación de las economías antes devastadas que empezaron a ofrecer una producción a mejores precios que la producción norteamericana) han promediado los US\$ 2.000 millones anuales desde 1950 hasta 1972. Si la expansión norteamericana en todo el mundo exigió una diseminación astronómica de dólares, ahora la cantidad de divisa norteamer-

ricana disponible en el mundo resulta excesiva a las necesidades comerciales con Estados Unidos. Si en el pasado, la emisión de dólares financió la afirmación de la hegemonía norteamericana en el mundo capitalista, ello ha traído ahora como resultado una inflación que le resta posibilidades de exportación y de solución de su creciente déficit de pagos con el exterior.

Añádase a todo lo anteriormente expuesto, los efectos provocados por la acción de los países periféricos para defender sus materias primas y particularmente la actitud de los países productores de petróleo al elevar el precio del crudo como una medida defensiva de su capacidad de compra exterior, que ha obligado a los Estados Unidos a emitir más dólares para sostener sus importaciones de petróleo, en cuanto no quiere hacer uso de sus reservas, y para no deteriorar la liquidez de la economía capitalista mundial.

Y todos estos acontecimientos significan una afluencia cada vez mayor de dólares hacia el extranjero, dólares que tienen menos respaldo oro, lo cual destaca la notable vulnerabilidad de la economía norteamericana en materia de convertibilidad de la moneda que hace las veces de moneda oficial del comercio internacional.

Precisamente para tratar de conjurar los problemas de la depreciación real del dólar, el Gobierno Norteamericano se vio obligado en 1971 a devaluar su moneda en 8.6%, a establecer recargos tributarios a sus importaciones y a suspender la convertibilidad del dólar por oro y otro activo de reserva. Estos arbitrios resultaron sin embargo insuficientes, pues en febrero de 1973 se produjo otra devaluación del dólar en un 10%.

En este tipo de análisis, lo que verdaderamente corresponde destacar e insistir es en el carácter altamente integrado del sistema capitalista, bajo la hegemonía norteamericana de Wall Street. Así, la balanza de pagos estadounidense asume una extraordinaria significación como centro nervioso en el cual se concentran las más importantes contradicciones del mundo capitalista. Los déficits norteamericanos no repercuten tanto sobre la economía interna como sobre las economías de las otras potencias, a través de con-

trapartidas de los superávits europeos, japoneses y últimamente árabes.

No es posible ni viable en estas condiciones un aislamiento de ningún país capitalista en particular ni mucho menos el repliegue de la economía norteamericana a una operación en el marco de sus propias fronteras. Si esto se diera, se frenaría la expansión imperialista, se detendría la corriente de beneficios de las corporaciones multinacionales, lo cual precipitaría al país y a todo el sistema a una crisis total. La inversión norteamericana fuera de su territorio supera los 400.000 millones de dólares regados en todos los países del mundo. Norteamérica no puede prescindir de este considerable monto ni de los beneficios que le reportan si es que desea subsistir como potencia hegemónica del capitalismo mundial.

IV. *LOS PRINCIPALES SINTOMAS DE LA CRISIS ACTUAL*

Una revisión y análisis aunque sea general de la situación económica de Estados Unidos, permite colegir que ella se encuentra afectada por algunas contradicciones esenciales.

a) Una inflación nunca antes vivida por el país. Informaciones oficiales reconocen que la subida de precios alcanza al 15%, prediciéndose que tal subida continuará a un ritmo en ningún caso inferior al 12%, siendo necesario se indica, entre un año y medio y tres años para reconducir la inflación a cifras más soportables.

No se han hecho públicas las medidas que se adoptarán en el plano indicado para conjurar el ritmo inflacionario y evidentemente no existe el propósito de afectar, aunque sea en muy escasa medida, a los grupos hegemónicos de ese país. Mas bien, observando y analizando los términos de los nuevos contratos negociados este año por los sindicatos, se encuentra que los aumentos en los niveles de salarios son del orden del 9.8 por ciento, aumento que es sin duda insuficiente para hacer frente al aumento de los precios, con lo cual se hace recaer el peso de la inflación en los grupos so-

ciales que perciben rentas fijas, contribuyéndose de esta manera a contraer la demanda y a acentuar los peligros de una prolongada recesión.

b) Un desempleo también espectacular que supera largamente a la cifra de desocupados tolerada como "mal endémico normal". Se estima que actualmente en los Estados Unidos existen unos 7.000.000 de desempleados que representan aproximadamente el 6% de la mano de obra activa, el nivel de desocupación más alto registrado en los últimos años.

Las perspectivas de superar el problema desocupacional no son halagüeñas ni mucho menos. Así por ejemplo, sólo la General Motors anunció que en noviembre de este año dejará cesantes a 6.000 trabajadores y que por 1975 reducirá en 5 por ciento la producción de automóviles, lo cual probablemente exigirá nuevos despidos de personal.

c) Un ahondamiento del déficit en la balanza de pagos. Se considera que la economía norteamericana cerrará 1974 con un déficit de su balanza comercial de más de 5.000 millones de dólares.

d) Una apreciable disminución de los valores de los principales títulos, reflejo evidente de la baja utilización de la capacidad productiva de las empresas. El índice "Dow Jones", que registra el comportamiento de 50 acciones industriales predilectas ha llegado a su nivel más bajo desde 1962 y aún el precio promedio de las acciones comunes muestra evidentes tendencias a la baja. Estos hechos deben interpretarse como una sostenida oferta de los títulos ante una reducida demanda por los mismos, como resultado de apreciables reducciones de los niveles de rentabilidad.

Así, los pedidos a las fábricas de artículos duraderos declinaron en septiembre del presente año, en un 6.0 por ciento, lo que representa la baja más pronunciada en la demanda de tal rubro en los últimos seis años y medio.

La General Motors anunció que hasta mediados de octubre de 1974 sus ventas de autos nuevos habían bajado en un 28 por ciento comparadas con las del mismo período de 1973. Por su parte, la Firma Chrysler, durante los dos trimestres intermedios del presente año, tuvo una pérdida de

25.500.000 dólares como resultado de acentuadas reducciones en sus ventas.

Los tipos de interés bancarios seguían bajando en el último mes y aumentando aceleradamente el medio circulante. Durante la última semana de octubre, el First National City Bank de Nueva York, rebajó el tipo de interés de sus préstamos al 11 por ciento anual, igual que otros grandes bancos. La declinación de la bolsa no se ha detenido y la variabilidad y desconcierto en las cotizaciones muestra una tendencia en sentido contrario. Esta gran variabilidad que se observa en la evolución de las cotizaciones de los títulos en los mercados de valores, pareciera obedecer al cada vez más reducido período que media entre las etapas de contracción y expansión de los ciclos económicos. Así, la etapa de expansión de tales ciclos, que entre 1948 y 1953, fue de 42 meses, para 1960 y 1962 había bajado a 18 meses, y, durante los últimos cinco años, se habría reducido a un máximo de 10 meses.

Las últimas propuestas hechas por el Presidente Ford al Congreso de los Estados Unidos para luchar contra la inflación y reactivar Wall Street, incluyen la reducción fiscal sobre las inversiones y la deducción de impuestos a los dividendos de ciertas acciones preferenciales. Simultáneamente propuso un aumento del 5% de los impuestos a las familias con ingresos superiores a los 15.000 dólares anuales.

La situación planteada tiende a complicarse como resultado de los abultados depósitos que los países árabes están haciendo de sus abundantes petrodólares en bancos privados y comerciales de todo el mundo y que, de alguna manera, afluyen nuevamente a los Estados Unidos, que al no ofrecer ni mucho ni menos perspectivas ilimitadas de expansión de sus inversiones internas, lo deja en una posición de extrema vulnerabilidad a la saturación.

Simultáneamente a esta serie de graves acontecimientos en los Estados Unidos, el resto del mundo capitalista se mueve también en el desconcierto.

En Francia, la empresa Citroen, la mayor productora independiente de automóviles (la Renault funciona con subsidios del Gobierno Francés), había sufrido una pérdida equi-

valente a los 80 millones de dólares durante el primer semestre de 1974.

Fuertes e inusitadas fluctuaciones de los tipos de cambio, de las tasas de interés, desocupación, quiebras bancarias como las del importante Banco Herstat de Alemania Federal, del Franklin National Bank y otras afectaciones como las del Lloyds International Bank de Londres y la suspensión de los pagos por parte de Israel British Bank también de Londres, así como la reducción a tres y cuatro días de la semana laboral, para 75.000 obreros de las industrias automovilísticas, textil y química de Italia, como resultado de drásticos cortes de producción y falta de mercado. La Empresa FIAT ha hecho conocer que tiene almacenado sin vender unos 300.000 automóviles. Toda Italia padece una inflación, oficialmente reconocida, del 21 por ciento anual, creciente desempleo y el consiguiente descontento social con amenazas de huelgas.

V. *EL DISCURSO DEL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS Y OTRAS ACCIONES EN EL CAMPO INTERNACIONAL*

Frente a los graves acontecimientos que vive el mundo capitalista y particularmente la economía norteamericana, no se advierte hasta ahora la existencia de una política de largo alcance para mitigar los principales problemas o, al menos, para evitar que ellos causen estragos mayores. De ahí que las principales intenciones de política haya que encontrarlas en discursos y declaraciones como el pronunciado por el Presidente Gerald Ford en la Convención Mundial de Energía, celebrada en Detroit los últimos días del mes de septiembre del presente año.

En dicho discurso se llegó a planear la posibilidad de guerra por el problema petrolero, reconociéndose, sin embargo, que "cualquier conmoción local podría transformarse en catástrofe global". El discurso, a su vez, constituyó un verdadero ultimátum a los países exportadores de petróleo y el otorgamiento de luz verde para que el Congreso estado-

unidense se dedique, como en efecto sucedió, a estudiar la supresión de ayuda a tales países.

Por otro lado, y en otro discurso pronunciado por el Presidente Ford en Washington con motivo de la inauguración de la Asamblea del Fondo Monetario Internacional, el 30 de septiembre del presente año, destacó en un tono conciliador que “en esta época de reto sin precedentes, es necesario unirnos en un espíritu de cooperación internacional. Estados Unidos no quiere el aislamiento y sí más cooperación”.

Obsérvese que Washington habla de unión y cooperación cuando se ha convertido en deudor y empieza a sopor-tar graves dificultades. En lo demás es un planteamiento lúcido desde el punto de vista de la potencia hegemónica del capitalismo. Este es un sistema mundial, interrelacionado, por consiguiente, sus contradicciones y dificultades deben resolverse a esa escala.

La ausencia de resultados concretos de la citada reunión del Fondo Monetario y de otra convocada por Estados Unidos para analizar las consecuencias económicas y la manera de reintegrar al circuito financiero mundial los petrodólares y en la cual participaron Japón, Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, son otros síntomas de los desconciertos y de las crecientes dificultades de la potencia hegemónica del capitalismo mundial para conciliar las contradicciones intermonopolistas y, sin duda, el juego de los propios monopolios norteamericanos.

La falta de resultados concretos en el caso de la Asamblea del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, es digno de destacarse en cuanto reflejan un balance que aún puede considerárselo positivo para Estados Unidos, que a toda costa pugnaba porque no se estableciera un fondo de 86.000 millones de dólares para asistir a los países en desarrollo sacudidos por la crisis mundial. Se destaca por parte del Secretario Norteamericano del Tesoro, William E. Simon, que había en el aire demasiadas incertidumbres para pensar en planes de largo alcance. Es que, en el fondo de esta posición, aún les queda a los voceros estadounidenses la esperanza de poder maniobrar en el seno de la OPEP para una baja en el precio del petróleo y, ciertamente la *incerti-*

dumbre de que un fondo no manejado por ellos retorne como órdenes de compra para la producción norteamericana.

A su vez, el Secretario de Estado Norteamericano, Henry Kissinger, en un discurso que pronunció en la XXIX Asamblea General de las Naciones Unidas, insistió en que el “mundo se encuentra en el umbral de una depresión general y que no puede afrontar los actuales precios del petróleo y mucho menos a alzas continuas”.

La principal preocupación de las grandes figuras del gobierno norteamericano, es la relativa a las alzas continuas en el precio del petróleo, al cual atribuyen básicamente la causa de la inflación mundial y de los desajustes financieros internacionales.

En realidad, el fenómeno inflacionario mundial se inició mucho antes del aumento del precio de petróleo y, las alzas de los precios del petróleo y otros mecanismos adoptados por los países productores de crudo para captar en proporciones mayores las excesivas ganancias de las compañías petroleras extranjeras, constituyen una de las pocas medidas de política para parcialmente tratar de contrarrestar el saqueo y la explotación que por largos años han ejercido las grandes potencias, obligando a bajar los precios del petróleo y otras materias primas y a consumir productos manufacturados a precios de monopolios.

Esto lo saben muy bien los principales voceros de los países imperialistas. Sin embargo, si insisten en sostener que el continuo aumento del precio del crudo es la causa del desorden financiero y económico en general del mundo capitalista, es con el ánimo quizás de crear un clima psicológico para justificar una intervención militar en cualquier país del mundo y quizás más concretamente para invadir una o varias naciones productoras de petróleo. Así lo sostiene el Sha de Irán, al reconocer que “la amenaza de que un día nos enteremos de que una región rica en petróleo ha sido ocupada por los infantes de marina de Estados Unidos no es remota”. El mismo dignatario iraní llama la atención mundial respecto a la escasa o ninguna explotación que los Estados Unidos hace de sus propios recursos de petróleo, de arenas bituminosas y de sus depósitos de carbón como

fuentes energéticas. Estados Unidos importa actualmente 6.2 millones de barriles de petróleo por día.

La otra razón que justificaría la insistencia de los países industrializados de sostener que el precio del petróleo es el origen de la actual crisis mundial, se relacionaría más con el evidente desgaste que tal hecho habría provocado en los planes de expansión del imperialismo y, especialmente en este caso, del imperialismo norteamericano.

Así, por ejemplo y en el caso de América Latina, es evidente que los capitales norteamericanos invertidos en el Brasil y que propiciaban el "milagro brasileño", con el fin de usar la oligarquía de ese país como satélite mayor y puente para su expansión en un gran mercado constituido por las restantes naciones latinoamericanas, es una política que se ha visto duramente afectada por el aumento en el precio de petróleo. Se ha estimado que el Brasil (que necesita de unos 550.000 barriles de petróleo de los 700.000 que consume diariamente) cerrará 1974 con un déficit en su balanza de pagos superior a los 4.000 millones de dólares. En estas circunstancias el "milagro brasileño", que tantas expectativas y estímulos de imitación despertó en los restantes países de la región, está desmoronándose y, con ello, las tesis geopolíticas y los propósitos de expansión del imperialismo.

El último aumento de precios decidido por los países agrupados en la OPEP en su reunión de Viena y que entró en vigor el 1º de octubre de 1974, significará una disponibilidad adicional de 5.000 millones de dólares, cifra ésta que acrecerá la hemorragia de dólares que se convertirán en nuevos factores de presión y de aumento de liquidez de la economía mundial.

VI. *OTRO 1929?*

Los difíciles acontecimientos internos que está viviendo Estados Unidos y las hondas repercusiones que ellos están generando en todo el mundo, así como el recuerdo de las gravísimas consecuencias que tanto en el orden económico como especialmente en el político provocó la crisis de 1929 (emergencia de la URSS como gran potencia y la revolución china

entre otras) determinará sin duda que los Estados Unidos, como potencia integradora del capitalismo mundial y las otras potencias, se unan estrechamente para diferir el advenimiento de otro 1929 en 1974; pues, reconocen que después de 45 años la correlación de fuerzas ha variado radicalmente y que ya no le favorecen abrumadoramente. Wall Street y el Pentágono retrasarán todo lo que puedan la presencia de una gran crisis a través de medidas que es imposible de predecir o de vaticinar, pero entre las cuales no cabe desechar a la guerra.

Pero para decirlo claramente, ya ni la guerra puede ser un estímulo de consideración para liberar a Estados Unidos de una gran crisis y ello, tanto por el carácter no convencional de las mismas, en el sentido de que el uso del material bélico moderno en cuanto no exige tanques, aviones, artillería, sino más bien proyectiles termonucleares y una gran cantidad de implementos electrónicos, no sólo que genera una irradiación sensiblemente menor en términos de ocupación de capacidad productiva y de mano de obra, sino también porque los destrozos que el uso que tal material provoca evidentemente limita la duración de los conflictos. Al fin y al cabo, la aparición en el horizonte bélico de las armas nucleares ha determinado que la "guerra fría" no se haya transformado en "guerra caliente", obligándose las grandes potencias a ejercer aquello de la "coexistencia pacífica".

Una guerra al estilo tradicional, en cambio, permitiría evacuar una gran cantidad de armamento no sofisticado que ahora se encuentra copando la capacidad de almacenamiento bélico de las grandes potencias; pero a su vez, generaría una capacidad de movilización capaz de convertirse en una alternativa revolucionaria para resolver los problemas del desarrollo del mundo explotado.

No significa todo lo hasta aquí planteado, que el capitalismo se encuentra al borde del abismo, en el límite del colapso final. Al respecto conviene una y otra vez tener en cuenta de que Estados Unidos sigue siendo la potencia hegemónica más grande del mundo y que su campo de manobra es aún bastante amplio.

Una cosa, sin embargo, está muy clara. Para postergar la vigencia de una gran crisis y para Estados Unidos contener su deterioro como centro hegemónico del imperialismo, transferirá al exterior el peso de sus dificultades tratando de limitar el déficit endémico de su balanza de pagos y de resolver sus contradicciones internas. En este sentido, intentará intensificar al máximo la explotación de las economías explotadas mediante diversos procedimientos que de una u otra manera contribuirán a debilitarlo y a facilitar el surgimiento de otro sistema económico y social mundial. Entre los procedimientos a los que Estados Unidos podría acudir, para “solucionar” las dificultades sin mencionar específicamente a la guerra, no merecen descartarse los siguientes:

1. Devaluación del dólar, para de este modo permitir que sus escuálidas reservas de oro puedan respaldar las emisiones de la moneda que hace las veces de moneda oficial del comercio internacional. Con una medida de esta naturaleza, se fortalecerían sus exportaciones, se reducirían sus importaciones y se tendería a equilibrar su balanza de pagos; y, además, se tonificaría la liquidez internacional. El problema está en que la medida podría ser imitada por las otras potencias capitalistas, en un acto de defensa de sus balanzas de pagos y de su producción nacional y, por otra parte, no conformar en los propios Estados Unidos a los diversos grupos burgueses. La devaluación del dólar es, además, un arbitrio ya utilizado y que no ha dado los resultados apetecidos; más bien, ha generado un exceso de liquidez mundial que es, en gran medida, la causa de la inflación que vive actualmente el mundo capitalista.

2. Restricción de sus créditos, limitación de su circulante, cortar sus inversiones privadas, y frenar sus gastos en el exterior a fin de equilibrar su balanza de pagos. Evidentemente todo esto puede Washington hacerlo. En realidad, algo de esto ya lo hizo en 1929 y los resultados están a la vista. Repetir una medida de esta naturaleza sería similar a cortar las arterias del organismo humano o volver una criatura al vientre maternal.

Frenar los gastos norteamericanos en el exterior sería frenar la internacionalización capitalista, poner un límite a su expansión mundial y precipitar a su economía a una crisis irreversible. Sería estimular la deflación económica norteamericana y propagarla a toda la economía mundial, esta vez, en forma mucho más veloz que en 1929; pues, desde entonces, el mundo capitalista se ha vinculado mucho más estrechamente.

En realidad, entre las alternativas de inflación y deflación se mueve el mundo capitalista. Así, mientras el director del Fondo Monetario Internacional, Johannes Witteveen, en la última reunión celebrada en Washington (octubre de 1974) sostuvo que "hay que buscar un equilibrio en el problema y moderar el crecimiento económico sin causar una contracción mundial"; el Presidente de la Asamblea del Fondo destacó, en cambio, que "si no se gana la batalla de la producción y la productividad para satisfacer las nuevas realidades del consumo, el mundo se verá envuelto en una ola de inflación que penetrará en todos los rincones de la tierra y desquiciará el orden social y productivo".

3. Supresión de la convertibilidad del dólar. En realidad, una absoluta convertibilidad del dólar - oro nunca la hubo. No cualquier ciudadano podía acercarse al Banco de la Reserva y cambiar sus dólares por gramos de oro.

Teóricamente, sin embargo, podría pensarse en una total y definitiva inconvertibilidad y lo que acontecería sería similar a lo ya analizado en el punto primero. La inconvertibilidad equivaldría al límite máximo de la devaluación.

Si la liquidez mundial se ha nutrido, básicamente, a través de nuevas emisiones de dólares; la suspensión de su convertibilidad destruiría la confianza mundial en el dólar, aceitaría al máximo la maquinaria inflacionaria en todo el mundo y perjudicaría la expansión norteamericana. Sería la quiebra del sistema capitalista.

4. Favorecer una mayor y más intensa participación estatal en la actividad económica. Esta medida fue ya aplicada como verdadero S.O.S. del sistema durante los prime-

ros años de la década del 60. La aplicación de la medida coincidió con el denominado boom Kennedy-Johnson que se caracterizó por una inigualable prosperidad de los negocios y de los beneficios empresariales y de las grandes corporaciones.

En realidad, una mayor intervención estatal en una economía capitalista se justifica sólo en razón de que el carácter social de la producción ha llegado a un grado tal de desarrollo que le es imposible funcionar sin una asistencia sistemática del Estado. Esta intervención, en el caso norteamericano, parece haber llegado ya al límite permitido por el propio sistema. Rebasar ese límite perjudicaría el ritmo de los negocios privados y podría poner en serio peligro al sacrosanto beneficio, que es el fundamento de la inversión y la expansión del capital norteamericano. Además, el funcionamiento de las grandes corporaciones monopolísticas multinacionales, como nuevas formas empresariales, muestra una tendencia a separarse del control público de las principales potencias capitalistas.

Las medidas planteadas no agotan ni mucho menos el arsenal de instrumentos al cual podrá acudir Washington para diferir y postergar el momento de su colapso final. Agitados e imprevisibles acontecimientos podremos presenciar en los próximos meses. La ansiedad por sostener su hegemonía impulsaría a Wall Street y al Pentágono a perfeccionar la explotación sobre el mundo periférico fortaleciendo su alianza con los círculos militar-oligarcas nativos y desplegando una sutil o abierta represión, que generalmente ha coincidido con los ciclos depresivos de la economía norteamericana.

En la búsqueda de "soluciones", el imperialismo estará dispuesto a asociarse con el Estado en una clara tendencia hacia la conformación de un capitalismo monopólico-estatal. Esta tendencia, que ya está en curso en América Latina, será más visible conforme más acelerado se vuelva el movimiento mundial en favor de la descolonización y el avance del socialismo. Por supuesto, estas nuevas formas de intervención del capitalismo en su etapa monopolista y de creciente internacionalización, traerá consigo no sólo substan-

ciales modificaciones en los mecanismos internos de dominación, sino que generarán también nuevas formas de expresión y enfrentamiento político.

La agudización de las contradicciones de la potencia hegemónica y su universalización creciente parecerían garantizar que el sistema capitalista, como modo de producción, ha iniciado el final de su existencia histórica. El límite de tal existencia histórica coincidiría con la revolución socialista, la cual, por supuesto, no se dará como un hecho natural, automático, pacífico y espontáneo. Si conforme hemos afirmado, el capitalismo hará uso de toda clase de recursos para preservar su existencia, es legítimo concluir afirmando también que no habrá socialismo sin lucha antimperialista en el marco de una acción revolucionaria capaz de actuar en coyunturas históricas determinadas. Y lo que acontece es que el mundo socialista también vive un período en el cual no ha podido aún superar una serie de discrepancias relativas a su construcción y a su propia estructura ideológica.

Mientras tanto, se juzga muy improbable que en la década 70-80 se produzca otro 1929 y ello, no obstante los graves acontecimientos que están sacudiendo al mundo capitalista, así como el franco estancamiento en el que al parecer ha entrado la economía norteamericana. Mientras no se den cambios radicales en favor de una reducción drástica del área de explotación imperialista, el capitalismo seguirá adaptándose indefinidamente a sus insalvables contradicciones.

ENFOQUE HISTORICO DEL DESARROLLO REGIONAL DEL ECUADOR

LEONARDO F. MEJIA

Antes de la conquista española, la utilización del espacio geográfico estuvo determinada por las acciones que la sociedad de ese entonces llevaba a cabo para satisfacer, fundamentalmente, sus necesidades básicas como alimentación y vivienda, para lo cual procuraron establecerse en aquellos lugares en que con menor esfuerzo y desgaste de energía sico-física pudiesen satisfacer sus necesidades. Las orillas de los ríos, las cercanías al mar, los valles interandinos, fueron sitios aptos para la localización de los pueblos precolombinos.

La simple enumeración de las *principales* agrupaciones humanas, así como su ubicación "teórica" en la actual división político-administrativa, nos aproximarán a la forma en que tentativamente creemos debió haberse dado la utilización del espacio geográfico de lo que hoy constituye el territorio ecuatoriano.

En la Costa: Cayapas, Colorados y Atacames, en la actual provincia de Esmeraldas; Caráquez, Mantas, Chones y Jipijapas, en la actual provincia de Manabí; Huancavilcas, y Punáes (Isla de Puná) en lo que hoy es la provincia del Guayas; Huancavilcas y Babahoyos en la actual provincia de los Ríos; Tumbecinos en la actual provincia de El Oro.

Había también en la Costa otras agrupaciones meno-

res, de muy reducida población, a la que los españoles del siglo XVI llamaron generalmente Yumbos. (1)

En la Sierra, preferentemente en las hoyas que estructuran la Cordillera de los Andes sobresalieron las siguientes agrupaciones humanas: Pastos y Quillasingas, en la provincia del Carchi; Caranquis y Otavalos en la provincia de Imbabura; Quitus, en la provincia de Pichincha; en las actuales provincias de Tungurahua y Cotopaxi, los Pantzaleos; Puruhaes en la provincia del Chimborazo; Chimbos, en la provincia de Bolívar; Cañaris, en las actuales provincias del Azuay, Cañar; y en la provincia de Loja, los Paltas y Zarzas.

En la vasta llanura amazónica sobresalieron las siguientes tribus:

Cofanes en el territorio selvático extendido entre los ríos Guames y Aguarico; Quijos, diseminados en la selva, limitados por los ríos Coca, Aguarico y Napo; Macas, ocupaba la superficie limitada por los ríos Payamino, Napo y Curaray; Jíbaros, dueños del territorio extendido entre los ríos Curaray y Morona. (2)

Al momento de la conquista incaica, varias de las tribus mencionadas formaron poderosas confederaciones como la de Cañari; la de Caranqui, la de Quito-Pantzaleo y la de Puruhá-Tiquizambi. Se dio también un intento real de unificación política superior, concretizado en la alianza Shyri-Puruhá.

La conquista y colonización realizadas por los españoles trastoca el proceso "natural" de ocupación del espacio geográfico, no sólo en cuanto a la utilización de nuevos te-

(1) Oscar E. Reyes.— Breve Historia General del Ecuador.— Editorial Fray Jodoco Ricke.— Quito, 1967.— Pág. 44.

(2) Aquiles R. Pérez T.— Historia de la República del Ecuador.— Imprenta Romero.— Quito, 1956.— Pág. 12.

territorios se refiere, sino también por la crisis a la que indujo a los antiguos patrones de utilización espacial.

A partir de la invasión española, y durante el largo período colonial, serán las áreas ricamente dotadas de metales preciosos, inicialmente, y luego las de ciertos productos manufactureros y de clima tropical, así como los territorios claves para el control militar, para la provisión de mano de obra, amén de los puertos de exportación e importación, los puntos focales de la estructuración espacial. Esto obedecía, desde luego, a una conjugación de factores vinculados al desarrollo del sistema económico capitalista, así como a las potencialidades de los recursos, especialmente naturales y humanos, existentes en los países conquistados y colonizados por las metrópolis europeas.

Una vez integrada América Latina y por ende nuestro país, al desarrollo económico mundial, su conformación espacial es el resultado de la dinámica e interdependencia en que se da esta vinculación. De ahí que resulta casi imposible el analizar el desarrollo económico actual del Ecuador, desde su óptica espacial, sin considerar sus aspectos históricos, esto es, la forma en que se ha dado su vinculación con los países hegemónicos del sistema capitalista, vinculación que por otro lado ha significado un largo proceso de dominación económica, financiera, comercial, tecnológica y cultural, que ha determinado también que nuestro país desarrolle tan sólo aquellos sectores y ramas de actividad que satisficieran y satisfacen los requerimientos de dichos centros.

Desde 1534 hasta bastante entrado el siglo XVII, lo que caracteriza la actividad socio-económica de lo que hoy es nuestro país, es la explotación de los recursos mineros localizados básicamente en la franja austral. Varios factores contribuyeron e hicieron posible el desarrollo de la actividad minera, entre los que destacamos: las necesidades que de metálico tenía España, tanto para saldar la balanza comercial con los países de Lejano Oriente, tradicionalmente deficitaria, así como para acelerar el desarrollo de su comercio interno; la abundancia de metales preciosos, la existencia de una población aborígen experta en la extracción, fundición y laboreo de metales; la inexistencia de otros bienes, con las

características de metales preciosos: fácilmente transportables, concentradores de abundante valor en unidades de volumen reducidas, resistentes al deterioro, etc.

La extracción de minerales permite la conformación de centros poblados de apoyo a dicha actividad (Zaruma, Sevilla del Oro, Zamora, Valladolid, Avila, etc.), e incita al traslado masivo de nativos, mediante sistemas coercitivos —mezcla de formas feudales y esclavizantes— desde otras áreas, hacia estos centros mineros, con la consiguiente repercusión en el comportamiento de los demás sectores económicos y en el decrecimiento poblacional. En efecto, las “minas exigían grandes desplazamientos de población y desarticulaban las unidades agrícolas comunitarias; no sólo extinguían vidas innumerables a través del trabajo forzado, sino que, además, indirectamente, abatían el sistema colectivo de cultivos”. (3)

Quito, Cuenca y Loja son ciudades que en esta época cumplen un extraordinario papel, ya como centros político-administrativo, de apoyo a la explotación minera o como centros militares. Estas especificidades permiten que las mencionadas ciudades, y especialmente Quito y Cuenca, canalicen para sí una importante parte del excedente generado en los centros mineros, el mismo que ha de ser destinado a la construcción de una mínima infraestructura. La construcción de iglesias, así como de edificios para la administración pública y caminos son una prueba de lo anotado.

La agricultura y la ganadería, si bien fueron fomentadas y enriquecidas con nuevas variedades y especies traídas por los españoles, no lograron convertirse en actividades hegemónicas del sistema económico durante los años a los que nos estamos refiriendo.

Los precios bajos de los productos agropecuarios, la baja rentabilidad de los mismos así como la falta de un mercado amplio para estos productos, pueden ser los factores que de alguna forma justifiquen lo anteriormente expuesto. Más aún, en estos criterios podemos encontrar las causas para

(3) Eduardo Galeano.— “Las venas abiertas de América Latina”.— Siglo Veintiuno.— Editores.— México, 1971.— Pág. 65.

que en estas épocas a pesar de que ya aparecieran grandes latifundios, especialmente en poder del clero, ellos no lograron consolidarse ni convertirse en la base del sistema colonial. (4)

Desde mediados del siglo XVII hasta mediados del siglo XVIII, aproximadamente, lo que hoy es nuestro país sobresale por haberse convertido en un verdadero emporio de obrajes, de cuya producción la textil fue la más importante; incluso llegó a ser exportada a regiones bastante apartadas como los actuales países de Chile, Bolivia, Colombia y Perú.

Desde el punto de vista espacial, esta actividad permitió la incorporación y desarrollo de una extensa zona localizada entre las actuales provincias de Imbabura y Chimborazo; el desarrollo de una ganadería sustentada en sistemas de explotación extensivos y la consolidación de los latifundios como núcleos básicos del sistema económico colonial.

La producción textil en esta época fue efectivamente un factor importante para la consolidación del latifundio. Mientras mayor cantidad de tierras se disponía, mayores eran las posibilidades para el incremento de la producción lanar y sobre todo para la apropiación de la fuerza de trabajo indígena.

Espacialmente hablando, los obrajes se asentaron en el medio rural y en algunos suburbios urbanos. En el medio rural, con la finalidad de aprovechar el alto grado de desarrollo textil que habían logrado las comunidades integrantes del incario, así como la fuerza hidráulica necesaria para mover los batanes. La ubicación en las cercanías de las ciudades, por el contrario, obedecía a las necesidades de comercialización de las mercancías.

(4) Luciano Andrade Marín, en su ya clásico trabajo "El Ecuador Mino, El Ecuador Manufacturero, El Ecuador Cacaotero", transcribe lo siguiente sobre el acaparamiento de tierras: "Año de 1539 — Mayo. En este año se despachó a la Real Audiencia una Cédula previniendo que se haga cumplir y ejecutar la prohibición de que los religiosos adquieran rentas y haciendas; pues desde Pasto hasta Loja se habían apoderado, en menos de dos años de más de la mitad de las haciendas; de modo que, al cabo de poco tiempo, podían haber llegado a ser dueño de todo".— Pág. 43.

El auge de la producción obrajera, así como el papel que ésta cumple en el proceso de la utilización del espacio, entre otras cosas, se deben a la coyuntura favorable que para esta actividad se creó en la metrópoli española. Efectivamente, el incipiente desarrollo manufacturero de España no permitió abastecer de estos productos a sus colonias, y más aún los pedidos de América producían escasez de tejidos en la Metrópoli, lo que determinó que las cortes de Valladolid solicitaran el cierre del mercado de ultramar para este producto. Considérese además las molestias derivadas de los medios de comunicación de esa época, que determinaban que los pedidos de textiles desde América se hiciesen por lo menos con cinco años de anticipación, factor que coadyuvó al encarecimiento de precios de por sí ya muy elevados.

La coyuntura externa, vinculada a la dotación de recursos de lo que hoy es nuestro país, determinaron pues su desarrollo textil. De lo que se desprende que desde estas épocas, la conformación del espacio económico ecuatoriano fue condicionado por su patrón de desarrollo inducido desde afuera.

En cuanto a la conformación de centros poblados en la Costa o Litoral, es necesario anotar que éstos, en su mayor parte, fueron localizados en lugares cercanos al mar, pero no en sus playas, "puesto que los piratas arrasaron con frecuencia los pueblos y villorrios costaneros durante el siglo XVII".

La agricultura y la ganadería que, como ya lo anotamos, desde hace varios años atrás había sido fomentada, a partir de la crisis de la producción textil irá a cobrar importancia considerable, tanto por los abultados ingresos que logra generar así como por la incorporación de las nuevas áreas geográficas que exigió su desarrollo y expansión.

A la cabeza de los productos agropecuarios, se encontraba el cacao, producto que a pesar de las restricciones impuestas, por la Metrópoli española a su expansión, logra convertirse en la base de la economía del Ecuador Colonial y del Ecuador Republicano .

Desde 1740 el cacao —exportado ya en cantidades apreciables aún en años anteriores— se convierte en el más im-

portante de los productos exportables del Ecuador; producto con el que además se logra una mayor vinculación al mercado mundial. Descontando un ligero paréntesis acaecido en 1842 en el que bajan las exportaciones de cacao (5) debido básicamente a una epidemia de fiebre amarilla que afectó a enormes contingentes de población costeña y del que se recupera a partir de 1860, la economía ecuatoriana gravitará hasta el año de 1922 —la gran crisis que afectó a las plantaciones— sobre el cultivo y exportación del cacao.

Desde el punto de vista de la utilización del espacio geográfico, el cacao hizo posible la incorporación a la actividad económica de extensas áreas, localizadas en la Cuenca del Río Guayas y en la actual Provincia de El Oro.

Durante el gran auge del cacao el latifundio comenzó también a convertirse en la forma dominante de posesión de tierras en las planicies del Guayas y en el litoral sur. “Hasta entonces la mayoría de los centros productores de cacao como Baba, Babahoyo, Machala, habían sido colonizados como el resto de la Costa, por propietarios y ganaderos, con terrenos medianos o pequeños. (6)

A más de los aspectos anotados, la producción de cacao posibilitó también las inmigraciones poblacionales tanto desde la Sierra Ecuatoriana, del Norte del actual Perú, como

(5) “La súbita caída en las exportaciones de dicho año, de 140.866 cargas 74 libras en 1841 a 82.950 cargas 52 libras en 1842 fue consecuencia directa de la epidemia de fiebre amarilla que azotó en el año de 1842-1843 a la Costa Ecuatoriana, y en las cuales por lo menos 5.000 guayaquileños y 8.566 manabitas perdieron la vida. No sólo que se dislocó la economía, sino que la Costa fue sometida a cuarentena tanto por tierra como por mar”. Hacia fines de la década de 1860 se inicia el segundo ciclo de auge del cacao ecuatoriano. La fiebre amarilla afectó sin embargo en varios años a la población costera, lo que repercutió en la baja de la producción. Ver al respecto “Historia Social y Económica de la antigua provincia de Guayaquil”, 1763-1842, de Michael T. Hamerly.— Publicación del Archivo Histórico del Guayas.— Guayaquil, 1973.— Pág. 112.

(6) Michael T. Hamerly.— Op. cit.— Pág. 109.

de otras regiones del mismo Litoral hacia la Cuenca del Río Guayas. Entre 1765 y 1842 la ciudad de Guayaquil triplicó su población y el distrito en general cuadruplicó en número de habitantes. En 1842 Santiago de Guayaquil tenía ya entre 18.000 y 20.000 moradores, y el Departamento en sí, alrededor de 90.000 habitantes, lo cual constituía entre una sexta y una quinta parte de la población total del Ecuador.

Este incremento poblacional, según recientes investigaciones, fue posible por la recuperación y expansión de los indios y mestizos de la Costa, y la inmigración generada en la Sierra y en el norte del Perú: de tal manera que “fueron los cholos y los mestizos, junto con los serranos recién llegados y los montubios existentes, quienes hicieron posible la conversión de las planicies del Guayas y del Litoral sur en la principal fuente de abastecimiento de cacao para el mundo antes de la finalización del siglo XIX, lo que constituyó una revolución agrícola cuya importancia en la historia del Ecuador ha sido desde hace mucho tiempo vislumbrada pero nunca como se merece”. (7)

Guayaquil, debido a su posición estratégica para el comercio internacional y local, se convirtió en el astillero de mayor importancia en la costa occidental de América. Desde el punto de vista espacial, es necesario aclarar que Guayaquil era el único puerto por el que se exportaban e importaban las mercancías. Desde el último cuarto del siglo XVI —dice el padre Vargas— Guayaquil se convirtió en el principal astillero de las costas del mar del sur. Sus bosques cercanos proporcionaban la madera y por su río ascendían el hierro y demás materiales necesarios para la construcción de barcos. Esta importancia la mantuvo durante largo tiempo, a pesar de los continuos ataques e incendios cometidos por los piratas. Perderá su importancia tan sólo cuando comienza el tráfico por el Estrecho de Magallanes.

Entre 1779 y 1790, por ejemplo, entraron al puerto 111 barcos de categoría de fragata o superior, y 358 de categoría inferior.

(7) Michael T. Hamerly.— Op. cit.— Pág. 79.

El crecimiento demográfico de Santiago de Guayaquil así como su creciente importancia económica fue de tal magnitud que posiblemente desde la década de 1820 y con toda seguridad en la década de 1830 había desplazado a Santa Ana de los Ríos de Cuenca como la segunda ciudad del Ecuador, por su mayor tamaño y número de habitantes, y a partir de 1880, o tal vez antes, el puerto también superaría demográficamente a San Francisco de Quito. (8)

Posteriormente, y cuando el cacao obtiene mayor demanda internacional, y por ende cuando se incrementa la vinculación del país al mercado mundial, el cacao permite también que Guayaquil logre consolidarse como el centro hegemónico de la economía ecuatoriana, ampliándose además una infraestructura social y de servicios, base indispensable para la concentración costera de las actividades económicas. De tal manera que la concentración de las actividades en la ciudad de Guayaquil es el resultado histórico de la economía exportadora que se inicia durante el régimen colonial.

A más de ello anótase el papel que de intermediario hacía el puerto de Guayaquil entre la Metrópoli española y los espacios geográficos internos. Estas actividades determinaron también que en Guayaquil se localizaran los grupos sociales vinculados a la actividad comercial.

La concentración de actividades en Quito, que las consideramos también como el resultado de un largo proceso histórico con raíces en los inicios de la misma colonia, obedece entre otras razones a las funciones administrativas y políticas que las venía ampliando y concentrando desde esa época, circunstancia que le permitirá captar determinados excedentes que poco a poco le irán dotando de una infraestructura básica de capital, así como de una dinámica autopropulsiva.

El auge de la producción cacaotera hizo posible el apareamiento de extensas zonas cubiertas de plantaciones. Se abrieron nuevas vías de comunicación, en especial para que

(8) Michael T. Hamerly.— Op. cit.— Págs. 69 y 70.

sirvieran a la movilización desde los centros de producción hasta los puertos de embarque del producto.

Los ferrocarriles construidos en la Provincia de El Oro son un fiel reflejo de lo anotado, entre ellos el Puerto Bolívar - Pasaje. Aún más, el mismo Puerto Bolívar fue construido para servir a las zonas productoras de cacao. En efecto, en 1866 se expide un decreto que gravaba con veinte centavos a cada quintal de cacao, y en 1898 se declaró oficialmente habilitado el puerto. Años más tarde se construyó también el ferrocarril Quito - Guayaquil, destinado entre otras cosas a vincular los puntos de mayor tamaño de mercado para activar el intercambio de bienes producidos internamente, y a facilitar la trasvasación poblacional desde la Sierra hacia el Litoral.

La explotación del cacao y otros productos como la caña de azúcar dio también origen al aparecimiento de nuevos centros poblados o a la consolidación de los ya existentes en las inmediaciones de las plantaciones o centros de transformación.

El cacao fue durante mucho tiempo de la vida republicana la riqueza principal del país, y permitió a los propietarios de los cacaotales tener en varias ciudades europeas, entre ellas París, una vida de lujo y de abundancia, así como el mandar a sus hijos a las universidades de Francia, Alemania, Bélgica, donde vivían en la opulencia con la renta de sus haciendas.

El proceso industrial fue realmente precario y sin mayor peso dentro de la actividad económica general. Lo que podríamos denominar industrialización estuvo determinada por la instalación aislada de fábricas textiles, fábricas de cuero y productos alimenticios que generaron, sin embargo, un proletariado urbano cuya participación ulterior será muy visible en una serie de movimientos populares.

A partir de los años 1910 comienza a declinar la participación relativa en el mercado internacional del cacao, a consecuencia del incremento de la producción de otros países y regiones de América —entre los que se destaca Brasil— y Africa.

En el decenio de los veinte sigue declinando la partici-

pación ecuatoriana, debido a la aparición de dos plagas: la "monilla" y la "escoba de la bruja", así como a la violenta caída de los precios en el mercado internacional. Estos hechos condujeron al abandono de los huertos, a la caída consiguiente de las exportaciones que habían llegado a su cúspide en 1915-19, con un promedio de 41.6 mil toneladas anuales, bajando en los años subsiguientes en forma vertiginosa hasta un mínimo de 14.3 mil toneladas anuales en el quinquenio 1940-44.

Al caer las exportaciones de cacao disminuye los ingresos de divisas y caen también las importaciones (harina, manteca, herramientas y telas); cientos de obreros son despedidos de las plantaciones cacaoteras, los mismos que migran fundamentalmente hacia Guayaquil, en busca de oportunidades de trabajo. En esta encontramos una de las causas para la conformación de los suburbios en las áreas periféricas de los centros urbanos costeros.

La crisis del cacao obligó por otro lado, a los agricultores a diversificar sus explotaciones, dando importancia a cultivos como arroz, banano, caña de azúcar, etc., que se vieron alentados por los altos precios imperantes y por una política favorable que se desarrolló. En cierto modo, estos nuevos productos vinieron a llenar el vacío que en las exportaciones había dejado el cacao. Desde la óptica geográfica el cultivo del arroz permitió la incorporación de nuevas zonas productivas, aunque no en la magnitud del cacao.

La región interandina mientras tanto había consolidado su especialización productiva destinada a la producción de bienes orientados al consumo interno, tanto alimenticios como textiles y otros derivados de la artesanía.

A diferencia de las relaciones de producción que comenzaron a implantarse en la Costa, basadas en la libre contratación de la fuerza de trabajo y en la consolidación de relaciones salariales, la Sierra continuaría manteniendo una economía basada en relaciones de tipo servil con una limitada intervención del dinero en sus transacciones económicas, y con un grado de tecnificación notoriamente inferior al de la Costa.

Desde estas épocas se puede vislumbrar ya dos diferen-

tes tipos de desarrollo para cada una de estas regiones naturales, causa inicial y básica para el ulterior desarrollo desigual y desequilibrado entre las regiones integrantes de nuestro país. A más de ello, tanto la Sierra como la Costa comenzaron a desenvolverse alrededor de un centro básico que a través de diferentes formas irán absorbiendo el excedente económico y los recursos poblacionales generados en áreas periféricas, lo que posibilitaría la conversión de Quito y Guayaquil, en mercados dinámicos y, por tanto, con capacidad de atracción de la población de las áreas que poco a poco irán adquiriendo el carácter de rezagadas.

En estas ciudades, convertidas en centros político-administrativos, y en los que se comienzan a decidir y elaborar los programas y proyectos del resto del país o de sus respectivas áreas de influencia, se irán concentrando también la mayor parte de las subsidiarias de empresas extranjeras dedicadas ya a la transformación de materias primas o al comercio internacional. En igual forma, las sucursales de bancos extranjeros, casas de cambio, agencias y representaciones, etc.

A partir de 1954, un nuevo producto permitirá la incorporación de extensas áreas del Litoral ecuatoriano, el banano. Grandes extensiones, antes destinadas al cultivo de cacao y café y tierras vírgenes montañosas serán dominadas y sembradas de banano. Rápidamente los cultivos se extendieron por casi todo el Litoral, desde Esmeraldas hasta El Oro, quedando excluidas únicamente la zona semi-desértica de Manabí y de la Península de Santa Elena.

Desde el punto de vista económico, el banano fue la tabla de salvación del país, no sólo por las divisas que logró generar sino por una gama considerable de efectos inducidos desde el punto de vista de la creación de fuentes de trabajo. Por ejemplo, aceptando que se requiere de dos hombres por hectárea/año para su manejo se podría establecer que no menos de 200 mil familias estuvieron ligadas al proceso agrícola de la producción bananera, sin considerar, desde luego, a los embarcadores, transportadores y personal de administración de todos los sectores interesados en su desarrollo, lo cual eleva considerablemente la cifra anterior.

El cultivo del banano permite verificar también que la tecnología y organización empresarial no se expanden armónicamente en todas las actividades productivas de la economía ecuatoriana, sino sólo en aquellos sectores claves y estratégicos para el desarrollo de los países hegemónicos del sistema capitalista internacional. De lo que resulta también que frente a sectores económicos dotados de alta tecnología y sistemas de organización capitalista, coexisten junto a ellos sistemas de producción con tecnologías que aún no han sobrepasado los más elementales sistemas productivos.

El auge de la exportación del banano, que aproximadamente dura hasta 1964, permitió también la formación de nuevos centros poblados o que adquirieran mayor importancia los ya existentes. Es el caso de las poblaciones de Quevedo, Santo Domingo de los Colorados, Machala, etc.

La movilización de la producción desde las plantaciones hacia los puertos de embarque obligó, por otro lado, al Estado a emprender en la construcción de una extensa red de carreteras como la importante vía Durán-Tambo "que ha habilitado una de las áreas bananeras de mayor importancia en el país, como es la de la zona oriental de la provincia del Guayas en su límite con la provincia de Cañar. Las carreteras de verano que unen la zona norte de Guayas y toda la provincia de Los Ríos, han servido asimismo para alentar la formación de nuevos cultivos".

Desde el punto de vista de la migración interna de la población, el *boom* bananero incentivó a grandes sectores poblacionales serranos a que se trasladaran hacia las plantaciones bananeras, en las que estaban seguros de encontrar mejores condiciones de vida que en sus lugares de origen. Entre 1950 y 1962 la región costera del Ecuador creció a un ritmo de alrededor del 7%, mientras que la región de la Sierra central, en el mismo período, experimentó una disminución del 7,2%. Más aún, de acuerdo a los estudios que actualmente realiza la División de Estudios Regionales de la Junta de Planificación, las tasas de migración netas son negativas para 9 provincias del país, pertenecientes todas a la región serrana, excepto la de Pichincha. Las provincias

de la Costa y del Oriente en cambio tuvieron tasas netas de migración positivas.

Esta situación descrita resulta fácilmente explicable si se considera la mayor dinamia en el crecimiento económico de las provincias costeras, generadas básicamente en la producción del banano. Y fueron precisamente las provincias de mayor producción bananera (Guayas y El Oro) las que atrajeron elevados volúmenes de población, es decir provincias en las que la inmigración superó notablemente a la emigración. Debido a sus elevadas tasas de crecimiento (17 - 22%, respectivamente) han sido consideradas como las provincias de más altas tasas de inmigración del Ecuador, durante el período analizado.

Pero en el caso de la provincia del Guayas, y particularmente Guayaquil, no sólo fue el banano el factor que impulsó la expansión vertiginosa de la población. Lo fue también un relativo proceso de industrialización con tradición colonial, fortalecido quizá en el deseo de aprovechar una demanda potencial de la población que se iba concentrando en dicha ciudad. Igual comentario corresponde hacer en relación a la ciudad de Quito, en la que se destacan también las funciones administrativas ejecutadas desde la época colonial.

Para el año 1955 las provincias de Guayas y Pichincha concentraron el 96% del total de establecimientos industriales y el 78.42% de la mano de obra del sector.

Todos estos factores, a más del atractivo que por sí constituye la ciudad debido a las oportunidades que ella brinda, vinculados a los factores generados del estancamiento económico del resto de provincias y de lo cual es directamente responsable la inadecuada tenencia de la tierra, convirtieron a Quito y Guayaquil en las ciudades de mayor poder de atracción para los inmigrantes. Así por ejemplo, de un total de 330.000 migrantes, las provincias de Pichincha y Guayas albergaron 206.000 personas.

Los efectos de este acelerado proceso migratorio que afectó especialmente a las provincias serranas, entre otras cosas generaron un despoblamiento acelerado del espacio rural, con las consiguientes repercusiones en el sector agropecuario, la conformación de un vasto suburbio especialmente

en la ciudad de Guayaquil, a más de una urbanización acelerada y no planificada, inducida por la concentración de inversiones y de poder que ha saturado la capacidad actual y potencial de la infraestructura de las dos más grandes ciudades del país. La concentración de un mayor volumen de población, en ciudades como Quito y Guayaquil, han determinado a su vez el que se demanden cuantiosas inversiones para mantener y ampliar la capacidad de los servicios urbanos.

Desde el punto de vista de la organización social, estos procesos migratorios restaron también capacidad potencial de superación de dichos centros; efectivamente, los individuos y los grupos más dinámicos y mejor capacitados, ante la falta de oportunidades, abandonaron en forma creciente el campo, las ciudades medianas y pequeñas para dirigirse a los dos grandes centros de desarrollo del país, deviniendo ello a su vez en la pérdida de recursos humanos potenciales más capacitados, quedando dichos conglomerados a merced de los grupos tradicionales y menos dispuestos a la transformación. Esto entre otras cosas nos permite tomar conciencia de por qué en el campo y en las ciudades medianas los cambios sociales son más lentos.

A partir de los años 50 comienza un proceso sostenido de industrialización que se acentúa a partir de la década del 60. Entre los factores que desencadenaron el proceso se puede anotar: la acumulación de excedentes en la época de la guerra mundial y de la guerra de Corea, provenientes de la exportación de materias primas agrícolas que al generar una masa de capitales sin posibilidad de aplicación en la expansión de las actividades agroexportadoras se volcó hacia la construcción de propiedades y la instalación de industrias sencillas. Así el proceso de industrialización comenzará a intensificarse en el grupo de industrias tradicionales y las productoras de materiales de construcción. Por otro lado, la decisión política de promover el desarrollo del país, se concretó en la organización institucional y en el establecimiento de dispositivos legales para orientar el proceso.

Quito y Guayaquil que habían venido montando desde épocas anteriores establecimientos industriales, construyen-

do una infraestructura física y de servicios, así como concentrando población, al acelerarse el proceso de industrialización inician también su proceso de conversión en centros industriales.

A pesar de lo anotado, y dentro del contexto global, la mayor participación del Producto Interno Bruto seguía originándose en el sector primario. Para 1970, por ejemplo, mientras el sector agrícola participó con el 30.5% al P.I.B., el Sector Manufacturero tuvo una participación del 16.8%.

Durante todo este período, el espacio geográfico serrano continuó produciendo bienes y servicios destinados al consumo interno la mayoría de ellos agropecuarios, de baja rentabilidad en relación a los productos agroexportables costosos y a los productos generados en el sector industrial.

Factores de carácter estructural, vinculados al tipo de tenencia y explotación de la tierra determinaron por otra parte, una seria irracionalidad en el uso del espacio geográfico. En efecto, la presencia de una estructura latifundiaría, tanto en la Sierra o por parte de una fuerza de trabajo deseosa de producir bienes, se convirtió en la causa básica para la formación de los "espacios vacíos" por un lado y de zonas sobresaturadas por otro, siendo estas últimas las generadoras de gigantescas migraciones.

De acuerdo a los datos del Censo Agropecuario de 1954 mientras en el Oriente y en la Costa se explotaron, respectivamente, el 1% y el 40% del total de los recursos agropecuarios, en la Sierra, donde está localizado el más grande porcentaje de desocupación del país, la presión sobre la tierra confirmaba un coeficiente de exceso de mano de obra del orden de 2, indicador bastante revelador de que en esta región natural se podría lograr la misma producción casi con la mitad de la población rural actual, lo que duplicaría el ingreso per cápita de los campesinos de la región. (9)

Por otro lado, varias subzonas de la Región Interandina como la austral, por ejemplo, al ir perdiendo su papel dinamizador fueron convirtiéndose en áreas marginadas o apar-

(9) Junta Nacional de Planificación.— Plan Integral de Transformación y Desarrollo, 1973-1977.— Pág. 81.

tadas de la actividad socio-económica del país, y aún espacialmente, o en subzonas dependiente de los 2 polos de desarrollo nacional.

Recapitulando lo hasta aquí expuesto se anota que, la conformación del espacio económico, o en otras palabras la forma por la cual la actividad económica articula el espacio geográfico, es determinado por la forma en que nuestro país avanza en su desarrollo económico y social; por la importancia que para los países metropolitanos va adquiriendo la explotación de los recursos naturales; por la mayor o menor vinculación con otras economías; por la forma en que asume esta vinculación; por los movimientos poblacionales; por la acumulación de capital realizado por los dos grandes centros, ya a partir de actividades de importación y exportación o por la ejecución de actividades administrativas, factor este que aparece como clave en la etapa inicial del proceso de concentración; por su estructura política a nivel interno; etc.

Conviene anotar, finalmente, que la delimitación de las regiones que se va dando en el devenir histórico, no corresponde necesariamente a consideraciones de orden geográfico o cultural, sino más bien "al esquema de distribución espacial de los diferentes grupos sociales y sus respectivos núcleos de poder económico y político. Si bien es cierto que la distribución geográfica de los recursos naturales puede constituir un factor determinante en tal parcelación, es la ubicación y la dinámica de los grupos regionales de poder, lo que constituye el factor decisivo para los efectos del desarrollo". (10)

(10) Rubén Utria.— "Una Política de Desarrollo Regional y Urbano en función de la realidad Latinoamericana, CIADEC".— Págs. 15 y 16.

LA FICCION ANDINA

RENE BAEZ

El Convenio Andino, que cuenta con la participación de Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia y Venezuela, se inscribe en ese orden de políticas concertadas que pretenden resolver el atraso del subcontinente americano preservando las estructuras básicas generadoras del marasmo de nuestros pueblos. En este sentido, el Pacto Andino, como antes la Operación Panamericana o la Alianza para el Progreso, se ha convertido en una caja de resonancia de una retórica insustancial y en una fórmula cuyo sentimentalismo oculta sus falacias e inconsistencias.

La versión andina del integracionismo nace de la parálisis de la ALALC, incluso como medio para disimular su crisis, y es apoyada por los intereses expansionistas de la industria más evolucionada de la subregión, así como por los consorcios multinacionales empeñados en los últimos tiempos en una reorganización del mercado latinoamericano para ampliar sus bases de acumulación de capital y favorecer su venta de tecnología. Agréguese a esto que la propia ALALC y un hipotético Mercado Común Latinoamericano, propuesto desde Washington, constituyen las referencias básicas de la fórmula de unificación subregional, y se tendrá las coordenadas básicas y propósitos implícitos del Contrato de Cartagena.

Los principales instrumentos a través de los cuales se pretende totalizar los países andinos dentro de un nuevo es-

quema productivo son la liberación del comercio (se habla de llegar a una unión aduanera en 1985), y la programación conjunta en las áreas industrial, agrícola y de la infraestructura física, aparte de la armonización de políticas fiscales y de tratamiento al capital externo. Sin embargo, detrás de la apariencia inobjetable de los medios y fines señalados, se atisba su no-correspondencia a las genuinas necesidades de nuestros países y la insuficiencia de los mismos para una real promoción de los habitantes de la zona. Veamos por qué:

La tesis subyacente en el esquema propuesto asume que mutuos desarmes arancelarios de las naciones andinas, proyectados hasta 1980-85, más la programación y complementación de los segmentos industriales, habrían de dar luz verde al proceso sustitutivo de importaciones, al aprovechamiento de economías de escala, a una especialización a nivel subregional y a una más adecuada localización de las plantas industriales, aspirando de este modo a resolver la cuestión del mercado zonal, ampliándolo y robusteciéndolo.

Esta tesis, de *pedigree* cepalino, soslaya algunas importantes cuestiones. Desconoce que la formación del mercado es un asunto complejo, adonde intervienen todas las variables económicas y sociales, que su contextura vertical y horizontal es función del grado de desarrollo (o subdesarrollo) de una economía particular, y que el raquitismo que se observa en los mercados andinos lo único que expresan es que el desarrollo ha sido escaso o, mejor, que no ha existido desarrollo en el sentido de un avance autónomo, ordenado y global de la actividad productiva. Pretender robustecer el mercado zonal actuando en la superficie de las relaciones económicas, es decir, en los estrechos límites de los intereses de la burguesía del área, trasunta una percepción oscura de los problemas contemporáneos de la región y, más precisamente, una ofensiva de desviación de la política económica de sus conflictos esenciales.

Algunos datos de la realidad confirman los anteriores criterios. En Ecuador se estima que el 1% de la población activa percibe el 21% del ingreso total, lo cual determina

desniveles de renta abismales con relación a la enorme masa de asalariados y campesinos. Aproximadamente 1'100.000 personas (un 52% de la población activa) se encuentran "marginadas", en el sentido que no participan como consumidores de manufacturas industriales. La aceleración reciente del proceso de desarrollo anárquico y dependiente del país tenderá necesariamente a agudizar la concentración de la riqueza y constreñir los mercados locales. Esta estructura deformada de la socio-economía nacional no sólo que no será resuelta en la medida que se cumpla la integración de marras, pues el objetivo central de ésta es fusionar los segmentos consumidores de altos ingresos de los distintos países, antes que modificar el perfil de la demanda, extremadamente desigualitaria en razón de la extraordinaria polarización de ingresos.

La *belle époque* petrolera que vive Ecuador ha venido a constituir el marco de acentuamiento antes que de variación de las tendencias arriba descritas. No es casual entonces que la actual dirigencia tecno-militar proponga una Ley de Reforma Agraria que termine como instrumento de fomento agropecuario, o que los "cambios estructurales" lleguen a tener la connotación de "clima de confianza" al capital interno y externo.

Mutatis mutandis ésta es la situación presente en todos los países de la subregión andina. Hablar en este contexto de ampliación del mercado interno ciertamente que supone una contradicción que se explica únicamente por la estrecha concepción de los fenómenos característica del tecnocratismo desarrollista.

Asentamos la tesis de que en tanto la estructura agraria permanezca intocada no habrá ninguna posibilidad de resolver la cuestión del mercado interno dentro de la zona; este punto es la clave del futuro de nuestros países para promover una genuina industrialización, antes que una pretendida fusión de los segmentos industriales, que constituye un objetivo nuclear del Pacto Andino. No se puede esperar que grupos importantes de población se incorporen al consumo de manufacturas si el sector agrícola, la base de la

pirámide productiva, preserva sus vicios y deformaciones que se traducen en alarmantes desniveles de ingreso, subocupación crónica, en suma, un estado de dramática pobreza; en tanto que ridículas minorías presionan por los consumos más ostentosos y extravagantes, consumos socialmente inadecuados que distorsionan al aparato productivo interno y/o determinan una pauta de importaciones de inconveniencia absoluta a los fines de capitalización de nuestras economías.

En referencia a la sustitución de importaciones se ha observado correctamente que bajo condiciones de estancamiento del sector primario, la fabricación interna de bienes reemplaza sólo parcialmente el valor agregado antes generado fuera de la economía, lo cual desencadena un proceso de dependencia a la materia prima extranjera y agota las provisiones de divisas, sin contar que los países subdesarrollados deben pagar una tecnología prestada y de dudosa conveniencia.

Para 1973 las importaciones ecuatorianas de materias primas y productos intermedios para la industria se elevaron a 146.7 millones de dólares, cifra que representa el 42.4% del total de compras del país en ese año. Este coeficiente revela el alto grado de dependencia de la *industria ecuatoriana*, situación que no puede ser modificada en el marco del Acuerdo de Cartagena. Igual se puede decir de la dependencia financiera y tecnológica. La demostración más evidente de este criterio es el reciente Estatuto de la Inversión Extranjera dictado por el gobierno proimperialista chileno, que constituye una fórmula de seducción al capital externo y que provocara tanto escozor entre los restantes países del Pacto, que por su parte tampoco cumplen cabalmente los compromisos que se derivan de la Decisión 24.

En materia comercial el Tratado enfatiza en la eliminación de las barreras arancelarias, lo cual, ciertamente, se compagina con el propósito de convertir a la subregión en una zona de libre comercio como paso previo al establecimiento de una unión aduanera y de un hipotético mercado común que se extendería entre el Río Grande y la Tierra de

Fuego. A este respecto debe puntualizarse que los experimentos anteriores en materia de unificación económica en América Latina, como la ALALC y el Mercado Común Centroamericano, acreditan a su favor desviaciones e incluso aumentos del flujo comercial.

Las exportaciones ecuatorianas que entre 1964 y 1967 crecieron a una tasa media del 0.3%, entre 1968 y 1972 lo hicieron a un ritmo del 21.0%, aceleración imputable en alta medida a la práctica integracionista, particularmente al régimen preferencial acordado para el Ecuador hasta 1975. Sin embargo, la rápida expansión de las exportaciones no debe suscitar una exagerada euforia tanto porque su composición apenas si ha cambiado, manteniéndose un alto peso específico de los productos tradicionales (banano, cacao, café), como porque la estructura productiva, antes que al cambio se orienta a la modernización y porque el pequeño "boom" comercial se realiza independientemente del abastecimiento interno, cuestión naturalmente que no puede entrar en la racionalidad de los negocios privados. Todo esto sugiere que las integraciones de signo capitalista son "arreglos" para afianzamiento de la burguesía dentro de una concepción empresocéntrica de los problemas económicos y completamente al margen de las necesidades básicas y genuinas de las sociedades. Sobre esta base resulta ilusorio pensar en una solidaridad de largo plazo; al contrario, más temprano que tarde el Pacto Andino tendrá que someterse al fuego cruzado de grupos empresarios que desde sus propias trincheras nacionales pondrán en cuestión al Acuerdo en defensa de sus propios "mercaditos".

Hablemos sobre la programación conjunta. La pretensión de planificar la economía andina como un todo, manteniendo internamente las estructuras capitalistas del subdesarrollo y sus concomitantes deformaciones supraestructurales, revela que la tecnocracia no ha querido asimilar la escandalosa quiebra de sus famosos *planes indicativos* que mostró patéticamente la incapacidad de los aparatos estatales de América Latina para disciplinar sus fines y medios, así como su escaso poder de persuasión frente a la em-

presa privada. La insistencia en los "programas flexibles" revela sobre todo el difusionismo del ideario desarrollista, concepción economicista y tecnocrática de los fenómenos sociales que en los tiempos que corren moviliza hasta a la reacción más recalcitrante.

Aspirar a someter la anarquía implícita de la *libre empresa* conjugando los propios elementos en que se sustenta su irracionalismo resulta un proyecto de utopía y/o ingenuidad, algo semejante a poner la carreta delante de los bueyes.

Pretender una elevación de capacidades ejecutivas en espacios más amplios y diversificados, donde necesariamente nuevas fuerzas policéntricas y antagonismos tienen que aparecer a la escena, refleja la ausencia de objetividad y un complaciente autoengaño de los grupos dominantes de la región y subregión. El principio de la soberanía nacional, atributo que ningún Estado parece dispuesto a renunciar, asoma como una valla insalvable para la adopción de decisiones comunes fundamentales en materia de política económica. La suerte de la Decisión 24 es un buen ejemplo. Igualmente la imposibilidad última de llegar a un acuerdo sobre el sector automotriz. Detrás de las bambalinas de lo formal y lo legal está el duro interés de los grupos económicos recubierto de *interés nacional*.

La unidad operativa que persigue el Tratado corresponde sí a un espacio geográfico y demográfico, implicado en un contexto de soberanías formales, pero no contempla que las principales decisiones, capitales y tecnologías son manipuladas desde fuera del área limitando la personalidad individual y colectiva de nuestros países. De otro lado, las heterogeneidades económicas y culturales que se percibe dentro de la zona, a consecuencia de un largo ciclo de aislamientos recíprocos e incluso de disputas bélicas forjadas por los grupos dominantes, obstruyen las rutas de una unificación comandada por fuerzas políticas más o menos ilegítimas.

El integracionismo propuesto proyecta una imagen falsa de los conflictos de la época, una frágil solidaridad en la cumbre, vulnerable a los embates chauvinistas y nacionalis-

tas de los propios grupos dominantes, y, por consiguiente, incapaz de inspirar la adhesión de la comunidad. Casi nada se puede esperar de un unionismo de "alto nivel" que aspira reproducir modelos de crecimiento capitalista en áreas y circunstancias donde tal sistema aparece como una formidable barrera para el progreso.

El Pacto Andino se explica a sí mismo de modo circunstancial, como una simple opción protocolaria concretizada con múltiples reservas mentales de gobiernos y empresarios; su existencia no corresponde a un proyecto histórico definido y viable; no exhibe una imagen política y/o económica atractiva al interés popular. Hablar de que "seremos 60 millones de consumidores" resulta ininteligible para los enormes contingentes de desocupados y subocupados del campo y la ciudad, cuya suerte está trágicamente marcada por relaciones de subordinación y envilecimiento.

Así, pues, en un marco en que ni los medios ni los fines corresponden a una verdadera unidad de los países de esta parte del continente, no resulta aventurado presagiar al proyecto en ciería una muy pronta erosión, aunque posiblemente, como la ALALC, siguiendo la conocida Ley de Parkinson, pueda seguir existiendo después del incumplimiento de sus propósitos salvacionistas. Y éste es un peligro real: el Pacto Andino, como otros mitos del pasado, proyectado a nivel de las palabras puede seguir sembrando la confusión y la esperanza en las mentes ingenuizadas por la propaganda defensiva del statu-quo.

La verdadera integración latinoamericana no será la obra de fabricantes y mercaderes, menos aún de tecnócratas alienados, será un proceso de "abajo hacia arriba", en la marcha de los pueblos para romper todas las formas de dominación social y cuando los hombres del continente no sean más las víctimas propiciatorias de la historia sino que conscientemente construyan con sus manos su propio destino.

DOCUMENTOS

LA DICTADURA MILITAR FASCISTA DE CHILE

MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

Nos hemos reunido en esta grande y multitudinaria asamblea nacional, con el objeto de condenar, una vez más, ante el Ecuador, América y el mundo, el golpe fascista que derrocara, cobarde y traidoramente, al Gobierno constitucional y popular de Salvador Allende, el 11 de septiembre de 1973; recordar y exaltar su muerte heroica y la de cientos de dirigentes de los partidos que conformaban la Unidad Popular; a los miles de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, que fueron asesinados en las fábricas, en las minas, en las poblaciones, en las universidades, en el campo, en las calles y plazas, en el más monstruoso genocidio que ha conocido la historia de América Latina; a los que mueren diariamente, en medio de inhumanas torturas, en los campos de concentración; y para unirnos también con nuestro espíritu a los hombres y mujeres de Chile, al pueblo chileno, que ha comenzado su resistencia contra la negra bestia fascista de Pinochet y más generales de la traición. Le queremos decir al compañero Allende y a todos los compa-

(*) Discurso en el Acto de Solidaridad con Chile realizado en la Casa del Obrero, el 11 de Septiembre de 1974. Versión abreviada.

ñeros caídos, encarcelados, torturados, que su sangre y su dolor no será en vano; que su ejemplo está cavando cada día más hondo en la conciencia de los pueblos de nuestro Continente; que procuraremos ser dignos del legado revolucionario que nos dejaron como patrimonio; que ellos escribieron las primeras páginas de la historia y nuestros pueblos escribirán el resto; que se abrirán las alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor, la sociedad socialista.

CHILE EN AMERICA

Y es que el caso de Chile no es algo aislado, ajeno, que haya que mirarlo desde fuera y como simples espectadores, sino que es una cosa nuestra, que nos duele íntimamente, que nos traspasa y nos desgarrar. El cuerpo destrozado de Chile es nuestro propio cuerpo; la sangre que mana de las venas abiertas de Chile es nuestra propia sangre; el salvajismo que borrara todos los derechos humanos y hiere lo más íntimo de la dignidad humana, lastima nuestra propia dignidad de hombres. La lucha que se realiza en América Latina entre el imperialismo y sus secuaces las oligarquías nativas y las grandes masas trabajadoras, no es de carácter nacional sino continental; la lucha de clases que alcanzara su más alta expresión en Chile, es latinoamericana y mundial; hoy que los grandes pulpos de las empresas multinacionales o supranacionales, extienden y entretejen sus tentáculos para estrangular al mundo, es la hora que el proletariado latinoamericano y mundial, practique más que nunca el internacionalismo proletario. Hoy se juega en todas partes y sobre todo en América Latina la ineludible alternativa: revolución o contrarrevolución, fascismo o socialismo. Y no hay manera de quedarse neutral ni colocarse en el centro, en medio, porque se cae en la traición.

LA MENTIRA FASCISTA TRATA DE JUSTIFICAR EL GOLPE DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Desde el golpe del 11 de Septiembre, que constituye una de las fechas más nefastas de la historia de Chile y su pá-

gina más sangrienta, tanto la Junta Militar fascista, como las agencias noticiosas proimperialistas y toda la canalla reaccionaria, han tratado en vano de buscar alguna justificación a tal hecho, condenado por la conciencia universal. Se ha hablado, en todos los tonos, del fracaso de la gestión económica de la Unidad Popular, de la anarquía y el caos; se ha hablado del “totalitarismo comunista” que Allende trataba de imponer en Chile y el famoso Plan Z, por el cual se intentaba asesinar a todos los generales del Ejército. En esta breve intervención deseamos dejar, una vez por todas, en claro la verdad de los hechos, continuamente mistificados y tergiversados por los discípulos de Goebbels.

LA ETAPA CONSTRUCTIVA Y EL TERRORISMO ECONOMICO DE LA REACCION

El 4 de Septiembre de 1970, un pueblo unido, de una larga y fuerte tradición democrática, triunfó en las elecciones y elevó a la Presidencia de la República a un marxista declarado, al socialista compañero Salvador Allende. Dentro del mismo marco constitucional y legal, se inició la realización del programa de la Unidad Popular, nacionalizando la gran minería y sobre todo el cobre en manos de las grandes empresas supranacionales como la Anaconda y la Kennecott, que se habían llevado del país cuatro mil millones de dólares, mientras su inversión inicial no pasaba de treinta millones, como lo dijera Allende en la ONU, explotando al máximo las riquezas naturales y a los trabajadores chilenos; igual cosa sucedió con la ITT, que tiene prendidas sus garras en noventa países, explota medio millón de trabajadores y cuyos ingresos son mayores que la renta nacional de Chile; se estatizaron numerosos bancos monopolizadores del crédito y que estrangulaban la economía chilena, así como algunas industrias monopolistas y estratégicas, que pasaron a formar parte de la área social; se profundizó la reforma agraria, destruyendo los latifundios y entregando en poco tiempo más tierras a los campesinos que durante todo el período de Frei. La tasa de crecimiento económico subió considerablemente junto con la redistribución del ingreso; el

salario real aumento mientras se controlaban los precios; la carne y la leche, sobre todo para los niños, llegó a los hogares populares; las conquistas sociales se ahondaron y ampliaron; la esperanza y la alegría iluminaron las caras de los hombres y mujeres de Chile, que habían comenzado a construir su propio destino.

No fue el fracaso de la gestión económica de la Unidad Popular, ni la anarquía y el caos, los que prepararon el golpe del 11 de Septiembre, sino precisamente lo contrario, su éxito inicial. En primer lugar, hay que anotar que no se trataba de una economía socialista, como ha querido decirse, sino de una gestión dentro de los marcos capitalistas, que intentaba abrir cierta vía hacia el socialismo, con la organización del área social. En segundo lugar, fue el terrorismo económico de la reacción el que se impuso desorganizar y sabotear la economía: fuga de capitales al extranjero sembrando el pánico económico; la resistencia a la inversión con el fin de paralizar las actividades productivas; acaparamiento de los bienes de consumo para producir la escasez artificial y el mercado negro, trasladando los capitales al campo de la especulación para obtener ganancias inverosímiles; aprobación por el Congreso de presupuestos desfinanciados, etc., etc. Desde el exterior, se restringen o mejor suprimen los créditos, sobre todo desde que Allende, autorizado por el Congreso, se niega pagar indemnizaciones a la Anaconda, Kennecott, por ganancias indebidas que pasaban del 50%, lo que determina que Nixon disponga directamente la negativa de todo préstamo a los bancos internacionales y privados. A esto se agrega la caída del precio del cobre, debido a las mismas maniobras imperialistas, lo que significa un grave golpe a la economía chilena. No fue, como hemos dicho la gestión económica de la Unidad Popular la que desorganizó la economía y produjo la inflación, sino el bloqueo y el sabotaje permanente, que aunque un tanto sofisticado, es tan duro y cruel como el que se impusiera al pueblo cubano. Naturalmente, este terrorismo económico no sólo tenía por objeto destruir la nueva estructura económica sino desconcertar y desviar a los sectores medios que respaldaban a la Unidad Popular, hacia la oposición y la reacción.

EL TERRORISMO POLITICO

No hay ni siquiera que hablar de la doble farsa del "totalitarismo comunista" ni el "Plan Z". Jamás hubo un Gobierno en el que las libertades y los principios democráticos fueran más completos, como el de Allende. No hubieron presos políticos, ni torturas, ni asesinatos, ni destierros como ahora. Se respetó al máximo la vida y la dignidad del hombre. Los medios de comunicación jamás fueron limitados en su permanente campaña de calumnia e insultos contra el Presidente y sus colaboradores. Precisamente, este respeto absoluto a la legalidad, por la cual inclusive dio su vida Allende fue su talón de Aquiles. El mantenerla mientras el enemigo había pasado a la insurrección, al empleo de la violencia contrarrevolucionaria, abrió vía ancha al golpe fascista del 11 de Septiembre. En cuanto al Plan Z sólo es producto de la mente terrorista profesional de la CIA; pues a la sombra de una solapada Ley de Requisición de Armas, los militares golpistas pudieron constatar que los trabajadores se hallaban desarmados. Por eso pudieron imponer su monstruoso genocidio con absoluta impunidad.

LAS VERDADERAS CAUSAS DEL GOLPE

Nadie puede dudar de las verdaderas causas del golpe fascista del 11 de Septiembre: la defensa de la llamada "sagrada propiedad" de las grandes empresas monopolistas internacionales y nacionales, de los privilegios de la gran burguesía foránea y nativa; el desafío al poderoso imperio norteamericano, al que todos deben inclinarse y someterse. Cómo podía un pueblo pequeño, perdido entre los Andes, oponerse al coloso dominador, dueño y señor de nuestros destinos? Cuba, había utilizado y con razón, la violencia. Ahora el pueblo chileno le estaba ganando la partida al imperialismo, utilizando el mismo juego democrático. Y esto no podía tolerarse. Fue el imperialismo norteamericano, las compañías multinacionales, el Pentágono, la CIA, Nixon, Kissinger, los que organizaron y dieron el golpe fascista. No fue un azar que parte de la armada norteamericana estuviera en

los mares de Chile ni que los aviadores acróbatas bombardearan La Moneda. Las Fuerzas Armadas chilenas no han sido sino un instrumento en manos del Coloso del Norte. Este, al comienzo, enviaba directamente a sus marines; luego comprendió que le resultaba mejor y menos costoso, organizar, armar y entrenar a los ejércitos latinoamericanos, a fin de transformarlos en instrumentos de sus tropelías. La Junta Interamericana de Defensa no es otra cosa que la integración de los ejércitos latinoamericanos a la estructura del Pentágono. Los tales jefes supremos militares como el de Chile, no son otra cosa que sirvientes, lacayos y esbirros del imperialismo. No hay que olvidar el Informe de Rockefeller, enviado por Nixon a tomar el pulso al volcán revolucionario de América Latina y sus consejos acerca de la utilización de los militares latinoamericanos, como la única fuerza idónea para mantener el statu-quo, el dominio indiscutible del imperio sobre nuestro Continente.

EL FASCISMO SE EXTIENDE EN AMERICA LATINA COMO UNA GRAN MANCHA DE SANGRE

El fascismo que se extiende en la América Latina como una gran mancha de sangre, no es una simple frase retórica sino una realidad. El ascenso del fascismo europeo fue el producto de la crisis mundial del sistema capitalista luego de la primera guerra y una respuesta a la revolución socialista rusa y el despertar de las masas trabajadoras agudizado por las crisis del 29-33. El fascismo actual es una nueva respuesta del imperialismo, especialmente norteamericano a una nueva y permanente crisis de la economía y el estado burgués democrático. El formidable crecimiento técnico científico, lo que se llama la revolución científico-técnica, con el desarrollo de las fuerzas productivas, ha engendrado nuevas formas empresariales como las supranacionales, a las que nos hemos referido. Esto ha conducido a una mayor contradicción entre la socialización cada vez más acentuada de la producción y la apropiación privada de los medios de producción y sus productos. Esta crisis ha traído en los Estados Unidos, la baja del dólar, la inflación incontrolable, la des-

ocupación, la negación de los valores democráticos y morales como en el caso de Watergate, etc.

Esta crisis mundial ha repercutido más duramente en la América Latina: baja producción y disminución de la tasa de crecimiento; una mayor desigualdad en la distribución de los ingresos; una inflación ascendente que produce la inseguridad de los trabajadores; bajo consumo de energías, enfermedad, miseria, analfabetismo. En lo político, la crisis del Estado oligárquico, la frustración del Estado burgués moderno y la marcha hacia un Estado corporativo. En lo social, la acentuación de la lucha de clases, que se expresa en continuas huelgas, en las luchas estudiantiles y más de carácter popular.

EL FASCISMO, RESPUESTA DEL IMPERIALISMO EN CRISIS AL ASCENSO DE LAS MASAS TRABAJADORAS Y EL SOCIALISMO

Después de la revolución socialista cubana, que inicia una nueva etapa en la historia de América Latina; luego del fracaso del populismo; del desarrollismo de Alianza para el Progreso, que se plantea como alternativa al socialismo; y de algunos intentos de tecnocratismo militar nacionalista y burgués, no le queda al imperialismo y la reacción nacional e internacional, otro recurso que utilizar el fascismo. El fascismo es la respuesta del imperialismo en crisis al ascenso de las masas trabajadoras y el socialismo.

El fascismo comienza su acción y su expansión desde el Brasil, con el derrocamiento del Gobierno de Goulard y la organización de un nuevo orden que consiste en abrir las puertas de par en par a los capitales norteamericanos y presentar su desarrollo en tierra brasileña, como un modelo de desarrollismo para América Latina. Cuando las masas bolivianas tratan de organizar una Asamblea del Pueblo, una especie de poder popular, derrocan a Torres, quien había pronunciado, además, algunas palabras imprudentes en una reunión de la JID, y exaltan al fascista Banzer. Igual cosa acontece en el Uruguay. Actualmente el fascismo brasileño se halla empeñado en lanzar a los sectores militares fascis-

tas de Argentina a dar un nuevo golpe y lo mismo tratan de hacer en el Perú y el Ecuador, donde el Gobierno parece abrirse hacia la derecha fascista.

EL FASCISMO EN CHILE Y EL ROSTRO DEMENCIAL DE HITLER

En Chile el fascismo ha tomado sus características más precisas y definidas, por sus antecedentes concretos que nunca dejaron de existir. En la época del nazismo hitleriano ya miles de chilenos pardos formaban una colonia nazista, muchos de los cuales eran grandes terratenientes, empresarios industriales y habían penetrado en los altos puestos del Ejército. Cuando la derrota del nazismo en Alemania, inclusive altos jerarcas vinieron a radicarse en Chile. Hoy los principales dirigentes de la Junta Militar chilena provienen de estos chilenos pardos. Son numerosos para citarlos. Basta con el nombre del General Pablo Schaffhauser, que para vergüenza y escarnio se halla de Embajador en nuestro País, donde está empeñado en la organización de las fuerzas fascistas ecuatorianas. Este nazista debe ser expulsado del Ecuador por extranjero pernicioso y con ello romper las relaciones con el Gobierno fascista de Chile. Por lo demás, quien lea los discursos, los decretos, las declaraciones de la Junta Militar fascista chilena, puede encontrar que son la copia fiel de lo que dijera e hiciera el nazismo. Allí está vivo el rostro demencial de Hitler.

LAS DICTADURAS MILITARES FASCISTAS ACTUALES SON CUALITATIVAMENTE DIFERENTES DE LAS TRADICIONALES EN AMERICA LATINA

Es cierto que el fascismo no es totalmente nuevo en nuestra América Latina; pues mucho de ello hay en esos tiranos dementes y genocidas como Juan Vicente Gómez, los Trujillo, Somoza, Batista; pero no hay que confundirlos con las dictaduras fascistas actuales, que son cualitativamente distintas. Ya hemos hablado de las condiciones económico-sociales que las determinan. En una conferencia dictada al

efecto, he hecho un análisis detenido. Basta recordar ahora que la dictadura totalitaria fascista tiene como instrumento fundamental el genocidio; su odio mortal contra los trabajadores, a los que trata de esclavizar y subyugar, reduciendo sus salarios para beneficio del gran capital; el odio a las clases y la lucha de clases, que trata de escamotear con la lucha de razas y la organización de las corporaciones en las que se mete en el mismo saco a los patronos y trabajadores, que es lo que se está haciendo en aquellos países citados, o sea la organización del estado corporativo; su odio brutal al marxismo, al socialismo y comunismo; su repudio y destrucción de la cultura como ha sucedido en Chile con el incendio de libros en las bibliotecas y las calles y plazas y el asesinato de intelectuales y entre ellos el gran poeta Pablo Neruda.

LA RESISTENCIA

Pero frente al fascismo se levanta la resistencia que comienza en el mismo momento en que Allende armado de un fusil-ametralladora, se enfrentó a los generales de la traición y cuyo testamento fue cambiar el voto por el fusil, dándonos ejemplo de cómo hay que luchar contra el fascismo; la resistencia comenzó cuando los fusilados morían cantando y vivando a la revolución como Víctor Jara; cuando en las fábricas los obreros desarmados se enfrentaban a los sayones; cuando se cantara La Internacional en el entierro de Neruda; cuando en las poblaciones las mujeres chilenas morían levantando los puños contra los aviones asesinos. La resistencia crece en Chile en todo lugar y en todas partes. Los trabajadores que en un momento determinado fueron los creadores originales de un poder popular con la organización de los cordones industriales, las comunas populares, hoy están desarrollando nuevos mecanismos necesarios para la lucha y la resistencia antifascista. Las masas, esta fuerza poderosa ha comenzado a actuar, a moverse subterráneamente, llenando de pavor a los "valientes" generales de la traición. El pueblo ha sido desangrado, pero no vencido. Ha comenzado una nueva etapa de lucha. Ahora se inicia en Chile la verdadera revolución. El golpe fascista del 11 de

Septiembre ha destruido algunos mitos aclarando la conciencia de los trabajadores chilenos y de todo el Continente: el mito de la democracia burguesa representativa, que la burguesía nacional e internacional arroja como un trapo sucio cuando ya no sirve para cubrir sus intereses y sus privilegios; el mito de la burguesía progresista y antimperialista; de los ejércitos neutrales y la "vía pacífica" que ha terminado en un lago de sangre. El proletariado latinoamericano y chileno, saben que ya no existen sino dos salidas: FASCISMO O SOCIALISMO.

Pero el fascismo está condenado de antemano, por más sangre y violencia que desencadene, por las leyes mismas de la historia. El porvenir se halla encarnado en las masas trabajadoras y será un porvenir socialista. Cuando el fascismo es barrido de sus últimos reductos en el viejo continente como en Portugal y Grecia, no se lo puede implantar en la América Latina, por más que el imperialismo utilice todos sus medios. El fascismo será vencido. No pasará.

NUESTRAS TAREAS EN LA RESISTENCIA

Pero nosotros tenemos también una obligación y un deber que cumplir. La resistencia no ha de ser sólo chilena sino latinoamericana y ecuatoriana. Tenemos que luchar contra el imperialismo especialmente norteamericano; contra las compañías supranacionales que explotan nuestros recursos naturales y se llevan nuestro petróleo, que es la sangre y el sudor de los trabajadores ecuatorianos, contra el ala fascista de las Fuerzas Armadas; contra los grupos nazistas, los S.S., que con sus capas rojas y negras se agrupan en Tradición, Familia y Propiedad, las Brigadas Anticomunistas del Ecuador (BAJ) y más grupos nacional-socialistas que trabajan en conexión con los fascistas de Chile y el Brasil.

LA NECESARIA UNIDAD DE LA IZQUIERDA

Y EL PUEBLO

Es indispensable borrar, en lo posible, nuestras discrepancias y diferencias, para identificarnos en el objetivo esencial: combatir, derrotar y destruir al fascismo. Obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, hombres libres laicos y religiosos, como el Obispo de Riobamba que ha venido a prestar su respaldo a la causa de Chile, todos debemos unirnos como una sola voluntad de lucha y de triunfo. No hay que olvidar que el fascismo no establece diferencias ni matices cuando hay que encarcelar, torturar y asesinar. Chile y el socialismo vencerán.

LA CRISIS PETROLERA^(*)

INTRODUCCION

Fue aproximadamente por el año 1970 cuando la prensa norteamericana comenzó a pregonar la especie de que una crisis energética se cernía sobre el país. Tres años más tarde la crisis energética es un hecho de proporciones mundiales, que se revela de una gravedad jamás sospechada ni por los analistas burgueses más pesimistas de 1970. Es más, de mero fenómeno económico cuyos efectos debían circunscribirse a los Estados Unidos, la crisis no sólo se convirtió en problema de índole internacional, sino que ha llegado a adquirir un agudo carácter político. Como resulta claro para cualquier observador, *se trata ni más ni menos que de una crisis del sistema imperialista mundial mismo*. Como consecuencia de este desequilibrio, un puñado de países atrasados, privilegiados por la naturaleza, y organizados en la OPEP, usufructúan de una renta petrolera anual cuya cuantía rebasa todos los límites imaginables hace apenas un año. En el total —nos basamos en los precios actuales del crudo—, esta renta puede estimarse cercana a los cien mil millones de dólares estadounidenses. No es de extrañar que esta suma astronómica en manos de una decena de Estados dependientes llegue a afectar seriamente el “equilibrio” imperialista existente...

Antes de entrar en el análisis de la situación, he aquí un cuadro que pone en evidencia la importancia que para 1972 asumía la renta petrolera en los diferentes países afiliados a la OPEP:

(*) Edición Especial de Ruptura, agosto de 1974, Caracas, Venezuela.

| Países miembros de la OPEP | Renta petrolera 1) estimada para 1974 en millones de Bs. | Poblac. en miles de personas en 1972 | Renta per cápita en bolívares | Ingreso Ncnal. 1969 a precios corrientes en millones de Bs. | Renta estimada 1974 como porcentaje ingreso nacional, 1969 |
|----------------------------|--|--------------------------------------|-------------------------------|---|--|
| Abu Dhabi | 12.391 | 150 | 82.607 | s.d. 3) | s.d. |
| Argelia | 12.539 | 15.220 | 824 | 14.660 | 86% |
| Indonesia | 12.732 | 128.690 | 99 | 30.238 | 42% |
| Irán | 59.290 | 30.820 | 1.924 | 30.799 4) | 193% |
| Iraq | 17.298 | 10.074 | 1.717 | 9.959 | 174% |
| Kuwait | 38.751 | 800 | 48.439 | 9.464 | 409% |
| Libia | 26.433 | 2.084 | 12.684 | 10.961 | 241% |
| Nigeria | 21.432 | 69.253 | 309 | 25.314 | 85% |
| Qatar | 5.694 | 170 | 33.494 | s.d. | s.d. |
| Arabia Saudita | 70.969 | 8.000 | 8.871 | 10.552 | 673% |
| Venezuela | 39.900 2) | 11.173 | 3.571 | 34.989 | 114% |

Fuente para la producción anual, población y el ingreso nacional: OPEP, "Annual Statistical Bulletin 1972", Viena 1972.

- 1) Estimación nuestra tomando la producción de 1972, una renta por barril de 7.50 dólares y un tipo de cambio de 1.00 dólar — Bs. 4.30
- 2) Estimación dada por el Ministerio de Hacienda.
- 3) Estimación nuestra a base del producto nacional bruto, deduciendo un 15% por depreciación, amortización, etc.
- 4) Promedio aritmético de los años 1968 y 1970.

Nota: El ingreso nacional incluye naturalmente la renta petrolera.

El cuadro precedente, no obstante haber sido elaborado con métodos estadísticos sumamente primitivos, nos demuestra en forma irrefutable que en todos los países petroleros —y no sólo en Kuwait, Abu Dhabi o Qatar— la renta petrolera ha llegado a adquirir hoy un peso aplastante dentro de las economías nacionales.

La verdadera explosión de la renta petrolera que actualmente están viviendo esos estados, ha creado en todos ellos una excepcional situación económica como jamás haya conocido la historia. En ninguno de estos países, pues, podrán los revolucionarios prescindir del estudio atento y penetrante de la realidad actual en general, y en particular del imperialismo petrolero, so pena de incurrir en errores garrafales, tanto a nivel teórico como en la labor práctica diaria.

¿Cómo se nos presenta la situación en los países importadores de petróleo? Veamos el ejemplo del más desarrollado e importante entre ellos: el Japón. En 1971 (según el MMH, PODE 1971, p. 187) este país importó un total de 1.600 millones de barriles. De allí se desprende que en virtud de los aumentos en los precios habidos en 1973 (de alrededor de US. \$ 5,00 por barril en el Golfo Pérsico), por esa misma cantidad el Japón se verá obligado a pagar en 1974 no menos de treinta y cuatro mil cuatrocientos millones de bolívares adicionales, o sea, cerca de 340 bolívares por habitante más que el año anterior.

Dado que el grueso de la producción petrolera constituye un consumo de primera necesidad para la clase obrera —la energía está presente prácticamente en todos los productos de consumo general— el aumento del costo del petróleo recae directa y principalmente sobre las espaldas del proletariado. Resultado: la agudización inevitable de la lucha de clases en los países industrializados, ya que sólo conquistando un aumento considerable de salarios podrá la clase obrera mantener su actual nivel de vida e impedir que éste caiga, mientras que a la clase capitalista, por su parte, de no hacer descender el nivel de vida de los trabajadores, no le quedará otra alternativa que ver bajar su propia cuota de ganancia... Se encuentran enfrentados, pues, obreros

contra capitalistas en una lucha que habrá de decidir quién de los dos pagará la cuenta resultante del alza espectacular de los precios del petróleo provocada por el imperialismo petrolero en alianza con la OPEP.

Naturalmente, la situación es similar —y peor— para los países atrasados que a la vez son importantes importadores de petróleo: el Brasil, por ejemplo. De todo esto se desprende claramente el gran interés inmediato que cobra la crisis energética, prácticamente, para todos los revolucionarios del mundo.

1) *LA LEY DEL VALOR EN LA PRODUCCION PETROLERA*

Según la teoría marxista, el valor de una mercancía consiste en la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirla. El concepto de “socialmente necesario” implica que el trabajo se realiza: 1) con una habilidad normal; 2) con una intensidad usual; y 3) empleando la tecnología generalmente prevaleciente.

Ahora bien, en la producción petrolera —y asimismo en la agricultura y la minería en general— estos tres factores no son suficientes para determinar la productividad del trabajo. En el petróleo —por tratarse no de una industria de transformación sino de una industria extractiva, en intercambio directo con la naturaleza misma—, la productividad depende además de las condiciones naturales. Una misma cantidad de trabajo genera cantidades diferentes de petróleo según la fertilidad de los distintos yacimientos. Tomemos un ejemplo sencillo. Supongamos que en una sociedad dada se producen y se consumen cien barriles diarios, de manera que:

50 barriles se producen con 2 horas de trabajo cada uno; total: 100 horas.

40 barriles se producen con 5 horas de trabajo cada uno; total: 200 horas.

10 barriles se producen con 10 horas de trabajo cada uno; total: 100 horas.

100 barriles se producen con un trabajo total de...
400 horas.

Estamos suponiendo, por supuesto, que las diferencias de productividad observadas obedecen exclusivamente a las circunstancias naturales; a las diferencias de fertilidad natural entre los yacimientos explotados, y no a un trabajo deficiente. Por otra parte, no debe extrañarnos el hecho de que para producir los 100 b/d. no se exploten solamente los yacimientos más ricos: es que éstos (los más ricos) escasean, de modo que para satisfacer la demanda se hace necesario explotar yacimientos de inferior calidad.

Tenemos así que con 400 horas de trabajo realizado se producen 100 barriles; o sea como promedio se produce un barril por cuatro horas de trabajo. *Esto puede dar la idea de que el valor social de un barril de petróleo sea igual a cuatro horas, pero nada más falso.*

Concretamente, nuestra sociedad es una sociedad capitalista, de producción e intercambio individual. A fin de mantener el ejemplo lo más sencillo posible, supongamos que sólo al vender el capitalista el petróleo a su valor individual, o sea, al venderlo a un precio por lo menos equivalente al trabajo que representa específicamente el petróleo producido por él, solamente entonces puede realizar una ganancia media y satisfactoria. Entonces, si el valor social fuera de 4 h/b., los capitalistas productores de los yacimientos más pobres dejarían inmediatamente de producir, al no lograr una ganancia media, o, incluso, al incurrir en pérdidas. Por el contrario, de necesitar la sociedad una producción diaria de 100 barriles, resultará necesaria la explotación hasta del yacimiento más pobre, que no genera sino un barril por 10 horas de trabajo, *constituyendo así estas diez horas de trabajo por barril lo que ya hemos denominado "trabajo socialmente necesario"*.

Como quiera que en el mercado una mercancía no puede tener sino un solo valor, en el caso nuestro el valor social de un barril de petróleo tiene que ser de 10 h. Sólo procediendo según esta lógica puede asegurarse, en condiciones

propiamente capitalistas, la producción de los 10 últimos barriles necesarios para satisfacer la demanda existente. Por consiguiente, el valor social de la producción total es de 1.000 h., mientras que el trabajo real que ésta encierra es de... 400 h. Tal es la consecuencia de la ley del valor en la producción petrolera capitalista. Dados el tipo de producción prevaleciente y el intercambio individual de las mercancías, la sociedad en su conjunto estará obligada a pagar un precio 2,4 veces mayor al valor del trabajo real que encierra el petróleo producido en nuestro ejemplo. Muy diferente sería la situación en una sociedad organizada, socialista, en la que el valor del mismo producto sería de 400 h.: correspondería justamente al trabajo real, ni más ni menos.

Una conclusión se desprende: en la producción petrolera de la sociedad capitalista se crea una plusvalía extraordinaria —en nuestro ejemplo de 600 h.— que se apropian, o bien los capitalistas productores de los mejores yacimientos, en forma de ganancia extraordinaria; o bien los terratenientes, propietarios de los yacimientos, en la forma de renta del suelo; o bien ambos a la vez, para luego repartírsela entre sí. (Ver Carlos Marx, *El Capital*, vol. III, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, p. 614).

Esta plusvalía extraordinaria no se da generalmente en la industria de transformación, ya que la productividad depende exclusivamente del capital. Sólo en momentos excepcionales, al ser introducidas innovaciones tecnológicas, es posible que ella aparezca. En tal circunstancia, sin embargo, por existir la competencia, todos los demás capitales se verán obligados a introducir ellos también innovaciones similares, con el efecto de que la plusvalía extraordinaria desaparecerá con mayor o menor prontitud. En los casos de la agricultura y la minería, y particularmente de la producción petrolera, sí existe, por el contrario, una creación permanente de plusvalía extraordinaria.

2) *EL CONTROL ESTATAL DE LA PRODUCCION EN ESTADOS UNIDOS*

En los EE. UU., es el capital petrolero y no el terrateniente el que se apropia en su mayor parte la plusvalía

extraordinaria. Al pasar a la fase monopolista, el capital petrolero supo aprovechar la situación particular existente en la industria (la presencia de una plusvalía extraordinaria) y procedió según una política que podemos describir como de maximización de la ganancia extraordinaria y que es muy peculiar al imperialismo petrolero.

En 1934, los monopolios petroleros —las diversas compañías Standard Oil, Texaco, Gulf, etc.— lograron imponer un control de la producción a través del Estado. Desde entonces hasta hoy, cada vez que se ha presentado una situación de sobreproducción, restringen la producción, *pero nunca eliminando la más costosa, ya que ello implicaría una baja del valor, sino restringiendo la de los yacimientos más productivos. A la inversa, al aumentar de nuevo la demanda, mantienen limitada la producción más barata a fin de forzar la explotación de yacimientos cada vez menos productivos y aumentar, por lo tanto, el valor social del petróleo.*

Regresando a nuestro ejemplo, supongamos ahora que por maniobra de los monopolios, la producción en el yacimiento más rico se ha restringido de 50 b/d. a 45 b/d.; en el segundo, de 45 b/d. a 35 b/d., manteniéndose la del yacimiento más pobre en 10 b/d. y habiendo entrado a producir 10 b/d. un yacimiento aún peor. La situación sería entonces la siguiente:

45 barriles se producen en 2 horas de trabajo c/u.:
total 90 horas.

35 barriles se producen en 5 horas de trabajo c/u.:
total 175 horas.

10 barriles se producen en 10 horas de trabajo c/u.:
total 100 horas.

10 barriles se producen en 14 horas de trabajo c/u.:
total 140 horas.

Totales 100 barriles se producen con un trabajo de...
505 horas.

Siendo el valor social del petróleo producido ahora de 140 horas, hay una plusvalía extraordinaria de 895 h., y la sociedad en su conjunto debe pagar un precio equivalente a

2,7 veces el trabajo real que representa dicho producto. Y más concretamente, si en el caso anterior los 50 b/d. (del mejor yacimiento valían 500 horas incluyendo una plusvalía extraordinaria de 400 horas, ahora los 45 b/d. valen 630 horas, incluyendo una plusvalía extraordinaria de 540 horas!, etc., etc.

Es este el mecanismo por medio del cual los monopolios han logrado hacer elevar los precios constantemente desde 1934 hasta hoy, de menos de US. \$ 1,00 por barril a más de US. \$ 5,00 actualmente (tomando el promedio de los precios en boca de pozo).

3) *EL ORIGEN DE LA CRISIS ENERGETICA*

El origen de la crisis energética lo encontramos en los EE. UU. Antes de entrar en materia, sin embargo, procedamos a desarrollar las suposiciones un tanto esquemáticas sobre las que nos hemos basado. En primer lugar, las mercancías no se venden a sus valores, sino a sus precios de producción. En la producción petrolera concretamente, el precio de producción lo determinan los yacimientos menos productivos, y, dada la alta composición orgánica del capital que prevalece en esta industria, dicho precio de producción es superior al valor. Es más, ocurre que aún por los peores yacimientos se paga una renta del suelo mínima de una regalía de un octavo, lo cual se traduce en una renta absoluta que hace aumentar el precio comercial de manera correspondiente. En resumen, en los EE. UU. el precio comercial del petróleo es bastante superior a su valor, que a su vez ya viene inflado por la existencia de una plusvalía extraordinaria.

Hasta 1959 el precio comercial del petróleo norteamericano había venido determinando, aunque en forma cambiante, el precio comercial en el mercado mundial. Ahora bien, los yacimientos petroleros de países como Venezuela o los del Medio Oriente son generalmente mucho más ricos que los de los EE. UU. Si en los EE. UU. un pozo petrolero produce como promedio algunas decenas de barriles diarios, en Venezuela son cientos de barriles por pozo, y miles en los

países petroleros del Medio Oriente. O sea, que aunque el valor nacional del petróleo estadounidense representa un múltiplo de los valores nacionales del petróleo venezolano y del Medio Oriente, siempre ha sido el primero, el que determina el valor mundial del petróleo. En términos de precios, fue siempre el altísimo precio comercial del crudo estadounidense el que determinó el precio comercial en el mercado mundial, resultando de ello una muy elevada ganancia extraordinaria. Durante la década de los cincuenta puede estimarse el costo de producción por barril en el Golfo Pérsico en alrededor de Bs. 0,50; en Venezuela de Bs. 2,50 y en los EE. UU., como promedio, en alrededor de Bs. 12,00.

Como efecto del reparto "fifty-fifty", ya para esa época establecido como norma general entre los monopolios y los Estados petroleros, la mitad de la ganancia extraordinaria se la apropiaron las compañías petroleras, las cuales, dado el monto de dicha ganancia, redondearon un negocio fabuloso. Se explica así la política de los monopolios. Eran siete los que dominaban entonces la producción fuera de los EE. UU., de los cuales cinco de nacionalidad norteamericana. Su política a partir de 1934 puede resumirse de la siguiente manera:

- 1) Restricción de la producción en los EE. UU. aumentando así el valor nacional del petróleo, y con éste el precio.
- 2) Consecuencia de esto: ascenso del precio en el mercado mundial.
- 3) Al restringirse la producción estadounidense, se restringió en buena parte la correspondiente a las compañías competidoras de las empresas internacionales, por no disponer estas últimas sino de menos de la mitad de la producción nacional; mientras que por el contrario controlaban hasta el 90% de la producción mundial, que habría de sustituir la producción restringida de los EE. UU., generando así una altísima ganancia extraordinaria.

En una palabra, el huevo de Colón: eliminar cada vez más competidores, alzando simultáneamente los precios. Como resultado, por la maximización de la ganancia extraor-

dinaria a escala mundial, los monopolios internacionales convirtieron a los EE. UU. a partir de 1948, de un país exportador, en un país importador de petróleo. Y mientras que las importaciones continuaban creciendo a lo largo de las décadas de los años cincuenta y sesenta, existía dentro de aquel país una alta capacidad de producción ociosa.

Naturalmente, las superganancias de las compañías internacionales en el mercado mundial terminaron por atraer a los competidores, a producir petróleo fuera de sus países de origen, es decir, tanto a empresas nacionales de países como Italia y el Japón, como a otras compañías estadounidenses; consecuencia necesaria de tal situación, la competencia resurgió y en 1959 empezaron a caer los precios.

Es en los acontecimientos de los años 1959 y 1960 donde encontramos las raíces de la actual crisis. Al bajar los precios en el mercado mundial, habían de bajar los precios dentro de los EE. UU. El Cartel Internacional del Petróleo perdió el control en el mercado mundial, lo que iba a poner en peligro su control dentro de los EE. UU. a través del Estado. Por tanto, a fin de proteger por lo menos los precios en el interior del país, el gobierno norteamericano impuso en 1959 un sistema de cuotas, de restricción de las importaciones, separando de hecho, por primera vez en la historia petrolera, el mercado estadounidense del mercado mundial. *De allí que durante la década de los sesenta se mantuvieron altos los precios dentro de los EE. UU., e incluso llegaron a subir, mientras que en el mercado mundial caían continuamente. La diferencia entre los precios internos en los EE. UU. y los del mercado mundial se hizo cada vez mayor... lo que no podía ocurrir sin serias consecuencias.*

El sistema de cuotas consistía en que, en el futuro el gobierno estadounidense iba a determinar la cantidad de petróleo que se podría importar anual o mensualmente como complemento de la producción interna. Esa cantidad sería luego distribuida en cuotas a las refinerías del país, cobrándoles el Estado a éstas por concepto de importación un arancel de apenas US. \$/b. 0,105, de modo que todo el restante de la diferencia entre el precio interno y el precio externo

se lo apropiaban las refinadoras como ganancias extraordinarias.

Por ejemplo, en 1969 se había llegado a la situación de que en el puerto de Nueva York el petróleo se vendía a aproximadamente US\$/b. 2.50, mientras que dentro del territorio nacional un barril costaba cerca de los US\$ 4.00 por barril. La importación del crudo se convertía en un negocio cada vez más lucrativo.

Así, no eran sólo las compañías internacionales las que presionaban para aumentar las importaciones, o aquellas compañías estadounidenses que habían entrado al mercado mundial la década anterior, sino también las refinerías independientes que disponían de producción interna propia, aunque a mayores costos. La ganancia extraordinaria procedente de la importación resultaba más jugosa que toda la procedente de su propia producción. Lo mismo, dicho sea de paso, era válido en cuanto a la refinación. ¿Para qué ampliar las refinerías, con ganancias extraordinarias tan elevadas en base a la importación directa de los derivados?

Por todo ésto, observamos que durante la década de los sesenta en los EE. UU. se estancan las inversiones petroleras. La producción sigue aumentando, pero sólo por el hecho de aprovecharse más y más de los pozos existentes, desapareciendo así la capacidad ociosa que hubo antes. Lo mismo ocurre en la refinación. De modo que a partir de 1970 todo el incremento del consumo norteamericano debía ser satisfecho por medio de la importación, lo que conduce a ese país a concurrir, ahora masivamente, al mercado mundial. Si bien las importaciones no llegaron en la década de los sesenta sino a una quinta parte del consumo, en la actualidad ya superan el tercio. *Tal ritmo de desarrollo, sin embargo, no podía sino agudizar las contradicciones internas entre el capital petrolero y el capital no petrolero.*

Veamos. Para el capital no petrolero, el petróleo más caro significa una cuota de ganancia menor. De allí que siempre hayan existido en los EE. UU. poderosos grupos reclamando una importación libre de petróleo. Por ejemplo, para los industriales de la costa Este de los EE. UU., donde no hay producción petrolífera, llegó a resultar realmente

absurdo tener que pagar los altos precios internos cuando ya hacia el final de la década no consumían sino petróleo importado, barato hasta el momento de desembarcar en los puertos nacionales. Esta contradicción tendía a agudizarse en la medida que se importaba una proporción cada vez mayor de petróleo y la diferencia entre los precios nacionales e internacionales terminó siendo cada vez mayor. Así, observamos cómo se multiplicaron las voces que en el Congreso reclamaban la abolición de las cuotas, a fin de lograr una caída de los precios internos. Una comisión nombrada por Nixon, la comisión Schultz, llegó a esta misma conclusión. Y para 1972, seis gobernadores de los Estados de la Nueva Inglaterra habían preparado una demanda legal contra dicho sistema de cuotas. No obstante, a nivel del Ejecutivo los intereses petroleros continuaban prevaleciendo. Cuando a principios del 73 Nixon se resuelve finalmente a abolir el sistema de cuotas, es porque ya los monopolios petroleros no tenían más objeciones: ¡Los precios en el mercado mundial habían alcanzado el nivel de los precios norteamericanos!

Los opositores al proteccionismo oficial esperaban que con la liberalización de las importaciones caerían los precios en los EE. UU.; sólo que al surgir EE. UU. masivamente como comprador en el mercado mundial, ocurrió todo lo contrario y subieron los precios internacionalmente. En el mercado mundial, debido a la sobreproducción y a la baja continua de los precios en los años sesenta, tampoco se amplió la capacidad productiva al mismo ritmo en que aumentó la demanda. Y ahora, cuando todo el incremento de la demanda yanqui se volvió hacia el mercado mundial, surgió a su vez allí la escasez de petróleo. La crisis energética de los EE. UU. se transforma en crisis energética de todo el mundo capitalista, y los precios suben al nivel de los EE. UU.: US\$/b. 3.00 Golfo Pérsico para principios del 73, lo que con el transporte en el puerto de Nueva York resulta aproximadamente a un nivel igual al de los precios internos de ese país.

Al eliminar Nixon el sistema de cuotas, luego de catorce años en vigencia, quedó reunificado el mercado estadounidense con el mercado mundial, y los altos precios dentro de

los Estados Unidos volvieron una vez más a ser determinantes internacionalmente como antes lo habían sido a todo lo largo del siglo.

Hasta aquí la crisis energética en lo esencial se asemeja a tantos incidentes que en el pasado los monopolios supieron provocar, dominar y resolver en su propio favor. Los aumentos de precios desde fines de 1970 hasta mediados de 1973 son, por ejemplo, perfectamente comparables con los ocurridos entre 1945 y 1947. Pero el cuadro político y económico general en el cual se han desarrollado recientemente los sucesos descritos, es totalmente distinto al del pasado.

4) *LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO MUNDIAL Y LA CRISIS ENERGETICA*

No puede separarse la crisis actual del petróleo y de la energía, de la crisis general del capitalismo mundial. Las bases mismas del régimen capitalista han sido conmovidas por una profunda crisis, cuyo origen lo encontramos en las consecuencias de las dos guerras mundiales habidas en este siglo, y en la lucha de los pueblos por su liberación. La primera trajo como consecuencia la aparición del primer Estado socialista, la Unión Soviética, que escindió en dos al mercado mundial uno capitalista y otro socialista. La segunda guerra provocó un acentuamiento aún mayor de la crisis del régimen capitalista, y dio impulso al proceso de descomposición del imperio colonial de las grandes potencias.

El petróleo de la URSS y el de Rumania quedó fuera del sistema capitalista mundial, y luego el de China. Y lo que es más importante gran parte de las colonias y protectorados de donde el imperialismo petrolero obtenía su gran producción petrolera, alcanzaron la categoría de países independientes, aunque sometidos al poder del imperialismo y de los monopolios.

Los grandes imperios coloniales pierden sus colonias, y pese a sus esfuerzos y medidas de presión y fuerza para mantener cautivos esos mercados, tienen que enfrentar en ellos, la competencia de otros países capitalistas. El surgimiento del Japón y de Alemania, que aun cuando vencidos,

fueron estimulados por el imperialismo para lograr un nuevo desarrollo productivo a fin de impedir en ellos el triunfo de la revolución proletaria, contribuyó a desarticular la estructura mundial de los mercados.

Esos dos países, y en general el Mercado Común Europeo, una vez consolidado su nuevo desarrollo productivo con el apoyo del imperialismo norteamericano, entraron en inevitable competencia con éste, por la posesión y el control no sólo de los mercados de los antiguos países coloniales, sino también del resto del mundo y aún dentro de los propios Estados Unidos.

Las guerras de Corea e Indochina, los más certeros golpes que la revolución proletaria ha dado al imperialismo yanqui hasta vencerlo, produjeron un nuevo resquebrajamiento en el basamento económico y político del imperialismo yanqui, y suscitaron los primeros desajustes monetarios en escala mundial.

Hoy el mundo capitalista camina por un sendero totalmente inestable en lo político, en lo social, en el régimen monetario, en el control de los mercados, en el suministro de materias primas para la industria, en los comestibles y la energía, en los alimentos para la población, sufriendo los efectos de una inflación incontenible. La estructura misma del régimen capitalista cruje y se resquebraja, siendo su situación de permanente inestabilidad y de imposible control.

Dentro de este contexto es que se ha presentado con virulencia la llamada "crisis de la energía". La formación del gigantesco monopolio entre los países propietarios de yacimientos petroleros agrupados en la OPEP y los consorcios imperialistas del petróleo que ha agudizado la crisis del petróleo, ha conducido a una situación en la cual las grandes reservas monetarias del mundo capitalista que hasta ahora estaban exclusivamente en poder de los grandes países industrializados, pasan a las manos de los países de la OPEP y de los trusts petroleros mundiales.

Unos y otros están concentrando en sus manos esas reservas y las divisas que a través del petróleo extraen de los países industrializados. Solamente en este año de 1974 los países de la OPEP percibirán por renta petrolera la fabu-

losa cifra de US\$ 115.000.000.000. La acumulación de esta cantidad fantástica obliga a pensar que para que lleguen a manos de estos países, *sin que sea producto del trabajo de ellos*, deben salir de las manos de otros países que antes los acumulaban como producto del trabajo de la clase obrera.

El poder financiero está, por tanto, desarticulado como consecuencia de la crisis petrolera, y conlleva un cambio en las relaciones de poder económico y de poder político en el mundo.

A este fenómeno debemos sumar el producido por las crisis en el suministro de alimentos y de materias primas industriales que corre pareja con la de los combustibles. La escasez de alimentos y materias primas ha conducido a una elevación en el precio de ellas, y ésto agudiza las crisis sociales y las crisis monetarias y financieras del mundo capitalista.

Como consecuencia del desarrollo desigual del capitalismo, estas crisis afectan en grado variable a los diferentes países, tanto de los ya industrializados, como de los países dependientes. La lucha por los mercados de los artículos manufacturados entre los países capitalistas industrializados, está caldeada al rojo vivo, y ha sido esta lucha por los mercados la que a través de los siglos ha llevado a las guerras entre diferentes sectores nacionales del capitalismo mundial. El panorama general del capitalismo en escala mundial, se nos presenta así, cargado de multitud de conflictos que avanzan hacia una gran agudización de la lucha de clases, dentro de una perspectiva alentadora para el movimiento liberador y socialista.

5) LA OPEP Y LA CRISIS ENERGETICA

En diversos materiales publicados, ya hemos caracterizado a la OPEP. Esta fue fundada en septiembre de 1960 precisamente como reacción de los Estados petroleros a la caída de los precios y a la amenaza que ello representaba para sus respectivas rentas petroleras. Como éxito inmediato, lograron paralizar la caída de dichas rentas, al transformarlas, en el Golfo Pérsico, de un reparto relativo de las

ganancias según la fórmula "fifty-fifty", en una renta fija por barril. Dado que a partir de 1959 los precios del petróleo en el mercado mundial los determinaban los del Golfo Pérsico más los costos del transporte, esta renta fija por barril —entre US\$ 0.70 y US\$ 0.80 (regalía + impuesto sobre la renta)— constituyó una renta absoluta.

Los precios continuaron cayendo durante toda la década, si bien en proporciones mucho menores a lo que hubiera sido el caso de no existir la OPEP. Y como la baja ocurrió casi enteramente a costa de las ganancias de todas las compañías, se restringió eficazmente el margen de competencia de las nuevas empresas surgidas a partir de la Segunda Guerra Mundial. O sea, que al lograr los Estados petroleros defender sus rentas, ello se dio no tanto en detrimento de las ganancias de las compañías, sino en virtud, antes que todo, del mantenimiento de los precios a niveles más altos.

Esta es una característica de la OPEP que no puede dejar de ser destacada suficientemente. *La OPEP es una asociación de propietarios petroleros que se han trazado como meta crear una renta absoluta del suelo lo más elevada posible. Con ello no se están enfrentando a las compañías, ya que la renta absoluta se traduce simplemente en precios mayores, sino al sector no petrolero de las clases dominantes de los países capitalistas desarrollados, cuyas cuotas de ganancia tienen que bajar necesariamente al elevarse la renta absoluta.*

La contradicción entre la OPEP y un sector de las clases dominantes de los países capitalistas desarrollados excluyendo en esta época a los EE. UU., que entonces no formaba parte del mercado mundial alrededor de la renta absoluta, durante los años sesenta, fue mínima, ya que dicha renta absoluta se formó al caer simultáneamente los precios. La situación empezó a cambiar con la subida de los precios a partir de los últimos meses del setenta.

Hagamos de una vez la observación de que hasta mediados de 1973 los aumentos de los precios resultaron en primer lugar de la situación en el mercado, y que la OPEP no contribuyó en tal sentido sino de manera insignificante. Pero ahora, cada vez que los precios han subido, la OPEP

aumenta de inmediato la renta, siempre primero en el Golfo Pérsico por su significación particular ya señalada, y luego en los demás países miembros. Hoy, sin embargo, toda la prensa internacional se esmera en presentar las cosas a la inversa, como si hubiera sido la OPEP la que impuso los aumentos. Esta tergiversación de la realidad corresponde a un interés doble.

Las compañías petroleras, por una parte, al echarle la culpa a la OPEP, buscan evadir la responsabilidad que les corresponde. En la industria petrolera *la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada ha llegado a su más alto nivel*. Esta industria constituye una organización técnicamente perfecta que abarca al mundo entero, desde los pozos que tiene regados en todos los continentes, hasta las bombas de gasolina, pasando por una amplísima red de transporte y de refinerías. Su producto final, la energía, es de importancia fundamental para todo el proceso económico, lo cual, sin embargo, no impide que dicha industria continúe rigiéndose por el principio de la maximización de las ganancias, causa de la caótica situación actual.

La OPEP, a su vez, no ha hecho ningún esfuerzo por rechazar la culpa que se le atribuye por los aumentos de los precios ocurridos hasta mediados del setenta y tres. Ello, de un lado, por su complicidad objetiva; y del otro, porque los gobiernos involucrados estaban de hecho interesados en asumir la responsabilidad dichos aumentos les brindaban la posibilidad de presentarse ante sus respectivos países como gobiernos “nacionalistas”, “enfrentados” al imperialismo.

No obstante hay algo muy real y justo en esta tergiversación. Si bien la OPEP efectivamente no determinó originariamente el alza de los precios, con su política de aumentar de inmediato la renta absoluta logró que ese aumento de carácter coyuntural se volviera definitivo. En la prensa internacional, todas las acusaciones hechas contra la OPEP han puesto de manifiesto la muy justificada preocupación de la clase capitalista de los países desarrollados por sus cuotas de ganancia afectadas por la alta renta absoluta ya estabilizada.

Entre fines de 1970 y mediados de 1973, los precios comerciales del petróleo en el Golfo Pérsico pasaron de aproximadamente US\$ 1,30 el barril a US\$ 3,00, o sea, un aumento "modesto" si lo comparamos con el que había de darse en los meses siguientes. La renta por barril, a su vez, había subido de US\$ 0,80 a US\$ 1,70 aproximadamente. Con todo, las compañías estaban realizando de nuevo superganancias: más de un dólar por barril, lo que equivale a una cuota de ganancia superior al 100% en el Golfo Pérsico.

Entre 1972 y 1973 el consumo de petróleo en el mundo subió a una tasa inusitada de más del 10%, debido al auge económico simultáneo ocurrido en todos los países industrializados. De allí que la situación en el mercado mundial llegara a ser más tensa que nunca. Sin embargo, es muy probable que de no haber sido por la acción de la OPEP, los precios no hubieran aumentado hasta los niveles actuales. En los EE. UU. el gobierno había impuesto un control de precios, como había sido el caso durante la guerra de Corea y en la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios del petróleo, dada la situación en el mercado, hubiesen podido ascender vertiginosamente de no haber interferido el Estado. Naturalmente, el imperialismo petrolero siempre logró aumentos sustanciales. Pero estos aumentos encontraban su límite en la oposición de la clase capitalista no petrolera. En una sociedad capitalista en condiciones de competencia, a cada capitalista le corresponde una ganancia proporcional al monto de su capital.

Con el desarrollo de los monopolios, sin embargo, éstos se apropian una parte desproporcionalmente grande, lo que para el capital de competencia significa recibir una parte desproporcionalmente menor. Y entre los monopolios, han sido los monopolios petroleros los que siempre se han destacado por lograr las mayores cuotas, ello en buena parte debido a la existencia de ganancias extraordinarias diferenciales.

De todo esto resulta claro que es en la resistencia que les opone el resto de la clase capitalista de sus propios países, donde los monopolios petroleros encuentran sus límites,

esto independientemente del grado de competencia mayor o menor que siempre sigue subsistiendo.

De cierto modo, lo mismo puede decirse de los propietarios de los yacimientos en relación a la renta absoluta que puedan lograr. En los EE. UU., los terratenientes petroleros están totalmente dominados por el capital petrolero; sus rentas aumentan proporcionalmente a los precios dada la forma de regalía de dichas rentas, pero en cualquier caso sin intervención activa por parte de ellos.

La situación es totalmente distinta fuera de los Estados Unidos. En el pasado, los Estados petroleros, propietarios de los yacimientos, estuvieron constreñidos a aceptar el control de los precios por el gobierno estadounidense, a pesar de no coincidir en absoluto esta medida con sus intereses. Como países dependientes y débiles que eran, ni siquiera intentaron oponerse a la política petrolera de la primera potencia imperialista del mundo. Hoy la situación es muy distinta. Como consecuencia de las luchas de liberación de los pueblos del tercer mundo, y en primer lugar de los pueblos de Indochina, el imperialismo yanqui da, actualmente, muestras de franca decadencia. Desde la década de los sesenta se observa cómo resurge la competencia interimperialista, perdiendo el imperialismo estadounidense cada vez más terreno, y viendo desmoronarse su condición monolítica. Por otra parte, los países petroleros se encuentran hoy fortalecidos internamente dadas las altas rentas que año tras año y en forma creciente vienen percibiendo. Para el momento del estallido de la crisis se hallan económicamente invulnerables, sumamente favorecidos por las condiciones del mercado mundial. ¿Por qué contentarse, pues, con el nivel de los precios y, en consecuencia, de las rentas, que en última instancia fueron el resultado de relaciones de poder perteneciente al pasado? *Las clases dominantes de estos países, lejos de oponerse a los altos precios petroleros, celebran su advenimiento como usufructuarios que serán de éstos a través del presupuesto estatal.* A principios de octubre del 73 la OPEP aumentó la renta por barril en el Golfo Pérsico a US\$ 3.00, con lo que el precio comercial tenía que elevarse a por lo menos US\$ 3.60.

Es precisamente en este momento cuando estalla la cuarta guerra árabe-israelí cuyo tema, naturalmente, no vamos a desarrollar en el presente análisis. Dicha guerra entra aquí sólo en tanto que, una vez declarada la OAPEP (Organización Árabe de Países Exportadores de Petróleo), acudió en apoyo a la causa justa de Egipto y Siria, y sobre todo del pueblo palestino, procediendo al boicot contra las potencias imperialistas que en una u otra forma apoyan a Israel.

Sin perder de vista el contenido anti-imperialista y justo de tal boicot, examinemos su contenido económico. Desde la fundación de la OPEP, con el fin de lograr siempre mayores rentas, los Estados miembros declararon la necesidad de un control de la producción, siguiendo el ejemplo del antiguo Cartel. La comisión económica de la OPEP elaboró en varias oportunidades planes al respecto, los que, dadas las contradicciones internas en dicha organización, no pudieron llevarse a cabo. Eran demasiados los Estados interesados en un aumento rápido de la producción que a su vez multiplicara sus rentas. Pero ahora, con una situación tan tensa en el mercado, era innecesaria la participación de toda la OPEP, bastando sólo una decisión de la OAPEP —unida por una causa política común para producir el enorme efecto que ya conocemos.

Lo que llama la atención con respecto al boicot de la OPEP, es que desde su inicio tuvo todos los rasgos de un control de producción. Los representantes inmediatos del imperialismo yanqui en el Medio Oriente son las compañías petroleras, y sin embargo, en ningún momento el boicot se dirigió contra ellas; muy por el contrario (solamente el Iraq aprovechó la situación para nacionalizar los intereses de las compañías norteamericanas y holandesas, y en tal sentido seguramente no es casual que sea en ese país del Medio Oriente donde más predomina la influencia soviética). El jeque Yamani, ministro del petróleo de Arabia Saudita, por ejemplo, declaró expresamente, que los países árabes exportadores de petróleo sabían distinguir entre las compañías norteamericanas y el gobierno imperialista de los Estados Unidos... por lo que aquellas no tenían que temer al peli-

gro de ser expropiadas o nacionalizadas. *De hecho el boicot significó simplemente una reducción de la producción, y el petróleo, ahora escaso, continuó en manos de las compañías proporcionándoles magníficas oportunidades de mayores ganancias extraordinarias.*

Naturalmente que, en tal situación, la reducción tenía que traer sus efectos sobre los precios. En subasta de petróleo de regalías (royalty oil) en Irán y Nigeria se alcanzaban precios fabulosos, por encima de US\$ 16.00. Estos precios, que no se aplican sino a cantidades marginales, reflejan bien la nueva situación en el mercado. Al reunirse la OPEP en diciembre, aumentó la renta por barril en el Golfo Pérsico de US\$ 3.00 a US\$ 7.00. Con este aumento en un solo año, la renta por barril subió en un 365% de US\$ 1.50 a US\$ 7.00. Aumenta así el precio comercial a, por lo menos, US\$ 7.60 por barril.

Actualmente se observa que el boicot de la OPEP evolucionó hacia un simple control de la producción por parte de la OPEP. Como resultado duradero de esto, se vislumbra una renta absoluta multiplicada, y una baja correspondiente de las ganancias de las diferentes clases capitalistas del mundo. Rara vez una acción antimperialista ha resultado tan lucrativa a sus autores.

Diversos especialistas burgueses predijeron desde el inicio de la crisis petrolera en 1970 que los precios del petróleo en el Golfo Pérsico podrían aumentar hasta siete u ocho dólares a fines de la década, apoyándose en el alto costo de producción del petróleo obtenido de arenas bituminosas, esquistos, o del carbón, fuentes cuya explotación llegaría a ser necesaria para satisfacer la demanda previsible de petróleo. Pero entonces, ¿por qué esperar tanto? *Pues bien, con la reducción de la producción se acelera la entrada en el mercado de aquel petróleo carísimo. Y una vez satisfecho con este petróleo caro, aunque sea un escaso porcentaje del consumo total, el altísimo nivel actual de los precios quedaría garantizado por largo tiempo.* En tal sentido, el programa energético norteamericano de auto abastecimiento conviene plenamente tanto a la OPEP como al imperialismo petrolero. De allí que el actual presidente de la OPEP, el arge-

lino Khene, así como también el Sha de Irán, hablen con tanto placer de la necesidad de producir más carbón a fin de "ahorrar" el petróleo escaso...

En todo caso han surgido contradicciones internas dentro de la OPEP. Mientras algunos países, entre ellos el Irán, vienen presionando por nuevos aumentos de la renta, Arabia Saudita por su parte se ha opuesto a tal medida, opinando que los US\$ 7,00 por barril son una exageración. Al parecer, este país propuso como renta US\$ 5,00. Arabia Saudita juzga que la renta actual de US\$ 7,00 no podrá mantenerse por generar un nivel de precios mayor incluso a aquel de las fuentes alternativas ya señaladas. En todo caso, se mantenga o se baje la renta hasta los US\$ 5,00 por barril, comparada con un costo de producción de US\$ 0,10 (!), siempre resultará una renta exorbitante.

En resumen, la crisis energética no puede reducirse a una simple crisis de variación en la relación oferta-demanda. La que ha ocurrido, como resultado de esta variación, es la multiplicación del valor del petróleo y de la energía en general, así como de sus precios. La OPEP aplicó a tal efecto la misma política que anteriormente habían aplicado los monopolios en los EE. UU. al maximizar la ganancia extraordinaria diferencial. En la esfera política, las cuantiosas rentas petroleras percibidas por una docena de Estados atrasados con toda seguridad contribuirán a cambiar cualitativamente el cuadro general del mundo imperialista.

6) *CONSECUENCIAS DE LA CRISIS ENERGETICA*

a) *Consecuencias para la competencia interimperialista.*

Por efecto de la crisis, el valor internacional del petróleo ha vuelto a ser determinado por el alto valor nacional del petróleo estadounidense, mientras que este último a su vez ha sido forzado luego al alza por la política de la OPEP; lo mismo sucedió en cuanto a los precios. Así, mientras los precios en los EE. UU. de 1970 a 1974 no han hecho sino duplicarse, en el mercado mundial se han quintuplicado con creces. Es esta la primera causa por la que la crisis energética afecta

en fin de cuentas menos a los EE. UU. que a las potencias europeas. La segunda es que dos tercios del petróleo consumido en los EE. UU. son de producción interna, de suerte que el aumento de su precio tiene naturalmente un efecto muy distinto sobre la economía nacional que si se tratara de petróleo importado, el cual es el caso de las demás potencias imperialistas, las cuales están obligadas a importar la casi totalidad del petróleo que necesitan. Han sido éstos los factores económicos motivadores de la subida espectacular del dólar frente a las monedas europeas y japonesa. Desde luego que también intervino en tal sentido la situación política; el hecho de que estas últimas potencias estén expuestas, en otra medida, a las acciones futuras de la OAPEP o de la OPEP.

La subida del dólar frente a las monedas europeas y japonesa no refleja, pues, tanto un fortalecimiento del primero, como un menor debilitamiento del imperialismo estadounidense por la crisis energética, en comparación a los demás imperialismos. De la misma manera, no se trata en absoluto de que se esté reafirmando el poder monolítico del imperialismo norteamericano, *sino, por el contrario, de que estamos asistiendo a una mayor agudización de la competencia interimperialista.*

La crisis energética es obra del imperialismo estadounidense; el resultado de una política en la cual las potencias europeas y el Japón no han tenido la menor ingerencia, pero cuyas consecuencias sí se ven ahora forzados a soportar. Es el imperialismo estadounidense el que ha intensificado la situación actual de extrema dependencia de estas potencias con relación al petróleo importado desde el Medio Oriente, mostrándose, sin embargo, incapaz en un momento crítico de garantizarles el suministro de petróleo que les es necesario con las consecuencias desastrosas que todos conocemos. El boicot de la OAPEP, si bien económicamente es a los europeos y japoneses a quienes más golpea en última instancia, políticamente lo que pone en evidencia es la decadencia del imperialismo yanqui. Consecuencia de esto: la peregrinación de los gobernantes europeos y japoneses, uno tras otro, por la "Tierra Santa" petrolera, visitando jeques y príncipes cu-

yos nombres ignoraban hace apenas un año; mientras por el contrario, la invitación de Nixon a una reunión en Washington el 11 de febrero del año en curso a fin de discutir la crisis energética, la acogen con disgusto no disimulado. *La experiencia actual ha llevado al Japón y a Europa a buscar cómo garantizar para sí un seguro suministro a base de contratos bilaterales entre Estado y Estado y sin ingerencia de los EE. UU. Y esta competencia interimperialista es por su parte deliberadamente fomentada por los Estados petroleros.*

Dadas sus cuantiosas rentas, los Estados petroleros disponen de un poder adquisitivo en el mercado mundial del todo comparable al de los países desarrollados.

A pesar del disgusto oficial de Washington, la tendencia a los arreglos bilaterales con los Estados petroleros mismos es ya un hecho incontenible, del cual el imperialismo norteamericano sale como primer perdedor.

b) *Consecuencias para la distribución internacional de la plusvalía*

Como ya señaláramos en la introducción, en 1973 tuvo lugar una verdadera explosión de las rentas de los países petroleros. El monto de éstas es tan importante que su efecto ha significado una baja sensible de la productividad en los países de alto consumo de petróleo importado. En todos estos países, y en primer lugar en los más desarrollados, está planteada una agudización de la lucha de clase alrededor de esta interrogante: ¿Quién pagará la cuenta? O bien será la clase capitalista, con la consiguiente baja de sus ganancias; o bien logrará ésta imponérsela al pueblo trabajador, empeorando así sus condiciones de vida, o bien se llegará a una solución intermedia. Conviene aquí tomar en cuenta otro factor muy importante: la crisis energética agravará la recesión económica que se cierne sobre Europa. La situación en su conjunto, crea condiciones para una creciente movilización de la clase obrera en Europa y Japón, lo cual se traducirá en grandes huelgas, cuyos primeros brotes ya se han dejado sentir. Esto constituye un signo alentador para el movimiento revolucionario mundial, pues, a

las luchas que vienen librando los pueblos de los países dependientes por la liberación y el socialismo, se suma la poderosa clase obrera de Europa y Japón.

En lo internacional, las altas rentas rompen con el monopolio financiero de las potencias imperialistas. Créditos de cientos de millones de dólares que hasta ayer sólo podían conseguirse por intermedio de los Estados respectivos y sus diferentes instituciones bancarias, en el presente, los Estados petroleros, en su mayoría, están individualmente capacitados para otorgarlos. Si pensamos en qué medida estos créditos siempre han servido de instrumento de dominación, podremos bien imaginarnos las consecuencias de la nueva realidad: un debilitamiento importante del control financiero que han venido ejerciendo en el mundo unas pocas potencias.

Salta a la vista, por lo inesperado, la increíble facilidad con que los Estados integrantes de la OPEP se han apropiado de estas fabulosas rentas, que tan marcadamente contrastan con su propio, escuálido, poder productivo y su poderío militar insignificante. Bastaba la soberanía formal y unos cuantos decretos lanzados con retórica nacionalista, para que las ganancias extraordinarias generadas por el mismo desarrollo imperialista cayeran en sus manos, y un pequeño esfuerzo adicional para multiplicarlas.

La "valorización económica de la propiedad territorial, el desarrollo de la renta del suelo, revela con una fuerza especial que su cuantía no depende en absoluto de la intervención personal de quien la percibe, sino del desarrollo del trabajo social, independiente de su acción y en el que él no tiene intervención alguna" (Marx, Carlos; *El Capital*, tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1972; p. 593). Esta característica de Marx con respecto a los terratenientes ingleses, entonces en la cumbre de su poderío, se revela hoy exacta a nivel internacional en lo que respecta a la OPEP. Algunas décadas más tarde, los terratenientes ingleses habrían de conocer la más completa ruina como efecto de las acciones tomadas por el capital en su propia defensa...

Es el modo de producción caótico del capitalismo, el que, aún en su fase imperialista, ha proporcionado a los Estados

miembros de la OPEP esta oportunidad de enriquecimiento parasitario y fácil, y, como ya señalamos, en la más completa contradicción con su íntimo poderío productivo y militar. Inevitablemente, esta situación provocará por parte de los países imperialistas acciones organizadas en el primer terreno, así como posiblemente también en el segundo, de presentarse la oportunidad favorable. *Dado su contenido económico, de plusvalía extraída a las masas trabajadoras por medio de la explotación imperialista en el mundo entero, las rentas imprimen a los Estados petroleros de los países que las reciben, en su gran mayoría dominados por regímenes reaccionarios, un profundo carácter proimperialista.* Paralelamente, sin embargo, los inevitables intentos del imperialismo por arrebatarnos estas entradas, traerán obligatoriamente graves contradicciones entre los Estados petroleros y las potencias imperialistas. Las amenazas verbales de Libia y Argelia contra quienes lleguen a participar en la reunión de Washington, son claras al respecto.

A corto y mediano plazo no parece asomarse todavía la posibilidad de acciones económicas exitosas por parte de las potencias imperialistas —desarrollo de la energía atómica, solar, etc.— que puedan amenazar seriamente el recién adquirido poder de la OPEP. Esto significa, como ya lo dijimos, el advenimiento de una nueva realidad internacional: económica y política, y de duración imprevisible, en la que el conjunto de Estados petroleros surge de la noche a la mañana como una gran fuerza financiera mundial. Pero tal situación de bonanza será a la larga insostenible. Además, mientras más caro sea el petróleo, más rápido se encontrará un sustitutivo. Ese día, con la misma facilidad que acaba de ocurrir la explosión de la renta, puede darse también todo lo contrario: su caída estrepitosa, con la consiguiente secuela de problemas en estos países acostumbrados a depender de ella.

c) *Consecuencias para la relación entre las compañías explotadoras de petróleo y los Estados propietarios.*

No hay duda que esta explosión, de la renta, tiene profundas consecuencias en la relación entre los Estados petro-

leros y las compañías productoras. Según el Ministerio de Minas e Hidrocarburos, en 1971 el capital promedio invertido de la industria petrolera en nuestro país sumaba Bs. 7.500 millones, y las ganancias en este mismo año Bs. 2.250 millones. Aún suponiendo que estas ganancias llegaran a duplicarse en 1974 —suposición del todo exagerada— estas cifras no guardan relación alguna con la renta petrolera del Estado estimada oficialmente en 39,9 mil millones de bolívares...

Las compañías petroleras internacionales, reputadas desde siempre por su poderío y sus superganancias, hoy aparecen como enanos al lado de los propietarios —y ello no porque hubieran bajado sus superganancias, lo que no ha sido siempre el caso, sino a pesar de lo contrario—. Hasta hace poco todavía se empleaba como argumento contra una posible nacionalización, el de que los Estados respectivos no dispondrían de los recursos necesarios para pagar una indemnización adecuada y necesaria, y para mantener y ampliar la producción. Esta argumentación que ha sido reaccionaria siempre, hoy resulta, además, ridícula.

Los cambios cuantitativos ocurridos son de tal magnitud que implican un cambio cualitativo. En el pasado, el poder en el mercado mundial del petróleo correspondía a las grandes compañías; ahora corresponde a la OPEP. Antes, las compañías traspasaban una parte de sus superganancias a los Estados propietarios como renta del suelo; ahora sucederá a la inversa: una parte de esta avalancha de ganancias extraordinarias la pasarán los Estados propietarios a las compañías —que seguirán percibiendo superganancias.

Na cabe duda de que en todos los países en cuestión, tarde o temprano, se llegará a la “nacionalización”, sea por simple compra del 51%, del 60% u otro porcentaje de las acciones, sea por otra fórmula jurídica, como la de Irán. Cualquiera que fuere la fórmula a adoptarse en uno u otro país, podemos señalar los mismos rasgos determinantes.

1) Es el Estado propietario el que asume formalmente el mando, la supervisión de la producción, ejerciendo el control efectivo del mercadeo;

2) Son las grandes compañías petroleras las que de hecho siguen organizando la producción y percibiendo sus superganancias "tradicionales".

Efectivamente, estas "nacionalizaciones" no se plantean la eliminación de las compañías. En primer lugar, las compañías son administradores eficaces, y la organización de la producción por los Estados respectivos mismos costaría bastante más en caso de desaparecer aquellas; *en segundo lugar, y éste es el aspecto decisivo, las grandes compañías son un aliado sumamente útil de la OPEP*. En el pasado, el Cartel mantuvo hasta 1969 los precios a un nivel alto, en concordancia con los intereses de los Estados propietarios. Fue la decadencia del Cartel lo que causó la baja de los precios y la fundación de la OPEP por parte de los propietarios en defensa de sus rentas. En el esfuerzo por mantener los precios altos, la OPEP siempre contó con el apoyo del antiguo Cartel el cual jugó un papel decisivo en los éxitos de esta organización. Actualmente, la OPEP se nos revela poderosa y unida; y a primera vista podría hasta parecer que ya no necesita de las compañías y que podría manejar directamente los negocios sin mayores problemas. Pero esto no es así.

La unidad aparente de la OPEP en los momentos actuales es en buena parte el resultado de una coyuntura que le es extremadamente favorable. Su verdadera unidad la conoceremos sólo cuando se presente una recesión en el mercado mundial del petróleo; cuando haya que restringir la producción; no para provocar un efecto multiplicador sobre los precios y las rentas, sino simplemente para impedir su caída. Llegado este momento, las compañías internacionales, presentes en la producción de varios países a la vez, podrán contribuir de manera decisiva a la organización exitosa del control de la producción. Ahora bien, ellas se interesarán en tal posibilidad sólo en la medida en que se les garantice su participación en las ganancias —y el negocio es de tal magnitud que puede perfectamente permitirse incorporarlas dejándoles sus superganancias, las cuales, después de todo, no representa sino de un 10% al 15% del total... Por el contrario, de actuar los Estados propietarios de tal forma que

las compañías se vieran obligadas a convertirse en *compradores*, el interés de éstas sería de provocar la baja de los precios.

En resumen, la subsistencia de las grandes compañías internacionales, es favorable a la OPEP, al constituir aquellas la mejor garantía para las altísimas rentas de ésta.